

A C A N T I L A D O

Zbigniew Herbert

El rey de las hormigas

Mitología personal

EDICIÓN Y NOTAS DE RYSZARD KRYNICKI

TRADUCCIÓN DE ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI



EL REY DE LAS HORMIGAS

MITOLOGÍA PERSONAL

ZBIGNIEW HERBERT

EDICIÓN Y NOTAS
DE RYSZARD KRYNICKI

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI



ACANTILADO
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL *Król mrówek*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1999 by Herederos de Zbigniew Herbert
Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2018 by Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-76-8

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
febrero de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la

reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

I

EL CUENCO DE FIGURAS NEGRAS DEL ALFARERO EXEQUIAS

A Joseph Brodsky

¿Adónde navega Dioniso a través del mar rojo como el vino
hacia qué islas peregrina bajo la vela de pámpana?
Duerme y no sabe nada, luego tampoco nosotros sabemos
adónde llevan las corrientes su barca veloz de madera de haya.

II

LOS DIOSES DE LOS CUADERNOS ESCOLARES

H. E. O.

Para Kasia.

—¿Es necesario?—pregunta Eurídice.

Hermes sonrío y permanece callado. Caminan. Las tinieblas se abren frente a ellos, para cerrarse al instante. Cruzan así innumerables puertas.

—¿Es realmente necesario?—pregunta Eurídice—. Orfeo es viejo—prosigue—, ya no me queda mucho tiempo junto a él. He olvidado por completo a base de qué hierbas se prepara la pócima para su garganta dolorida por el canto. Y qué significa levantarse de madrugada. Y qué quiere un hombre cuando toca mi vientre.

—Te acordarás de todo—dice Hermes con voz dulce y poca convicción.

—Es hermoso que intentes consolarme—dice Eurídice.

La vereda se encarama. No es una vereda, sino un hendirse sumiso de las rocas. Los pedernales huelen a relámpago reseco y los guijarros bajo sus pies han perdido por completo la memoria del mar.

—¿Nos está viendo?—pregunta Eurídice con desasosiego.

Hermes niega con la cabeza.

—Pero yo sí veo sus espaldas. Siempre, es decir, mientras estaba viva, me han conmovido las espaldas masculinas. Son indefensas. Pero ahora ya no lo siento así. ¿Ternura? ¿Qué es la ternura?

—La alegría del roce. Un éxtasis inferior—contesta Hermes.

—Ya no tengo dedos vivos—se queja Eurídice—. Ni siquiera sabría enhebrar una aguja o sacar una mota de polvo del ojo de mi amado.

Un giro más y empieza la pendiente. Una oscuridad, diríase sesgada, inclinada sobre otra más profunda.

—Eurídice—dice Hermes en voz queda—, te voy a revelar el secreto del destino. Orfeo morirá pronto en circunstancias sospechosas. Entonces serás libre. Tomarás por esposo a un fortachón sano, de brazos como las ramas de un roble; a un joven de pocas luces, pero lo bastante sabio para no desear lo inalcanzable. No puedes imaginar cuán reconfortante te resultará esto, tras toda una vida al lado de un llorón talentoso.

—Me temo—dice Eurídice precipitadamente—que mis paisanos me lapidarán antes de consentir que vuelva a contraer matrimonio. Seré para ellos un anuncio publicitario de la fidelidad y de la poesía, una especie de viuda nacional. Me harán permanecer sentada sobre una roca para que balbucee oráculos inspirados o, lo que da lo mismo, me encerrarán en un templo. Y luego volveré a morir. ¿Cómo se vuelve a morir? Espero que la segunda vez no sea tan dolorosa y molesta como la primera.

Orfeo escucha todo aquello a través de la oscuridad borrascosa. Por primera vez, la cordura de Eurídice lo deja admirado. ¿De veras hay que morir para madurar?

Ante sus ojos se abre un paisaje esculpido en basalto, venerable como un bosque quemado, impertérrito como el ojo de un volcán, el seno de la densa materia, el azul de la noche reducido a cenizas.

*Canté albas y coronaciones del sol
la travesía de los colores entre amanecer y ocaso
mas a ti te olvidé,
perpetua noche.*

De pronto, Orfeo se vuelve hacia las sombras de Eurídice y de Hermes y, transportado, profiere a voz en grito una sola palabra: «¡Eureka!».

Las sombras se desvanecen. Orfeo sale a la luz del día. El pecho se le hincha de orgullo jubiloso por haber experimentado una iluminación y haber descubierto un nuevo género literario, que será llamado desde entonces lírica de la meditación y las tinieblas.

ANTEO

Anteo era hijo de Poseidón y Gaia, un matrimonio—por decirlo suavemente—poco armonioso. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse de dos elementos, el mar y la tierra, enredados en una lucha sin cuartel? Así pues, parece más que probable que Anteo fuera un niño—¡cuánto nos cuesta imaginar la infancia de un gigante!—abandonado y desatendido. Las discusiones salvajes de sus padres debieron de influir negativamente en el desarrollo de su carácter.

Todas las fuentes coinciden en que Anteo se convirtió en un bucéfalo violento dotado de una fuerza sobrenatural. Su acervo intelectual era más bien escaso, a diferencia de su cuerpo, que creció sobremanera. Y aunque Anteo nunca frecuentó la escuela, sacó de esta asimetría una conclusión correcta desde el punto de vista de la lógica, a saber, se hizo deportista.

Cualquier intento de situar a Anteo en un mapamundi tropieza con serias dificultades. En los mitos antiguos, su patria era Libia—es allí donde se encontró con Heracles—pero, más tarde, a raíz de la colonización griega de la costa norteafricana, aquella figura fabulosa se vio empujada cada vez más hacia Occidente, hasta Mauritania, es decir, el país de donde los mercaderes púnicos habían desalojado a los griegos. Los colonizadores no crean mitos, pero trabajan sin tregua en su distribución geográfica. Sencillamente, colocan monstruos en los territorios ocupados por sus competidores. Este procedimiento ha perdurado gloriosamente hasta nuestros días.

Poco sabemos de Anteo, excepto que se alimentaba a base de la carne de los leones que mataba a brazo partido, puesto que despreciaba la civilización moderna: la porra, la lanza y la trampa excavada en el suelo. Su ocupación predilecta era retar a un combate de lucha libre a los transeúntes que se le cruzaban por el camino. Aquellas pugnas acababan inevitablemente en la muerte del adversario, obligado por la fuerza a pelear.

Un modo de vida así no puede despertar simpatía ni merece aprobación. Pero he aquí—cosa extraordinaria—que al poeta Píndaro se le ocurre erigirse en defensor de Anteo, arremetiendo contra quienes lo acusan de ser un vulgar asesino o un repugnante genocida. En una de las odas ístmicas, intenta descubrir el sentido de sus actividades delictivas, o al menos hacerlas comprensibles.

En los parajes donde vivía Anteo, la piedra escaseaba. Sólo de vez en cuando, el viento erigía ilusorios monumentos de arena y, en el horizonte agostado, aparecían ciudades de mármol imaginarias.

Píndaro humanizó a Anteo, le atribuyó la encomiable virtud del amor filial. Dice que soñaba con erigir un templo en honor a su padre. Y que la única sustancia sólida de la que disponía eran los restos mortales de sus desdichados adversarios. No tuvo otro remedio que aprovecharlos como material de construcción. Esta idea, bastante macabra en sí, no está muy alejada de la estética del Barroco.

De modo que Anteo reunía los huesos de los muertos como un buen constructor reúne amorosamente piedras, ladrillos y maderamen. Procuraba que estuvieran al socaire, a la sombra, protegidos de las arenas omnívoras y de la humedad.

Cada dos por tres, modificaba el proyecto de su edificación. Deseaba que el mausoleo que construía para honrar a sus padres tuviese las proporciones ideales del cuerpo humano.

Los ábsides estaban hechos de costillas, y las costillas servían también para sustentar la bóveda del templo. De la bóveda colgaban huesecillos de las muñecas a modo de abalorios, creando la ilusión de lámparas y candelabros.

Las espinas dorsales hacían de columnas. Las ataba en haces para proporcionar la resistencia necesaria al edificio.

Año tras año, el templo se venía abajo durante la temporada de lluvias y vendavales, y todo el esfuerzo del constructor recordaba un campamento de hienas abandonado.

Los huesos yacían desparramados sobre la arena. Aquello parecía un escarnio de los dioses, que castigan la soberbia.

Y año tras año, Anteo empezaba desde cero, con igual tesón, piedad y amor desesperado.

Visto de lejos e iluminado desde las alturas, Anteo parecía un peñasco que

surca lentamente los páramos. Sus andares recordaban los de los actores amanerados de las películas del oeste. Sólo que, en el caso del gigante, aquello no era amaneramiento, sino necesidad pura y dura: sacaba toda su energía y todas sus fuerzas de la tierra, del contacto físico con las rocas, el barro e incluso con el polvo.

Si no hubiera sido hijo de dioses—cosa que nadie se atrevía a poner en duda—, podría decirse que la naturaleza lo había tratado como una madrastra y, por un descuido, le había negado un puesto definido en el orden de las especies ¿Quién sabe si la forma de un árbol—pongamos por caso un cedro—no habría sido más adecuada para su esencia? Pero Anteo era una criatura de superficie, privada de raíces y marcada por el miedo a las inmensidades del aire que lo asediaban de todos lados. Los pájaros y las estrellas suspendidas en las alturas le repugnaban, y cada brinco le costaba un mareo y un desvanecimiento.

Cuando el sol se inclinaba hacia el ocaso—en el desierto, anochece muy pronto: el relámpago gris del crepúsculo y, luego, nada más que la oscuridad—, Anteo, que no tenía casa ni paradero fijo, se construía un refugio, una profunda galería subterránea tan estrecha que sólo cabía en ella su cuerpo tendido. Se embutía en aquel asilo tenebroso y húmedo cual si fuera un gusano enorme, y conciliaba un sueño dulce y reparador.

Aquellas prácticas nocturnas de Anteo se prestan a explicaciones simbólicas: pueden significar el retorno al seno materno o un peregrinaje nostálgico a los orígenes. Pero ¿a qué multiplicar significados ocultos, si todo puede explicarse de un modo sencillo, a saber, en términos de ciclos vegetativos?

Quienquiera que haya estado en el desierto, sin duda ha visto el viento arrastrar haces de ramillas y hojas, aparentemente del todo marchitas. Parecen basura de la creación, migajas que han caído de la mesa de la Madre Naturaleza. Pero, con las primeras lluvias, se produce una metamorfosis repentina, y lo que parecía repudiado para siempre por la vida echa raíces, florece, despide un perfume embriagador y da fruto o, para decirlo en pocas palabras, vive con profusión, lozano y magnífico.

Hay buenas razones para creer que el encuentro de Anteo con Heracles fue una casualidad no prevista en la agenda del héroe—una función de tantas de su gira por el mundo—y, por lo tanto, no consta en las tablas de bronce que

recogen sus trabajos más importantes. Todas las fuentes coinciden en el resultado de la lucha, pero relatan su desarrollo de mil maneras distintas.

Diodoro Sículo describe el duelo como un combate de lucha libre en el que los contendientes apostaron la vida (aunque no dice si el perdedor tenía que morir por mano propia o ejecutado por el vencedor). Ésta es una versión insulsa y vulgar que hace pensar en las luchas de los gladiadores o, todavía peor, en las reglas de la ruleta rusa.

Otras crónicas, tampoco muy edificantes, sostienen que Heracles cubrió con su cuerpo la entrada del refugio subterráneo de Anteo, maniobra que en el lenguaje de los estrategas de tiempos venideros iba a llamarse «asedio por hambre».

Pero, en realidad, fue un duelo abierto entre dos varones, *mano nella mano*, letal.

Píndaro no fue el único en humanizar a Anteo. Platón hizo otro tanto al atribuirle una buena dosis de inteligencia profesional, y en particular la invención de algunas llaves de lucha libre. Así pues, la poesía, el paso del tiempo y la filosofía han colaborado codo con codo para otorgar a aquel combate las características de un verdadero *agón*, donde los adversarios tenían estadísticamente las mismas posibilidades de ganar.

Heracles comprendió enseguida que estaba librando una lucha sin precedentes. Tanto las batallas como las competiciones de forzudos tienen la finalidad de hacer perder al enemigo la posición vertical y reducirlo a la categoría de objeto tendido en el suelo. Sin embargo, cada vez que Anteo caía derribado en tierra, se levantaba aún más robusto, decidido, vocinglero y agresivo.

De modo que el héroe se vio obligado a abandonar su táctica habitual y, por si fuera poco, tuvo que sobreponerse a la noción espacial del «arriba-abajo» tan arraigada en nuestras mentes, al enaltecimiento del triunfador y a la caída en el polvo del vencido. Porque, para Anteo, ser alzado significaba precisamente morir.

Los relatos literarios sobre aquel encuentro son escasos, por lo que resulta complicado reconstruir con detalle su desarrollo. Por naturaleza, los mosaicos, las esculturas y las pinturas immortalizan el instante, no el proceso.

En mi opinión, es el pintor renacentista Antonio Pollaiuolo quien mejor ha logrado captar el contenido del duelo, su pura esencia. El cuadro es pequeño,

casi una miniatura que puede esconderse bajo una mano, pero desprende tanta energía que, en cuanto a expresividad, está a cien leguas de los grandilocuentes frescos.

Pollaiuolo no cedió a la tentación de representar a Anteo como un gigante. Las reglas del humanismo prohibían tamaña bravata expresionista, de modo que los dos adversarios tienen proporciones humanas. Y carecen de la belleza clásica; son más bien una pareja de salvajes melenudos y anchos de espaldas que se parecen como dos gotas de agua. Una intuición muy acertada, porque el duelo fue brutal y tuvo un final naturalista, vulgar, sin rastro de noble sencillez ni de tácita grandeza.

Los brazos de Heracles se estrechan alrededor de las caderas de su contrincante como aros de hierro. El héroe lo ha arrancado de la tierra y lo levanta hasta la altura de los hombros como un campesino espatarrado que forcejea con un saco para echárselo auestas.

Anteo ya no se defiende. Apoya sus puños contra los codos de Heracles, y echa la cabeza y las piernas dobladas hacia atrás. Su impotente resistencia recuerda las convulsiones de un gran pez atrapado en la red: una sacudida del cuerpo hacia atrás, luego hacia delante, hasta que el movimiento pendular se detiene.

Tiene la boca muy abierta, pero aparentemente no grita. Los asmáticos que bregan por ingerir migajas de aire no malgastan sus fuerzas en alaridos e impropiedades. El final está a punto de llegar.

Heracles esperará prudentemente a que los brazos de su adversario caigan a lo largo del cuerpo y las piernas empiecen a columpiarse, inertes como las de un ahorcado. Entonces auscultará con atención el corazón silencioso de Anteo. Y luego, aliviado, arrojará aquel peso al suelo. Permanecerá un rato mirándolo desde arriba. Tal vez reflexione con una pizca de melancolía sobre la ausencia del concepto de resurrección en la mitología griega.

Y, sin embargo, Anteo regresa, llama a las puertas de nuestra memoria. Ya no salvaje y primitivo, sino despojado de violencia y casi nostálgico.

En el Alto Egipto le concedieron la dignidad de dios a título póstumo. Bautizaron con su nombre una de las ciudades. ¡Quién podía imaginar que aquel monstruo ctónico se transformaría en un apóstol de la civilización y del aburguesamiento!

En las inmediaciones de la ciudad mauritana de Tingis fue descubierto un

otero, bajo el cual—según la creencia general—descansan los restos mortales del gigante. Era una sepultura, pero también un lugar de brujería. Basta con retirar una capa de tierra para que lleguen las precipitaciones atmosféricas. ¡De salteador de caminos a conjurador de tormentas, menuda carrera asombrosa!

Podemos aventurar la tesis de que el significado profundo del mito de Anteo es el apego—un sentimiento más que una ideología, por ello resulta tan difícil transmitirlo a los demás—. Resulta tremendamente complicado convencer a alguien de que merece la pena amar un miserable trocito de tierra, pequeño como la sombra de un asno o de un álamo, una casa derruida, o una ciudad asolada a orillas de un río seco, es decir, el lugar que nos vio nacer y que no pudo alimentarnos ni darnos amparo.

Para los nómadas de la civilización moderna, para los que habitan en los aviones a reacción, Anteo será siempre el símbolo del bárbaro primitivo. Parecen dejarse llevar por la ilusión de que romper los vínculos y moverse de forma enfermiza son condiciones imprescindibles del progreso. Y olvidan que la persecución del sol, las utopías globales, acabarán por fuerza en catástrofe. En última instancia, todo se reduce a la elección o a la adjudicación de un sitio en el cementerio.

A la sombra de los amplios brazos de Anteo, encontrarán apacible refugio todos los exiliados estrambóticos que, a los implacables ojos de los lugareños, parecen adefesios o incluso monstruos.

Sólo han podido salvar dos tesoros insignificantes: su lengua y su nombre que, en los oídos extranjeros, suenan como los cascabeles del gorro de un bufón. Les han arrebatado la tierra y los han despojado del agua que reflejaba los rostros de su dios y de sus invasores.

Y ahora agonizan en silencio en el aire enrarecido de la libertad ajena.



EL CAN INFERNAL

*A Julia Hartwig
y Artur Międzyrzecki.*

Se han conservado bastantes testimonios sobre la anatomía de Cerbero y su vida vegetativa y psíquica, pero todos contienen incongruencias inquietantes. La ambición del presente estudio es arrojar un haz de luz nueva sobre este asunto tan intrincado.

Según el archipoeta, Cerbero era sencillamente un perro. Dante lo define como gusano. Hesíodo lo menciona en dos ocasiones en su *Teogonía*, pero no puede decidir si sólo tenía una cabeza o si tenía cincuenta. Píndaro dobla el número, y Horacio adorna a Cerbero con una melena hecha de serpientes. Los escultores y pintores, en cambio, se limitan a representarlo con un máximo de tres cabezas. Y los trágicos también se muestran contenidos y se conforman igualmente con tres. Llegados a este punto, se nos ocurre que el lenguaje incita a la hipérbole y a la exageración, o—¿quién sabe?—tal vez incluso a la mentira, mientras que un enunciado esculpido en mármol o pintado sobre un lienzo impone una sencillez objetiva.

Por culpa de la escasa iluminación del lugar de los hechos, el desarrollo de la lucha de Heracles con Cerbero, el guardián del Reino del Más Allá, resulta confuso. Aquél era el duodécimo, el último y el más arduo de los trabajos del héroe. De ahí esa tenebrosidad de ultratumba.

¿Qué clase de lucha fue aquélla? Los restos literarios no permiten formarse una opinión inequívoca: las versiones no coinciden y a veces se contradicen. Oscilan entre un combate sangriento a brazo partido y una simple partida de caza dominical en busca de una presa fácil. Algunos dicen que Cora

le regaló Cerbero a Heracles, tal como suena, a semejanza de los progenitores que le regalan una bicicleta a su retoño, en recompensa por una buena conducta. Otros sostienen que Hades, el soberano del inframundo, se aburría mortalmente y decidió organizar una especie de torneo. El combate entre el animal y el hombre fue largo y doloroso.

Otra cuestión es el carácter de Cerbero. Aunque ha sido terriblemente demonizado, en los dominios de Hades desempeñaba en realidad el papel decorativo de un portero de hotel. La cantidad de muertos que deseaban volver a la tierra era insignificante. Cerbero no se mataba a trabajar. Era como uno de esos carteles que advierten CUIDADO CON EL PERRO o CALLEJÓN SIN SALIDA. ¿Qué clase de demonio se deja sobornar con pasteles de miel? Toda su temible función se reducía a menear la cola.

Comoquiera que fuese, el hecho es que ninguno de los dos adversarios resultó herido, lo que nos lleva a la conclusión de que no se trató de una batalla *sensu stricto*, sino de una maniobra estratégica, de un cerco al enemigo para forzar su rendición incondicional. Probablemente, Heracles utilizó su método clásico: la estrangulación. Pero esto es sólo un detalle. Lo importante es que el héroe salió jadeante a la superficie del mundo, llevando su botín consigo.

Aquello ocurrió..., sí, exacto, ¿dónde ocurrió? Las fuentes vacilan otra vez y señalan varios puntos del mapamundi. Es un problema puramente académico. La experiencia nos enseña que todas las civilizaciones maduras disponen de múltiples vías de descenso al infierno. Incluso son más numerosas que los puestos de bebidas o los buzones de correos.

Cerbero ladraba en el infierno con su voz estentórea de bajo. En el Museo del Louvre, hay un ánfora silente en la que Andócides captó el sentido del duelo entre Heracles y Cerbero. Heracles adopta la posición de un corredor en la línea de salida: el cuerpo inclinado hacia delante, la mano derecha tendida hacia la frente de la bestia y, en la izquierda, una pesada cadena. Cerbero es bicéfalo: una de sus cabezas parece atenta y amenazadora, pero la otra está gacha, como si aguardara la caricia del hombre. Es el comienzo de la tragedia llamada domesticación.

¿Qué sentía Cerbero, la víctima del atentado? Ya se había repuesto del ligero trauma causado por la lucha, y ahora tenía que enfrentarse a otro, un trauma tan potente que ponía en peligro su corazón. Cerbero era como un pez

abisal arrojado sobre la arena.

Los sonidos, las formas y los olores se le echaron encima como un alud. El mundo se le manifestó con los colores rabiosamente intensos de los lienzos fauvistas: la hierba flameante, el rojo cinabrio de los árboles, el morado oscuro de las rocas calcáreas y el verde del cielo. Sólo Heracles tenía una tonalidad suave y los contornos de su figura palpitaban delicadamente.

Lo más difícil de soportar era aquella avalancha de quinientos mil olores.

Un sol flamígero sobre la tierra agostada.

En una colina encumbrada bajo un roble, yacían uno junto al otro el hombre y el perro.

No dejaban de observarse. Desconfiados, más que hostiles.

Heracles olía a sangre, cuero y tempestades. Cerbero, a proteínas en descomposición. Perteneían a dos mundos irreconciliables.

De repente, a Heracles se le ocurrió que si Cerbero quisiera abandonarlo, no lograría impedirselo. Decidió hablar. En casos como éste, el sonido de la palabra tiene una fuerza arrolladora.

HERACLES: ¡Escúchame, monstruo, eres mi prisionero! Si intentas huir, te romperé la cabeza, las cabezas—rectificó—, y lo haré de acuerdo con el derecho internacional.

Cerbero profirió un gruñido prolongado.

Es de noche y brilla una luna enorme.

Cerbero se levanta sobre las patas traseras. Heracles busca con la mano su maza ensangrentada. Y entonces suena un canto.

No tiene mucho sentido describir la música. Sólo quien durante una noche de invierno ha oído alguna vez la voz del lobo en las planicies nevadas puede hacerse la idea de lo que era la cantata de Cerbero. A los que jamás han presenciado este milagro, les ofrecemos una burda transcripción, tan poco lograda como pueda serlo, en comparación con el original, la reproducción de un cuadro de Rembrandt publicada en un periódico.

Citamos aquí la paráfrasis que Alexander Schmook propone en su estudio titulado *Der Wolf: sein Wesen und seine Stimme* (Tubinga, 1848):

Húrr hau-u-uh

hau hau

Ú-i jaur-huuu
ho hau
Húrrrrr ho hauuuh
jaú-jaú ho hurr hau-uh

Luego, un silencio estridente. Y repeticiones a intervalos iguales.

La voz de Cerbero arrebató a Heracles como una gran oleada del océano. Siguió escuchando. Ardía en deseos de aullar con él, pero sabía que haría el ridículo, porque no era capaz de arrancar de su garganta tanto orgullo y tanta desesperación. Intentaría en vano describir con el sonido las cordilleras de tierra, los abismos de aire, las innumerables fuentes de sangre ocultas en el cuerpo de los animales, los secretos del agua y de la sed, los escondrijos de la luz y la inmensidad de la negrura.

El camino que conducía al rey Euristeo, que tenía que liberar a Heracles de la maldición, era largo. Cerbero empezó a tomarle cariño al héroe sin que éste lo pretendiese. Su naturaleza de monstruo sufrió una metamorfosis y se transformó en naturaleza de perro.

Un sentimental podría encontrar algo conmovedor en eso, pero el testigo de aquella transformación poseía un temperamento vehemente y estaba desprovisto de sentimientos. Tenía que esforzarse mucho por controlar la ira al ver que, cada vez que levantaba la cabeza, Cerbero lo imitaba. El perro se convirtió en el espejo del amo, aunque, todo sea dicho, el cuadrúpedo era por fuerza un espejo deformante.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Cerbero empezó a hablar. Al principio, sólo sabía pronunciar torpemente, echando babas, las palabras *mimir* y *ñam-ñam*, pero su vocabulario se fue enriqueciendo día a día, y su sintaxis se volvió cada vez más compleja.

A ratos, y especialmente por la noche, Heracles llegaba a olvidar que peregrinaba acompañado de un perro. Reprimía sus sentimientos, ya que seguía teniendo muy presente su papel de escolta de un prisionero.

HERACLES: No me gustas, no me gustas nada.

CERBERO (*en tono filosófico*): No todos podemos ser Heracles.

HERACLES: No se trata de ir a la moda, pero por lo menos podrías fingir que eres un perro normal. Me temo que, en este plan, no tendrás mucho éxito con las perras.

Llegado a este punto, Heracles enmudeció. Había tocado un tema delicado. Por el camino, se habían cruzado con algunos ejemplares femeninos de la especie canina, pero Cerbero no les había hecho ningún caso.

CERBERO: Si hubieras vivido como yo entre cuerpos en estado de descomposición, también habrías perdido todos los apetitos.

HERACLES: ¿Por qué comes hierba y olisqueas flores, en vez de cazar algo, ni que sea alguna liebre? ¡Habrase visto semejante despropósito! (*Suavemente*) Cerbero, ¿y si aullaras un poco? ¿Recuerdas nuestra primera noche bajo el roble? ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Aúllas muy bien.

CERBERO: ¡Pero ¿qué dices?! ¿Aullar yo? ¿Y tus esfuerzos por domesticarme?

HERACLES: Oye, chucho. Hablar sabe cualquier imbécil. Tú tienes que aullar, ¿entendido?

CERBERO: No aullaré.

HERACLES: Pues, duerme.

«Sí—pensaba Heracles febrilmente—, hay que romper esta absurda relación. Cuando el rey Euristeo vea a Cerbero, se dará cuenta de que es un personaje más cómico que temible y me endilgará otro trabajo más. Y la gente, a su vez, comprobará con sus propios ojos que la vida de ultratumba no vale un pimiento. ¿Y qué pasará entonces con la moda de morir y la presencia discreta a la par que llena de reticencias de la muerte en vida?».

Amanece. Heracles y Cerbero se despiertan al mismo tiempo, como si su sueño y su vigilia estuviesen conectados por un hilo.

HERACLES: Oye, tuso, hace mucho que no hago una ofrenda, por tu culpa.

CERBERO: ¿Cómo que por mi culpa?

HERACLES: Tengo que vigilarte.

CERBERO: ¡Muy bonito!

HERACLES: De bonito, nada, me estoy volviendo ateo, desatiendo mis deberes religiosos. Ya es hora de ponerle remedio. Ahora se presenta una buena ocasión. ¿Ves aquel templo en el horizonte?

CERBERO: La verdad es que me falla la vista; tantos años a oscuras...

HERACLES: ¡Basta de autocompasión! El templo está bastante lejos. Llegaré antes de que anochezca. Mañana al romper el alba haré mis ofrendas. Regresaré a la medianoche, tal vez un poco más tarde. Y tú, ¡quieto aquí! No te

muevas ni un paso para que no tenga que buscarte. ¿Ha quedado claro?

CERBERO: Me estaré quieto.

Y así empezó la evasión del héroe.

Corría a ciegas. De vez en cuando, se detenía alarmado, aguzaba los oídos y miraba inquieto a su alrededor. Culebreaba, cambiaba de rumbo, se colocaba de cara al viento, atajaba a través de las ciénagas y cruzaba los arroyos para no dejar pistas y neutralizar aquella vaharada persistente que se pegaba a cada hierba y a cada grano de arena, aquella mezcla de olores del amo y de su perro que cualquier cuadrúpedo reconoce de inmediato como una fragancia única, familiar y divina.

En fin, no sólo se huye de los enemigos, sino también del peso de los vínculos (lo hacemos todos o, por lo menos, todos conocemos bien esta tentación).

A la puesta del sol, Heracles se preparó una yacija entre las ramas gruesas de un viejo olmo para pasar la noche. Se durmió como si estuviese en lo alto de una torre, lejos de la zona de peligro.

Por la mañana, dos pares de ojos seguían cada movimiento del héroe recién despierto.

Continuaron la peregrinación—¿puede llamarse peregrinación a una carrera pertinaz hasta los límites de la resistencia de un corazón humano y un corazón canino?—, acortando las horas de sueño y los descansos.

Heracles se aburría y decidió darle clases de historia natural a Cerbero tomando en cuenta los descubrimientos más recientes de la ciencia.

Como buen partidario del método descriptivo, hundió su mano en la hierba cual si de agua verde se tratara:

—Mire usted, señorito, esto es el *Trifolium pratense*, llamado popularmente trébol. Planta perenne o bianual de raíz pivotante con ejes secundarios. En sus delicadas raíces, se forman nódulos que contienen las bacterias fijadoras del nitrógeno (como en todas las papilionáceas). Tiene tallos pilosos y flores rosadas o intensamente purpúreas, recogidas en racimos esféricos y envueltas por debajo en brácteas. Cáliz tubular acampanado.

Volvió a hurgar en la hierba y sacó un objeto oblongo de color rojizo.

—Y aquí tenemos un ciervo volante menor, el *Dorcus parallelipedus*. Muy voraz, su hábitat natural son los bosques caducifolios. Las larvas se hallan en los robles y las hayas carcomidos. ¿Me sigues?

»Mañana hablaremos de la fotosíntesis y de una obra temprana de Kant titulada *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*. Y ahora duérmete, tontorrón.

Al anochecer, llegaron a Micenas.

La ciudad parecía abandonada. Caía una llovizna fría y pertinaz, porque el otoño estaba cerca. Caminaron a través de las calles desiertas a lo largo de la muralla de color hígado. A la cabeza, Heracles, que hacía lo imposible por poner cara de vencedor. En pos de él, Cerbero, con un aire cretinamente alegre, intentando marchar al compás como un recluta disciplinado.

O sea que no hubo entrada triunfal ni nada parecido. Y eso que aquél era un acontecimiento dramático de los que ocurren sólo una vez en la historia del mundo y, por lo tanto, merecen guirnaldas, vítores de la multitud, toques de añafil y campanillazos.

Pero, desde el principio hasta el final, un gusano roía la hermosa flor de la victoria y, sobre el héroe, se cernía el peor de los hados, el de la banalidad, que lo atenuaba todo, lo despojaba de gloria y hacía que aquello que tenía que haber sido una hazaña cayera muy bajo, bajísimo, hasta el nivel de la pura anécdota.

Tal vez hubiera sido un consuelo para Heracles saber que, mientras se abría paso a través de la lluvia y el barro en compañía de su espantajo, el rey Euristeo los observaba con un terror creciente desde una ventana de su palacio.

Cerbero enloqueció. Jamás había visto a tanta gente que oliera a vino y a ajo. Se convirtió en el terror de los mercados de verduras. Devoraba cantidades infinitas de coliflores—su manjar preferido—, alcachofas y pepinos. Merodeaba entre los puestos impregnados de fragancia a apio, ahuyentando a los vendedores. Los niños lo idolatraban y lo montaban a pelo.

El rey Euristeo se negó a recibir a Heracles y a Cerbero. Ni corto ni perezoso, ordenó que se largaran de la ciudad.

—¿Sabes qué, chucho?—dijo Heracles—. Ya estoy harto de peregrinar sin más de ciudad en ciudad. Deberíamos fundar un circo. Caminarás sobre las patas traseras ante una muchedumbre de mirones y yo haré chasquear amenazadoramente el látigo. ¿Sabes caminar sobre las patas traseras?

—¡Cómo no!—contestó Cerbero, un poco dolido. La idea le había gustado.

Un día, Heracles se trajo de un pueblo cercano un saco de esparto y, como

quien no quiere la cosa, le mencionó a Cerbero que iba a utilizarlo como colchón, ya que sus huesos empezaban a resentirse de las noches pasadas sobre el duro suelo. Cerbero se lo creyó como solía creerse todo lo que decía su amo, y por ninguna de sus dos cabezas se le pasó la idea de que se avecinaba el final trágico de aquella historia.

Para siempre quedará sin respuesta la apremiante pregunta de cómo tuvo Heracles agallas para enterrar en el fondo de un hoyo oscuro aquel saco sucio y húmedo, repleto de gritos de impotencia y aullidos de amor traicionado.



TRIPTÓLEMO

He aquí un mito para los que están cansados de la crueldad del mundo (la irreflexiva crueldad de los hombres y la calculada crueldad de los dioses), un mito llano como una pradera, un mito sedante, razón por la que los narradores ávidos de sangre e intrigas lo esquivan desde lejos.

Triptólemo era hijo de Céleo, rey de Eleusis, en cuya corte se hospedó Deméter.

Así pues, era un modesto héroe de ámbito local, pero su significado supera con creces la excelcitud del Gotha.

Agradecida por la ayuda que la casa de Triptólemo le había prestado en la búsqueda de Perséfone, Deméter inició al joven vástago en el rito de la siembra.

Y Triptólemo se puso a recorrer el mundo, predicando el evangelio de la siembra, de la cosecha, del trigo, del centeno, y de la avena. Pregonaba el evangelio de los cereales desde un carro de guerra tirado por dos serpientes.

¡A fe que el aspecto de los pueblos recolectores provocaba una mezcla de compasión y de repugnancia! Imaginemos enormes hatajos de vagabundos de ambos sexos—niños, adultos y ancianos—que recorren las lindes de los bosques primarios, de los calveros y de los matorrales, se agachan, arrancan de un zarpazo un manojo de hierbajos, toman del suelo algo pegajoso, lo introducen a toda prisa en su orificio bucal abierto con avidez y luego lo mastican con una mueca de desgana.

El lugar de acampada preferido de los recolectores eran los vertederos de la naturaleza, los bordes accidentados de los barrancos, de los cenagales y de las oquedades misteriosas donde pululaban ranas, escorpiones y arañas.

Así eran los recolectores.

Si alguien deseara pintar el retrato de alguno de ellos, tendría que representarlo con un puñado de hierbas arrancadas de cuajo en la mano derecha—al igual que en la efigie de un astrónomo suele aparecer un antejo, y en la de un geógrafo, un globo terráqueo—, y el brazo izquierdo caído a lo largo del cuerpo, con la muñeca doblada en un gesto de resignación.

Y precisamente a esas manos, a esos brazos y a esos hombros apelaba Triptólemo, los incitaba a luchar y les inculcaba el hábito de hacer movimientos intencionados. Imbuía en esas espaldas dobladas con sumisión el movimiento del sembrador, aquel meneo narcótico y pendular de los hombros, tan semejante a las braceadas de un guerrero durante una gran batalla.

Así pues, Triptólemo era una necesidad histórica. Cualquier omisión suya constituía para los recolectores la amenaza de iniciar un proceso de retrogradación, una caída libre hasta lo más bajo de la escala evolutiva de las especies: la promiscua familia de los homínidos.

Sólo había un instante en que los recolectores ascendían a un nivel superior. Al atardecer, se sentaban en cuclillas en el umbral de sus miserables guaridas y contemplaban la puesta del sol. Extasiados, no podían controlar los esfínteres. En momentos así, estaban totalmente indefensos. Siendo por naturaleza poco agraciados, conseguían volar hacia la región de la gran belleza, por lo que la estética, que busca desesperadamente una razón de ser, debería guardar grata memoria de ellos.

La clase de los jinetes era otra cosa.

Los jinetes dedicaban toda su vida a la caza. Vestidos con elegantes uniformes multicolores de todos los ejércitos coloniales del mundo, arrastraban sus trofeos hasta las casas solariegas ocultas en los calveros de los bosques milenarios, y colgaban pieles y cornamentas en las paredes de sus espaciosos aposentos como si de exvotos se tratara, lo que ponía de manifiesto no tanto su devoción, como su vanidosa opulencia. Los jinetes:

- vivían períodos de entusiasmo que alternaban con períodos de melancolía, y sucumbían a la peligrosa costumbre de registrar sus pensamientos por escrito,
- mostraban una clara tendencia, ora al ascetismo, ora al desenfreno seguido de abatimiento y desesperación,
- hacían caso omiso de los recolectores, excepto un día marcado en

el calendario, en el que se entregaban a la masacre ritual de sus primos hermanos.

Un mejor acceso a los alimentos hizo que, a medida que los primates superiores evolucionaban, su dentadura delantera fuera perdiendo gradualmente el predominio prístino a favor de los molares.

El precavido Triptólemo emprendió sus viajes apostólicos pertrechado de una cuantiosa biblioteca científica y de todo lo que solemos llamar una buena infraestructura: diagramas, tablas, mapas y laboratorios.

Recolectores eminentes asistían a sus clases y a sus prácticas, primero a regañadientes, pero luego en masa. Al apóstol del trigo, el corazón no le cabía en el pecho. Sabía que la adopción de la agricultura amansaría a las fieras.

Sin embargo, resulta difícil ceñirse a la imagen de Triptólemo que nos ha transmitido el mito: un agrónomo inspirado que recorre el mundo enseñándole a la gente el beneficioso arte de arrojar semillas en un surco para cosecharlas luego centuplicadas, y diseñando un *way of life* propio, cuyos pilares eran el trabajo y el ahorro.

Aunque no disponemos de ninguna prueba fehaciente de ello, es de suponer que Triptólemo cumplía a rajatabla la voluntad de la vieja diosa Deméter, pero, al tiempo que educaba, también se perfeccionaba interiormente. Sus actos y sus enseñanzas ganaban en precisión, aunque adquirirían el toque maniático propio de los cuerpos docentes, a saber: desviaciones ideológicas o esperanzas vanas, convertidas en la fe—una fe que iba a ser el cimiento de los futuros partidos campesinos—en que es posible cambiar al hombre y hacerlo más perfecto, y en que existe el orgullo de ser agricultor, un oficio mucho mejor que cualquier otra profesión, vocación u orientación de las manos y de la mente.

El invariable buen humor de Triptólemo se basaba en su convicción de personificar los avances de las fuerzas del progreso de la humanidad. Por eso, en vista de lo que estaba ocurriendo, los dioses que tan celosamente guardaban el secreto del fuego optaron por una política de no intervención y se limitaron a hacer de espectadores. Creían a pies juntillas que los hombres sabrían inventar y aplicarse un castigo lo bastante severo. De hecho, tal castigo era inmanente al concepto de fiesta de la recolección, ya que los bodorrios, las consagraciones de la primavera y las celebraciones de la cosecha terminaban

invariablemente en jubilosos sacrificios humanos. El bueno de Triptólemo ignoraba por completo este efecto colateral de su piadosa misión.

Triptólemo ardía en ansias de popularizar la agricultura, pero carecía de imaginación, por lo que debía ilustrar con láminas y diagramas sus clases teóricas de agronomía y pedología o sus lecciones sobre el ciclo del nitrógeno en los seres vivos. Decía que, después de una temporada de duro trabajo, los campesinos disfrutarían de largos meses de ocio en los que algunos podrían dedicarse a la literatura y a la música sinfónica o a la música ligera, mientras que para otros, de gustos menos refinados, estaría reservada la política (visión que a los devoradores de caracoles les parecía paradisiaca a la par que totalmente abstracta).

Ingenuo como un niño, ¿cómo pudo sospechar el pacífico Triptólemo que los campesinos le tomarían gusto a la guerra, se lanzarían a las conquistas y se meterían en las trifulcas de ilíadas y egiptos de variado pelaje, convirtiéndose en sujetos y objetos de la historia? ¿O que los de a caballo, que habían sido la aristocracia del género humano, sufrirían un profundo declive convirtiéndose en la presa predilecta de los campesinos, y serían diezmados y esclavizados sin piedad hasta perder por completo la memoria de sus orígenes?

Cada advenimiento de Triptólemo iba precedido por la fama de sus logros milagrosos. Su retirada era discreta, sin adioses ni ceremonias de agradecimiento. Los apóstoles no deben volver la cabeza. Un benefactor no debe mirar atrás. Como recordatorio, ha quedado este canto:

Triptólemo, Triptólemo,
Triptólemo, Triptólemo (bis)

Todavía hoy, numerosos grupos de *rock and roll* diseminados a lo largo y ancho de este mundo lo incluyen en su repertorio. Pero su protagonista no reclama elogios ni espera aplausos. Entre la niebla, desaparece su rostro dócil, algo afeado por un belfo colgante, el belfo de un fanático del cooperativismo, misionero de los cereales y evangelista del almidón.

EL REY DE LAS HORMIGAS

Éaco era hijo de Zeus y Egina, hija del dios río Asopo. Nació en una isla desierta y, durante años, creció con la vaga convicción de ser el soberano de aquel trozo de tierra vacío, perdido en la inmensidad de las aguas (un soberano y, al mismo tiempo, un desterrado). Como la mayoría de niños expósitos, ni siquiera sospechaba quién podía ser su padre. En cambio, conservaba un recuerdo borroso de la madre y bautizó la isla con su nombre.

De modo que, al principio, había un nombre, una tierra yerma y un rey.

La única ocupación de Éaco era la solemne holganza. Al fin y al cabo, éste es el privilegio e incluso el deber de todo soberano: manifestar una existencia anquilosada, una presencia bondadosa o amenazadoramente alerta. Sólo que, para ello, son imprescindibles unos ojos ajenos que hagan de espejo. En el vacío, los pliegues hieráticos, los ademanes y las miradas señoriales se quedan en nada. Puesto que a Éaco no le habían sido deparadas las habilidades de Robinson Crusoe, quien con un afán y un esfuerzo encomiables puso en práctica todo un manual de civilización, tuvo que inventarse una ocupación ficticia que llamó para sus adentros «inspección regia de los dominios».

Así pues, recorría la isla de sol a sol, entre las hierbas agostadas, los arbustos y árboles escasos y los manantiales tímidamente rumorosos cuyas aguas se desvanecían absorbidas por las rocas o la arena, como si no se les hubiera ocurrido convertirse en el origen de un riachuelo, por miserable que fuese. La vegetación era pobre y casi no había animales, excepto algunas familias de liebres asustadizas. En cambio, proliferaban los insectos: enjambres enteros de cigarras, escarabajos y hormigas. El crepitar de sus caparazones de quitina, los crujidos, los rumores y los susurros de sus contorsiones formaban la fina entretela fina de la llamada sinfonía de la

creación.

En las noches de luna, Éaco solía hacer una excursión a una pequeña ensenada, y permanecía allí hasta el amanecer, contemplando a las inigualables Nereidas que bailaban bañadas por el agonizante claro de luna y a las manadas de delfines y de focas que salían a tierra con paso tambaleante, como si siguieran llevando auestas la resbaladiza esfera del océano. Les tenía envidia. Inconsolable en su añoranza de comunión, envidiaba incluso a los cardúmenes de peces.

Al romper el alba, regresaba aún más solitario a su palacio—una sombra violeta bajo un roble—y suplicaba con plegarias al padre de los dioses que le mandara seres humanos y prometía fervorosamente tratarlos con bondad e indulgencia.

Zeus acabó apiadándose de su hijo abandonado. Éaco dormía bajo un roble y, en sueños, vio una nube de hormigas que caían de las hojas y de las ramas formando un rocío rojizo y, al tocar la tierra, adoptaban forma humana. Cuando despertó, en la isla reinaba el bullicio. Voces en el aire, ajetreo, gritos..., un caos maravilloso.

De este modo, en vez de ser obsequiado con una triste pareja sacada de algún recoveco del Arca de Noé, Éaco recibió un buen puñado de seres humanos. Además, obtuvo de propina algunas criaturas de ambos sexos difícilmente clasificables y parecidas a las algas que se doblegaban bajo el peso de la adolescencia y de la falta de sentido de la vida, algunos jóvenes melencólicos que, en vez de ocuparse de algo útil, permanecían absortos, con la mirada perdida en el infinito, simulando que profundizaban en la filosofía del Extremo Oriente y, por añadidura, varios hombres adultos y varias mujeres de rostro dulce e inexpresivo, de nariz poco clásica y extremidades gruesas, y también unas cuantas ancianas aquejadas de reuma a quienes todo se les caía de las manos, y unos cuantos ancianos parlanchines o huraños, cuyo último consuelo antes de morir era que el mundo se había vuelto completamente loco. En pocas palabras, Éaco se convirtió en el propietario de una humanidad cabal, ejemplarmente incorrecta y maravillosamente vulgar.

El piadoso rey dio a los nuevos habitantes de la isla el nombre de mirmidones, es decir, pueblo de las hormigas. De esta manera, quería glorificar la bondad del dios y su prodigiosa intervención. ¿Cómo podía saber que aquel nombre escondía un destino?

El deber principal de un buen gobernante es conocer el carácter de sus súbditos: sus virtudes, sus defectos, y la idiosincrasia de sus pensamientos y de sus anhelos. Por lo tanto, Éaco observaba con atención las costumbres de los mirmidones e intentaba sondear los recovecos más oscuros de su conciencia colectiva. Lo hacía con toda la simpatía posible, pero a veces también con una inquietud cuidadosamente disimulada y mucha perplejidad.

Los mirmidones estaban dotados, en un grado inédito en otros pueblos, de la capacidad instintiva de organizarse. Emprendían sus actividades de manera espontánea, por voluntad propia, a semejanza de los críos que inician un juego. La división del trabajo no suponía dificultad alguna para ellos, y prescindían perfectamente de supervisores, arrieros, inspectores, jerarquías y de cualquier atisbo de burocracia. Lisa y llanamente, trabajaban en armonía de sol a sol, tal vez con cierta exageración luterana, en un estado de arrobamiento, sin esperar aplausos ni alabanzas.

Los historiadores de la civilización, etnólogos y estructuralistas omiten a conciencia el tema de los mirmidones, ya que no encaja en sus simples esquemas ternarios. En el caso de este pueblo tan peculiar, desterrado de los manuales de ciencias, de las disertaciones doctorales y de los seminarios internacionales, no queda nada claro qué era lo sagrado y qué lo profano, qué eran el bien y el mal, dónde estaba el arriba y dónde el abajo, ni cómo la tesis, entregada a una lucha sin cuartel contra la antítesis, podría terminar siempre engalanándose con la providencial síntesis.

Es cierto que los mirmidones no destacaban por su sed de conocimientos ni por un exceso de imaginación. Su religión monoteísta—¡menuda sorpresa!—se reducía al antiguo culto pelasgo a la Madre-Cabra. En el terreno de la moral, parecían haberse detenido a medio camino entre la plétora de virtudes y el lodazal de las iniquidades. El método consagrado por la tradición de saldar las diferencias con el prójimo-hermano golpeándole metódicamente el cráneo con un pedrusco les resultaba desconocido, al igual que el hurto, el falso testimonio y la calumnia. Los únicos casos de adulterio se producían entre personas que sufrían una amnesia temporal.

Los mirmidones rechazaban sin paliativos todos los estilos arquitectónicos. Construían sus poblados bajo tierra, y éstos estaban formados por un intrincado sistema de galerías, plazas tenebrosas y cámaras habitables. Esta opción tenía sus ventajas: el cuerpo de bomberos era innecesario y el

medio ambiente estaba debidamente protegido. Los mirmidones cantaban las glorias del clima subterráneo: agradable frescor, independencia de los caprichos de la naturaleza, y sueño reconfortante en el reino de las raíces, un sueño sin profecías estelares ni pesadillas, colmado de tarquín, arcilla y arena. Eran psíquicamente equilibrados y resulta difícil encontrar en su larga historia siquiera un individuo que padeciera, pongamos por caso, una leve obsesión religiosa.

La ciencia pasa por alto el método de trabajo utilizado por los mirmidones, y eso que merece nuestra atención por ser del todo original y estar muy lejos de todos los modelos conocidos. A saber: los mirmidones confiaban sin reservas en las manualidades en el sentido más estricto del término y rechazaban el consuelo de las herramientas y los beneficios de la rueda, del bloque y de la palanca simple.

Armados sólo de estacas aguzadas y de palos, cultivaban sus miserables terruños y huertas, mientras el sol despiadado destruía el fruto de sus esfuerzos. Trabajaban en la construcción de caminos y canales que una y otra vez quedaban sepultados bajo la arena, y pasaban meses de sacrificios haciendo interminables reformas en sus poblados subterráneos, que se desplomaban sobre sus cabezas. Tender una pasarela (cosa que un castor medianamente formado hace en menos de lo que tarda en engullir el desayuno) era para los mirmidones una tarea gigantesca transmitida de generación en generación. Sin embargo, nunca perdían el entusiasmo, la energía ni el buen humor. El progreso—aquella fuerza traidora que incita a correr riesgos extravagantes—se resentía por ello; en cambio el empleo, que crea sensación de seguridad, tenía una tasa del cien por cien.

Siempre trabajaban juntos, y siempre parecían demasiados. Forcejeaban con la materia rebelde y, aunque los resultados de sus labores no impresionaban a nadie, resultaba difícil apartar la mirada de sus músculos tensos, sus espaldas arqueadas y sus manos llenas de vida que desafiaban la masa inerte. Los efectos acústicos que acompañaban aquella pugna eran dignos de admiración. Una algazara gallarda y atronadora, la cantinela de las exhortaciones, sonidos rítmicos que salían de lo más hondo de los pulmones, gritos de triunfo y de derrota: todo aquello componía una cantata de una belleza extraordinaria. Alrededor de los trabajadores solían agolparse unos ancianos desdentados que, haciendo animados comentarios acerca de las

proezas de las cuadrillas de trabajadores y repartiendo a voz en cuello buenos consejos o severas reprimendas, aumentaban el caos, ya de por sí considerable.

Así eran los mirmidones.

La suerte de Éaco era envidiable. Lo amaban los dioses y los súbditos. Podría decirse que los paraísos terrenales inventados por dos soñadores, Platón y Vladímir Ilich, habían cobrado vida en su forma más perfecta y, por añadidura, no se basaban en las siempre volubles teorías o convicciones, sino en el sólido fundamento de la genética.

En la mente del rey, brotaron unas ideas nuevas casi revolucionarias. Deseaba otorgar autonomía a su pueblo, y luego transferirle paulatinamente varias áreas de poder, para, al final, limitarse a ejercer funciones representativas, largar sermones circunstanciales y conjurar la lluvia. Pero, en esto, tropezó con la resistencia de los mirmidones—una resistencia pasiva, aunque firme—, que se excusaron diciendo que ya tenían bastantes ocupaciones domésticas. Los títulos nobiliarios—cosa barata y, por regla general, muy codiciada—, con los que pretendía obsequiar a algunos ciudadanos para crear una aristocracia hereditaria y generar fructíferas tensiones sociales, tampoco fueron recibidos con entusiasmo. Como el rey residía bajo un roble, el título de camarlengo de la corte significaba poco más que camarlengo de la sombra.

Por razón de las funciones que desempeñaba y gracias a su talante, Éaco era conservador, pero un conservador ilustrado, y se daba cuenta de que la armonía imperturbable entre el soberano y sus súbditos es contraria a las leyes de la naturaleza y que, por lo tanto, había que salir al encuentro de los cambios inevitables e incluso sacarlos de los oscuros recovecos del destino para domesticarlos con más facilidad.

Inició entonces unas reformas tímidas, empezando por algo que, según la clarividente distinción del gran científico I.V.S., no era base ni superestructura, es decir, empezando por las innovaciones lingüísticas.

Un día caluroso de julio, se celebró un mitin solemne de todos los habitantes la isla, durante el cual el rey anunció que, a partir de entonces, Egina se llamaría por los siglos de los siglos Mirmidonia, en honor a sus valientes ciudadanos. De este modo, deseaba despertar su adormecido sentimiento de identidad nacional—el orgullo colectivo—y desatar la

inconcebible tendencia del hombre a sentirse superior a los demás por motivos más bien baladíes: el lugar de nacimiento, la pigmentación de la piel o la forma de la nariz. También dispuso que la carretera principal, o mejor dicho la vereda que cruzaba la isla por el centro, llevara el nombre de Avenida de la Victoria.

Los mirmidones recibieron los decretos con calma, meneando la cabeza. Pero todo siguió igual, como siempre. En la controversia sobre los universales, los mansos habitantes de la isla habrían compartido, sin darse cuenta de ello, la opinión de quienes afirmaban que las nociones generales están contenidas en las cosas y no flotan por encima de ellas en forma de nube siniestra.

Como cualquier otra pedagogía, la pedagogía social supone una gradación, un paso progresivo de lo fácil a lo difícil, así que, tras aquel primer revés, Éaco inició la siguiente etapa de la educación nacional. Con el fin de preparar a aquellos provincianos empedernidos para el encuentro con otros pueblos, anunció la inminente inauguración en la isla de una Feria Internacional.

Efectivamente, llegaron a Egina muchos mercaderes, provenientes sobre todo de Creta. Los mirmidones expusieron lo mejorcito que tenían: palos para cultivar la tierra, albarcas de corteza de árbol, burdas zamarras, ollas de barro sin adornos, y cordones de cáñamo con nudos que hacían las veces de joyas. En cambio, los huéspedes se lucieron con un despliegue abrumador de productos, ya que en su oferta no faltaron los clásicos abalorios, el percal, nuevos modelos automáticos de arado, instrumentos para dar muerte a hombres y animales, colgantes, ajorcas y diademas de plumas, ni tampoco unas mercancías cuya finalidad los habitantes de Egina ni siquiera lograron adivinar.

Lo miraron todo sin especial interés, su instinto consumista no aumentó ni una pizca, y su falta de comprensión de los artículos que gozaban de gran popularidad por doquier—jarras, ánforas y cráteras en las que los mejores pintores de la época habían representado con todo lujo de detalles a dioses, animales y humanos en situaciones íntimas—fue verdaderamente escandalosa.

Poco después de la fracasada visita de los mercaderes, se descubrieron por casualidad unos yacimientos de plata en la isla. Éaco comprendió al vuelo que aquello era un regalo de los dioses que permitiría sacar a Egina del subdesarrollo, haría posible el salto desde la primitiva economía de trueque al

intercambio monetario, despertaría en las personas el afán de poseer bienes materiales y acabaría dividiendo por fin a los homogéneos habitantes de la isla en obesos y enjutos, en opulentos y míseros. Pero los incorregibles mirmidones machacaban el metal precioso sobre las piedras y lo convertían en polvo para tapizar las galerías de sus moradas subterráneas.

El rey no se desalentó ante las adversidades. Por desgracia, cuando alguien ha tomado la decisión firme de brindarle la felicidad al mundo entero, cuesta mucho hacerle cambiar de opinión. Éaco sabía que brindar la felicidad supone moverse, esforzarse y encaramarse más y más arriba. Lo que no sabía era que el progreso—por utilizar esta palabra siniestra—no es más que una imagen, una imagen ni mejor ni peor que las otras quimeras de la imaginación. En cambio los mirmidones, que carecían de imaginación y jamás revelaban sus pensamientos (lo que contrastaba con la fuerza de sus convicciones), sabían a ciencia cierta que la vida era una rueda sellada por la muerte. Y que, por lo tanto, estaba cerrada y no abierta, era individual y no colectiva, y se ceñía estrictamente a los límites de un solo cuerpo: el de cada hombre, cada insecto o cada árbol. Por eso, los pies descalzos que deambulan erráticos les parecían más naturales que la marcha en pos de un gigante monstruoso que avanza triunfalmente hacia objetivos ocultos detrás del horizonte, siguiendo una línea recta que parte de la nada y se dirige hacia otra nada luminosa y mejor.

Después de los experimentos fallidos en el terreno de la base y del lenguaje, Éaco decidió abordar el vergonzoso problema de la apatía de sus súbditos por el lado de la superestructura. Efectivamente, el nivel intelectual del mirmidón medio dejaba mucho que desear. Nadie se sentía atraído por los estudios, ni siquiera por los de teología. Los mirmidones tomaban las cosas tal como eran (realismo ingenuo) y consideraban una pérdida de tiempo plantear preguntas.

Éaco empezó a traer a la isla a los filósofos más conspicuos del continente para que hablaran de todo lo que les pasara por la cabeza, una práctica habitual hoy en día en las universidades del hemisferio occidental. El proyecto estaba ideado a gran escala, iba a durar años, y la participación de los ciudadanos era obligatoria, incluidas las mujeres, los niños y las criaturas recién nacidas.

Esta vez, la iniciativa del soberano tuvo una respuesta que superó todas las expectativas y colmó de júbilo su real corazón. Los mirmidones acudían en

tropel a las clases sin que hubiera necesidad de animarlos. Se sentaban formando un gran semicírculo alrededor del orador y entornaban los ojos. Algunos permanecían con la boca abierta, mientras otros apoyaban la cabeza en el brazo, sumidos en un profundo ensimismamiento metafísico. Reinaba el silencio, interrumpido sólo de vez en cuando por un hondo suspiro.

Hasta que, un día, todo explotó. Cuando el conferenciante finalizó la lección con la tesis fundamental que expresa el principio ontológico de identidad: «Es necesario decir y pensar que sólo lo que es existe, porque el ser es y el no ser no es», estalló una carcajada potente como un trueno. No fue una risa escarnecedora, sino una explosión de alegría espontánea e irrefrenable. Los mirmidones se revolcaban por el suelo, bramaban, se desternillaban, y los que perdían el aliento proferían chillidos y berridos, dándose manotazos en la cabeza mientras se les saltaban las lágrimas de pura felicidad.

Después de aquel incidente, los filósofos dejaron de visitar Egina. Es más, la palabra *mirmidón* se convirtió—¡qué injusto!—en sinónimo de torpeza espiritual. Y eso que fueron ellos y nadie más quienes hicieron el memorable descubrimiento de que todo trabajo intelectual es hasta cierto punto una perversión y sus resultados contienen una fuerte carga de comicidad. Contemplados de cerca, esos problemas imaginarios, esas construcciones mentales, categorías y nociones suelen provocar una hilaridad irreprimible. De todas las cosas sabias con las que los mirmidones fueron obsequiados, incorporaron a su vocabulario básico una sola palabra: *ápeiron*, que entre los filósofos equivale a ‘lo ilimitado’. Los mirmidones le dieron un sentido peculiar, denominando así a todas las cosas superfluas, tales como los desperdicios, los huesos roídos o la tromba marina.

Puede haber varias opiniones acerca de los esfuerzos de Éaco por reformar la nación, pero lo cierto es que dieron lugar a una situación totalmente nueva. Egina salió del estado de ingravidez y finalmente llegó a existir en la topografía griega. Y, probablemente por eso, empezó a atraer a huéspedes peculiares.

Era gente joven que—por no entrar en detalles—se dedicaba al transporte. Lo que transportaban por mar y por tierra eran ideas.

Al igual que los filósofos, tenían la indelicada costumbre de dar lecciones de vida al prójimo, pero, a diferencia de ellos, lo hacían de una manera más

directa, exenta de embrollos intelectuales y a veces bastante violenta. A saber: les enseñaban a los mirmidones que todo lo importante y significativo sucede en la cabeza, es decir en el mundo imaginario, y que este mundo es más poderoso que el universo visible. Y también les explicaban cuan desgraciados eran, siendo la medida de su desgracia el hecho de que ni siquiera se dieran cuenta de ello. La causa principal de su infortunio era un gobierno inepto, anticuado y frágil. O sea que era menester derrocar a Éaco para entregarle el poder al pueblo.

Los mirmidones, en cambio, cantaban al unísono las glorias de su existencia. ¿A santo de qué, pues, tenían que derribar al bonachón del rey? Mostraban un desinterés total y absoluto por el gobierno del pueblo, porque, con la candidez que los caracterizaba, admitían no saber en qué consistía. Tal vez—decían—el mundo vaya en esta dirección, pero ¿por qué ellos, los mirmidones, habían de parecerse al mundo, en vez de parecerse a sí mismos?

Según los sacrosantos principios de la Teoría, las revoluciones siempre se llevan a cabo «desde abajo» y sólo en casos muy excepcionales es admisible fabricarlas «desde arriba», lo cual constituye, naturalmente, una desviación y, como tal, debe ser estrictamente silenciado. Una vez haya terminado todo, será preciso inventar lo antes posible una génesis, un trasfondo y una cronología acordes con los principios de la doctrina.

Así las cosas, los Transportistas de ideas iniciaron negociaciones secretas con Éaco. Elogiaron mucho su voluntad de hacer reformas, aunque lo cierto era—tenía que admitirlo—que no había conseguido gran cosa. Para arrancar a los mirmidones del oscurantismo, había que recurrir a métodos drásticos. La sangre tenía que correr.

Estas palabras aparecieron varias veces en las conversaciones. El pobre Éaco temblaba de pies a cabeza, palidecía y, a ratos, incluso rompía a llorar. Juraba tomando a todos los dioses por testigos que nada le resultaba tan ajeno como la violencia, y que jamás iba a permitir que los habitantes de la isla sufrieran daño alguno. A lo que ellos contestaban: durante los acontecimientos realmente escabrosos serás retirado del escenario y permanecerás oculto entre bastidores. El rey, lívido, sollozaba, pero acabó cediendo.

Resulta difícil no preguntarse por qué Éaco accedió a mantener unas negociaciones que le causaban tal suplicio psíquico. Era un hombre libre, de modo que, sencillamente, podría haber echado de su casa a los huéspedes

inoportunos, es decir, haberlos echado de los límites de la sombra del roble donde vivía.

La solución de esta incógnita es sencilla y tiene que ver con un extraño vicio de las personas que, en vez de encogerse de hombros, consideran que su sacrosanto deber es responder a preguntas idiotas y a dicterios insolentes, cosa que las convierte en presa fácil de toda clase de orates. La frontera que separa una situación fortuita de una relación de por vida es muy inestable, como saben los esposos. Y eso que muchos disgustos e incluso muchas catástrofes habrían podido evitarse con ayuda del sentido común, sólo que ésta es una virtud del espíritu muy infrecuente, sobre todo entre individuos pensantes y delicados. Casi todo el mundo alberga un vago sentimiento de culpa en su interior, y de esta culpa puede sacar muy buen partido el vecino, por poco listo que sea. Éaco temía ser un gobernante débil que, para colmo, no amaba lo bastante a sus súbditos. Los Transportistas de ideas no lo ignoraban, y el conocimiento de este hecho les bastó para hacer tambalear su estructura psíquica y—hablando metafóricamente—tomar la fortaleza.

El guion ideado por los Transportistas y presentado al rey para obtener su visto bueno (¡celebrems tamaña muestra de finura!) era sencillo. En un plazo determinado, se perpetraría un golpe de Estado ficticio. Éaco quedaría levemente herido y—tal como se había convenido—sería apartado del escenario. Luego, algunos mirmidones se autoinculparían del conato de regicidio y recibirían severos castigos en un proceso público. Entonces, como es natural, los habitantes de la isla se dividirían en partidarios y adversarios del golpe de Estado, cosa que marcaría el inicio de un fructífero antagonismo. A continuación, las cosas seguirían su curso de acuerdo con las leyes de la dialéctica: partiendo de formas buenas, a través de formas un poco mejores, hasta que finalmente la mariposa de la perfección saliera volando de la vulgar crisálida.

Y faltó muy poco. La culpa histórica de haber matado la mariposa—hay que reconocerlo, mal que nos pese—la tiene la inexcusable testarudez y simpleza de los mirmidones. Sencillamente, ninguno de los acusados se declaró culpable. Deberíamos repetir esta frase varias veces, porque parece del todo inverosímil. De nada sirvieron las persuasiones sutiles de los Transportistas, de nada sirvieron las torturas más rebuscadas.

Obstinados, tercos, los mirmidones alegaban que, para levantar una piedra,

primero hay que querer levantarla (o sea que, para matar al rey, primero había que desear matarlo). Era de dominio público que amaban a su soberano, y ¿quién con dos dedos de frente se deshace por voluntad propia del objeto de su amor? El argumento de que supuestamente Éaco estaba dispuesto a sacrificar su vida en aras de un futuro mejor les resultaba poco convincente, ya que jamás había hablado de ello y, bien mirado, nadie, ni siquiera una liebre, quiere ser asesinado. (Entre paréntesis, nótese cuán primitivas eran las metáforas de los mirmidones: piedra, liebre).

Se intentó convencer a los acusados de que el rey ya no existía, de que se había ido a un mundo mejor, por lo que la resistencia era inútil: estaban luchando por una sombra. Pero los mirmidones, que conocían el valor real de la sombra, se defendían con la determinación de los desesperados. En su estulticia, rechazaron sin pensarlo dos veces el argumento de que, si bien subjetivamente no querían que se perpetrara aquel asesinato, objetivamente sí lo deseaban. Este sofisma, inventado por semiintelectuales con veleidades políticas, es más antiguo de lo que pueda parecer. Además, los acusados preguntaban hasta la saciedad a sus verdugos cómo era posible estar durmiendo al lado de la esposa (éste era el caso) y, al mismo tiempo, manipular algo en un lugar distante. (La lógica polivalente, que puso en entredicho el principio del tercero excluido, un principio moral más que lógico, por suerte no se había inventado todavía).

La amargura, el hastío y el desdén inundaron los corazones de los Transportistas, que dieron su misión por terminada y abandonaron la isla. Sin embargo, para dejar alguna impronta de su estancia, por pequeña que fuera, mataron a todos los acusados sin excepción. Lo cual significaba necesariamente: el hacha de guerra está enterrada, pero volveremos al primer llamamiento de la historia.

Los mirmidones celebraron la restauración de la monarquía en una atmósfera de gran entusiasmo. Por muy extraño que parezca, Éaco regresó en loor de multitudes, aún más amado—si cabe—que antes de la breve invasión. Intentó dar explicaciones y justificarse, pero nadie quería escucharlo.

Su delicada conciencia no lo dejaba en paz. Éaco parecía guardar rencor a sus súbditos por no hacerle nunca reproche alguno. Su confianza le causaba remordimientos y su entrega total le pesaba como un lastre. De modo que suplicó a su divino padre que lo retirara de aquella isla mística donde el bien

era natural, el mal venía siempre desde fuera, y entre las dos cosas no había un término medio.

Y Zeus se apiadó de su hijo por segunda vez. Le asignó un puesto encubierto en el departamento de justicia del más allá.

En el fervor de la narración, hemos olvidado decir que Éaco se casó dos veces y tuvo un hijo varón de cada matrimonio. Ambos chicos, ya casi hombres, eran extraordinariamente apuestos. Es difícil decir algo sobre sus otras virtudes. Sólo más tarde resultaría que no tenían escrúpulos, lo cual es un rasgo característico de los individuos que intentan suplir su estupidez congénita con una ambición hipertrofiada.

Suspendemos nuestro relato en este punto, porque he aquí que Clío, la diosa de los usurpadores, una moza fornida, tosca, fuerte como un caballo y vulgar a más no poder, efectúa la entrada en el bosque sagrado del mito, repitiendo sin cesar sus típicos lugares comunes.

EL REPUGNANTE TERSITES

A Veronica Behrens.

Todos se sentaron en fila sobre los bancos. El único que se demoraba hablando por los codos con la mente llena de palabras de discordia era Tersites, que en vano ansiaba con toda el alma sembrar cizaña entre los reyes y hacía reír a los argivos cuanto podía.

HOMERO, *Iliada*

He aquí que se celebra una asamblea de caudillos helenos, entorpecida sólo por las intervenciones de un personaje estafalario llamado Tersites. Aparece en el poema una sola vez y, en medio del bullicio de las batallas y las disputas de los jefes militares, su nombre se pierde como una aguja en un pajar.

¿Quién era Tersites? Según Homero, un hombre despreciado por todo el mundo, el guerrero más feo de cuantos llegaron a las murallas de Troya. Cojo, de pecho hundido, la cabeza puntiaguda cubierta de una pelusa rala: el vivo retrato del listillo. Su aspecto físico reflejaba sus cualidades espirituales. En el poema, Tersites es un cobarde, un camorrista y un eterno refunfuñón.

Sin embargo, si prestamos oídos a los pequeños detalles, descubriremos en aquel episodio una gran riqueza de significados.

En la *Iliada* no hay personajes secundarios. La obra es un bajo relieve gigantesco, donde sólo hay sitio para los héroes que luchan, teniendo como fondo una gran llanura. Si se mencionan otros nombres además de Aquiles, Agamenón o Diomedes, son nombres de los caídos en la batalla, de quienes solamente sabemos que sacrificaron su vida ante las murallas de Troya.

Entonces, ¿por qué hizo Homero una excepción con un hombre insignificante?

La primera respuesta reza que lo hizo por razones estilísticas, intentando introducir en aquella sofocante atmósfera repleta de sangre y violencia un elemento cómico, un *divertimento*, algo que brindara un momento de desahogo y de pura risa. Pero el poema avanza implacablemente en línea recta hacia el destino, sin desvíos ni episodios cómicos o acontecimientos accidentales.

El nombre de Tersites proviene de la palabra *térsos*, que significa ‘insolente’ y es un comentario a su carácter. Pero Homero no se inventó el personaje de Tersites. Según otras fuentes, su nombre significa nada menos que ‘atrevido y valiente’. Si esto fuera así, este nombre, contrastado con el talante de Tersites, resultaría efectivamente cómico. Es como si, en checo, el nombre de Švejk significara ‘intrépido’.

Así que no es en la etimología donde hay que buscar la solución del misterio.

Pero volvamos al poema.

¿Qué hace Tersites en la obra de Homero? Interrumpe la asamblea de caudillos, le recrimina a Agamenón que trate la guerra como una oportunidad para enriquecerse y para coleccionar valiosos objetos de bronce y hermosas esclavas procedentes del botín. «¿Quieres aún el oro que te traigan los troyanos, domadores de caballos, como rescate por sus hijos que hayamos atado y arrastrado hasta aquí yo y otros aqueos...?».

O sea que no se trata aquí de que Tersites tenga cierto recelo generalizado, sino que su descontento tiene un motivo muy concreto y material. ¿Tal vez la partición injusta del botín de guerra—Briseida arrebatada a Aquiles por Agamenón—constituya el eje del poema?

Tersites se atreve incluso a acusar al caudillo no sólo en nombre propio, sino también en nombre de los que permanecen callados. De este modo, representa la voz de los soldados perjudicados.

Pero ¿quién era en realidad Tersites? Homero no deja claro su rango social. Si hubiera sido un simple mochilero del ejército, no habría tenido acceso a la asamblea de caudillos. Su nombre no figura en la lista de las naves, de modo que no podía ser un jefe militar. Es todo lo que podemos deducir directamente de la obra de Homero.

Como ya hemos dicho, el creador de la *Iliada* no se inventó el nombre de Tersites. Este nombre aparece en otros mitos, donde su portador es ni más ni

menos que el rey de Etolia, hijo de Agrio y primo hermano de Diomedes, un héroe de la guerra de Troya y uno de los pocos que, como Néstor, regresaron a casa sanos y salvos.

Otros sostienen que Tersites participó en la cacería del jabalí de Calidón que assolaba la campiña de Meleagro. Durante la cacería, se produjo un altercado y Tersites fue despeñado de una roca. De modo que su repugnante aspecto de tullido no era congénito, sino adquirido en un combate. Tersites es el lisiado de la mitología. A fe que no se merece el humillante vapuleo al que Ulises lo somete públicamente en la *Iliada*. ¡Precisamente Ulises, un hombre que no destacaba por su coraje y que había arado la arena de la playa para pasar por orate y zafarse de este modo de la expedición a Troya!

¿Cuál fue el fin de Tersites? Homero no lo dice. Según otras leyendas, la causa directa de su muerte es una disputa (otra más) con Aquiles.

Como es sabido, en la fase final de la guerra de Troya, las amazonas participaron en los combates del lado de Ilión, encabezadas por su hermosa reina Pentesilea. En el fervor de la lucha, Aquiles malherió a Pentesilea (el motivo predilecto de los pintores de vasos) y, al levantarle el yelmo, se enamoró de ella. Según una versión más brutal del mismo mito, Aquiles se enamoraría del cadáver y cometería *in situ* un acto de necrofilia. Lo cual, a su vez, es el tema favorito de varios dramas modernistas sobre el amor y la muerte.

Tersites con razón se burló de él a raíz de aquel acto repugnante y, a falta de otros argumentos, el héroe le rompió todos los dientes y mandó su alma al Érebo.

Hasta aquí los mitos.

Hoy en día, sin pedirle consentimiento a Homero, vemos a Tersites bajo otra luz. ¿Quién era? ¿Un representante de los pueblos conquistados, tal vez un príncipe minoico despojado del poder por los aqueos?

Su única arma era la imprecación, la rebelión de los impotentes (totalmente inútil, pero precisamente por eso admirable y respetable).



CLEOMEDES

Astipalea.

Una pequeña isla del archipiélago de las Espóradas situada al sudeste del Peloponeso; o, mejor dicho, dos islas unidas por un istmo estrecho y húmedo. Arena, rocas y una vegetación escasa.

¿Qué puede decirse de aquel rincón de la tierra? Poco, casi nada. Y esto es lo más insólito en un país plagado de historia verdadera y de historia fabulosa, donde en cada gruta, en cada bosque, en cada manantial y en cada montaña retumba el eco de los dioses y de los héroes.

Hay que admitir, mal que nos pese, que Astipalea no fue la cuna de las artes ni de la sabiduría, la patria de estudiosos de los astros, de poetas y de alfareros con talento, ni siquiera de dinastías de soberanos cuyos crímenes pintorescos pudieran ser el tema de una tragedia. Ninguno de sus varones se ganó la fama en el campo de batalla y ninguna de sus mujeres compartió el lecho con Zeus para ser madre de héroes intemperantes.

Allí, todo era normal y corriente, adocenado. Ovejas mansas hollaban la cumbre del promontorio más alto que, en un arrebató de orgullo patriótico, había sido llamado montaña. La capital era un puñado de miserables casitas blancas, una ágora bulliciosa y un par de templos achaparrados y sin gracia alguna. Eso era todo. Incluso las catástrofes dignas de mención—las epidemias y los terremotos—esquivaban aquella isla.

De modo que el destino de Astipalea era la mediocridad, y la razón aconsejaba resignarse a ello: una vida a la sombra, un rincón a donde no llegan las tempestades de la historia, también tiene su encanto. Pero, por mucho que apreciemos la seguridad, solemos quejarnos de nuestros antepasados y les hacemos reproches si ninguno de ellos tuvo el valor de participar en una expedición peligrosa o de caer en una batalla legendaria; en

una palabra, si ninguno hizo jamás algo que mereciera un canto épico.

Así pues, al escuchar a los rapsodas, los habitantes de Astipalea se morían de vergüenza. Una vez, incluso alguien tuvo la alocada idea de completar la famosa lista de las naves de la *Iliada* con al menos un barco de Astipalea, o de nombrar auriga de alguno de los héroes que habían combatido ante las murallas de Troya a un efebo proveniente de la isla. Es innegable que sus ambiciones eran modestas. Los filólogos denominan interpolación a este tipo de artimañas. Pero, en los tiempos a los que nos referimos, el texto de ambos poemas ya estaba definitivamente establecido, y cualquier tentativa por parte de los enmendadores de irrumpir en un pasado sacrosanto e inapelable los habría convertido inevitablemente en el hazmerreír de todo el mundo. Nadie que esté en su sano juicio duda ante la cruel alternativa de ser objeto de burlas por los siglos de los siglos o estar marginado a perpetuidad.

La añoranza tenaz, la voluntad colectiva que no dejaba de obrar ni por un instante en la clandestinidad, la esperanza de innumerables generaciones anónimas de que un día la isla amaneciera renacida, de que emergiera de la espuma del olvido y conquistara la fama, por efímera que fuese..., todo aquello se cumplió de un modo sorprendentemente sencillo.

En el seno de la familia de un herrero, nació un niño a quien dieron el nombre de Cleomedes. Así, o de una manera parecida, deberían comenzar todos los grandes relatos de la humanidad.

Más tarde, el irresistible afán de milagros hizo aparecer y proliferar signos premonitorios: he aquí que el día del nacimiento de Cleomedes un viejo roble se partió por la mitad y un águila se cernió sobre la ciudad; otros decían haber visto una oleada enorme, una niebla que adoptaba las formas de los dioses del Olimpo, un arco iris o una luz muy peculiar que no venía de arriba, sino del subsuelo, y que convertía aquella pequeña migaja de tierra firme en un pálido lucero del alba.

El joven Cleomedes era humilde, callado y tímido. Los dioses le concedieron dos dones que no suelen ir de la mano y que, por lo tanto, se consideran contradictorios: la belleza y la fuerza. Ya se sabe que la belleza es un rasgo inalterable e inherente, como la hermosura de una flor, de una ensenada o de una cálida noche de verano. Satisfecha consigo misma y segura de sus derechos, puede prescindir de verificaciones, concursos y coronas de laurel. Los hermosos llevan una vida tranquila y no suelen verse involucrados

en peripecias dramáticas. Pero la fuerza es totalmente otra cosa. Su esencia es un desafío lanzado al mundo y a la gente. Se manifiesta únicamente en la lucha, soportando golpes y repartiéndolos, en una creciente pirámide de gestas, a cuál más inconcebible y mortífera.

Permítasenos alterar la cronología y subrayar que, algunos siglos después de los acontecimientos que estamos describiendo, un poetaastro alejandrino perpetró unos ripios sobre los años mozos de Cleomedes el forzudo. Los fragmentos del poema que se han conservado pueden encontrarse en los manuales de poética como ejemplos disuasorios de una versificación lamentable, un dramatismo pomposo y una pobreza de imaginación extrema, puesto que el autor atribuyó a su protagonista las hazañas de otros héroes del pasado, ignorando el hecho de que Astipalea podría haber sido como mucho el escenario de un drama satírico, pero jamás de una tragedia que exigiera decorados llenos de *pathos*.

En aquella isla, nadie se encontró nunca cara a cara con un dios. El paisaje era monótono, sin leones, gigantes ni caballos que devorasen hombres, sin tiranos ni monstruos terrestres o marinos, y ni siquiera había en ella alguna roca con una miserable hendidura que condujera al reino de los muertos.

Existe sólo un testimonio escrito fehaciente, según el cual, durante una ceremonia religiosa local—los vecinos habían tomado la decisión de sustituir la vieja estatua de Atenea, hecha de madera, por una nueva, de mármol—, Cleomedes encabezaba el séquito, llevando la gran diosa de piedra con tanta facilidad como si de una rama de olivo se tratase.

El joven fue mandado a Esparta para dedicarse a fondo a los estudios bajo la tutela de preceptores experimentados. Esto suele significar formación de la mente en el campo de la filosofía y las matemáticas o desarrollo de las habilidades necesarias para construir largas frases ornamentadas e intrincados silogismos. Pero, de acuerdo con su vocación, Cleomedes se ejercitaba en el arte de la equitación y perfeccionaba el lanzamiento de disco y de jabalina, la carrera al desnudo y con armadura, el pentatlón, la lucha libre y el pugilato.

Frecuentaba numerosos torneos, pero—dicho sea todo—la mayoría eran de segunda fila y, por regla general, ignorados por los escultores eminentes. O sea que lo sabemos casi todo de su vida, pero casi nada de su aspecto físico, ya que no se ha conservado ningún retrato de su cabeza, de su torso o de su talón.

Los entendidos admiraban su peculiar estilo de boxear: siempre concentrado, extrañamente falto de ambiciones, impersonal, como si se sometiera a un poder ajeno que lo guiaba de victoria en victoria. Gastaba la energía racionalmente, con moderación, a sabiendas de que era un don del destino, algo que le había sido arrendado por un plazo corto. Todos intuían que tenía unas reservas de fuerza enormes, pero las utilizaba con prudencia para no ultrapasar los límites marcados por los envidiosos dioses.

¿Era el favorito del público? El público de los estadios y teatros quiere experimentar la purificación mediante el miedo y la piedad, desea presenciar la lucha de las pasiones, las sentencias ciegas del destino, las derrotas taciturnas y las victorias vocingleras. En cambio, Cleomedes combatía invariablemente con su propia sombra. Le daba igual la presencia del adversario, que constituía un mero trasfondo sobre el cual destacaba apenas un triunfador siempre asombrado, incrédulo de ser él y no otro quien mereciera la admiración y, en fin, hasta la veneración de los aficionados.

Un héroe modesto es un personaje entrañable y nadie se pregunta si adopta una pose estudiada o si el origen de su actitud se halla en lo más profundo de su alma. ¿Qué es, de hecho, un vencedor tímido? Un híbrido estrambótico, un oxímoron obtuso, alguien que carga con una tara indeleble. Todo parece indicar que la tara de Cleomedes consistía en la incapacidad de identificarse con sus propios actos. Interiormente dividido, pálido, inexpresivo, un tanto inquietante, en el fondo resultaba mortalmente aburrido.

Precisamente por eso, el renombrado atleta espartano Telestes, tutor y maestro del joven de Astipalea, decidió que, a pesar de estar dotado de un talento que auguraba laureles en varios deportes, Cleomedes participaría en los inminentes Juegos Panhelénicos como púgil. Tenemos la tendencia a atribuir todo lo irreversible a una intervención de las fuerzas sobrenaturales que rigen el universo. En realidad, el asunto puede explicarse perfectamente en términos humanos.

La intención de Telestes era sencilla y habla bien de su pericia en la pedagogía aplicada. A saber: llegó a la conclusión de que sólo en un duelo de boxeo Cleomedes sería capaz de alcanzar la Forma, es decir, el Perfil Individual, y que así llegaría por fin a ser alguien específico, fácilmente distinguible de los demás. Porque ¿qué es el pugilismo? Una lucha abierta y varonil. Diré más: una alegoría de la guerra y la prefiguración de los combates

a ultranza. Y precisamente esto—razonaba Telestes—obligaría a su discípulo a movilizar todas sus fuerzas adormecidas para responder con agresión a la agresión, deshacerse de una vez por todas de su pusilanimidad provinciana y convertirse al fin en un triunfador convincente, manifiesto y feliz.

La partida de Cleomedes para los Juegos fue la festividad más grande que jamás se hubiera visto en Astipalea. Casi todos los habitantes de la isla se congregaron en el puerto para despedir con clamor, efusión e interminables muestras de cariño al futuro vencedor—nadie lo ponía en duda—que, por primera vez en la historia, iba a cubrir de gloria su tierra natal.

El adversario de Cleomedes era el famoso púgil Ico de Epidauro, quien en dos ocasiones se había quedado a las puertas del triunfo en las Olimpiadas. Esta vez, seguro de la victoria, empezó el combate sin protegerse, repartiendo golpes con su gran mano abierta como el severo maestro de escuela que propina una tunda a un alumno rebelde. La lucha tiene que ser un drama con un epílogo difícil de prever, un juego donde la balanza de la victoria se incline ora hacia un lado, ora hacia el otro; debe abundar en sorpresas, ideas tácticas, estratagemas, ataques impetuosos y respuestas fulgurantes. Y, en vez de todo esto, el público era obsequiado con un aburrido monólogo. Se alzaron voces pidiendo que se interrumpiera el combate y que el desafortunado joven regresara allí de donde había venido, es decir, a su miserable isla y a sus ovejas.

Y entonces Cleomedes arremetió contra su adversario. Aquél fue un ataque llevado a cabo con su peculiar estilo, casi imperceptible y, como todo lo que hacía, poco espectacular y aparentemente apático.

Los relatos de los testigos son contradictorios y confusos, no captan la esencia del suceso, sino que apenas describen fragmentos del mismo.

Esto fue lo que ocurrió: primero Ico se detuvo en seco, como asombrado; luego retrocedió unos pasos, según algunos miró a su alrededor con cara de impotencia y de repente se desplomó sobre la arena con los brazos en cruz. Todo ocurrió tan deprisa que ninguno de los espectadores logró percatarse de qué había ocurrido.

Los árbitros de los juegos tuvieron una tarea difícil ante aquel hecho sin precedentes que escapaba a su entendimiento. Porque una imagen negra lo cubría todo, y las imágenes se resisten obstinadamente a los esfuerzos de sus exégetas. He aquí que, a pleno sol, un bulto pesado, ensimismado y saturado

de misterio yacía en el centro de la arena: un mero objeto. Por eso, el fallo de los árbitros lleva el estigma de su medrosa impotencia.

En el preámbulo, declararon que Cleomedes no había transgredido ninguna de las meticolosas y estrictamente observadas reglas de combate. Su contrincante no había levantado la mano derecha en señal de rendición. Con todo, Ico había perdido la vida, estaba muerto. Visto esto, se exculpaba a Cleomedes de la acusación de homicidio voluntario, pero se le denegaba la corona de laurel del vencedor. El duelo había tenido un final no concluyente.

Las intenciones de los árbitros parecen comprensibles y moralmente intachables. Sin embargo, desde el punto de vista de la lógica, su razonamiento está repleto de lagunas, incongruencias y contradicciones, porque no se estableció lo que debería haber sido la premisa primera y fundamental de la argumentación, es decir, la causa de la muerte de Ico. ¿Acaso podía descartarse la muerte súbita del deportista? El poeta que fallece sobre un poema inacabado concita la comprensión benévola de las mujeres e incluso de los críticos literarios. ¿Por qué entonces denegar la misma tierna simpatía a los púgiles? Luego, si Cleomedes luchó honestamente y, como reza la sentencia, no tuvo culpa ninguna de lo ocurrido, ¿por qué fue castigado? Y, finalmente, ¿acaso el desafortunado párrafo sobre el duelo sin triunfador no es una tentativa cobarde de derogar las leyes del destino, ya que éste resuelve siempre las contiendas—¡también en el presente caso!—de una manera cruel e irrevocable, dejando sitio en la plaza sólo para los vencidos y los vencedores?

Cleomedes se sumió en la pesadumbre, la congoja y la desesperación. Rechazó el mundo, un mundo que, en el fondo, nunca había comprendido. El rechazo era total y estaba preñado de consecuencias.

Los antiguos, a quienes les era ajeno hurgar en los laberintos de las almas individuales, habrían sentenciado que la aciaga diosa Ate, perturbadora de los espíritus divinos y humanos, le había ofuscado la mente. Una exégesis así es válida para los creyentes. En cambio nosotros, relatando lo que ocurrió después, intentaremos evitar tanto el psicologismo como el simbolismo exaltado y nos limitaremos a la simple presentación de los hechos, tal como lo hace Pausanias, de quien hemos tomado esta historia.

Así que Cleomedes llega a Astipalea. Se dirige a la ciudad. Por el camino, topa con el edificio de la escuela y descarga sobre él su furia de campeón

olímpico malogrado. Las columnas de madera se vienen abajo. Sesenta críos mueren bajo los escombros.

Los habitantes de la isla desean aplicarle al criminal un castigo en el lugar del delito, es decir, quieren lapidarlo. Cleomedes logra escabullirse. Se refugia en el templo de Atenea. La implacable muchedumbre corre en pos de él.

En el templo, hay un arcón de piedra, grande como una sepultura real, destinado a guardar los objetos de culto. Cleomedes aparta la pesada losa y se mete dentro.

Pronto los vengadores aparecen en el templo. Escudriñan a conciencia todos los recodos del muro, todos los recovecos. No se olvidan del arcón. En vano. Cleomedes ha desaparecido sin dejar rastro.

Al leer el relato de Pausanias, notamos instintivamente la inquietante ausencia de un desenlace, una moral, un trasfondo. El protagonista abandona el escenario de repente, la tierra se lo traga sin más. El Mensajero, que trae las voces del mundo, y el omnisciente Coro callan sobre lo que le sucedió después. Y esto es una violación flagrante de las reglas del drama clásico, ¡qué digo!, de cualquier obra teatral que tenga una forma cerrada y comprensible.

En el teatro del absurdo, Cleomedes podría haber hecho una gran carrera. Sólo la ignorancia crónica de los hombres de letras empleados en la industria del aumento del caos explica el asombroso hecho de que jamás hayan descubierto este filón de oro. No sólo habrían dispuesto de un antihéroe de carne y hueso, no de palabras pasadas por agua, sino también de un tema irisado de los oscuros colores de la nada.

Pero retomemos el hilo del relato: hay que hacer especial hincapié en el estrecho parentesco que unía a Cleomedes con los elementos. Cleomedes era un atleta modesto que no supo qué hacer con su peligroso don. Comprendió que la naturaleza lo había dotado de una fuerza que ni él ni nadie eran capaces de dominar. El triunfo no es propio de los genios, sino de individuos dotados de una ínfima dosis de talento que dominan el arte de fingir las pasiones y de balancearse sin correr peligro al borde de los precipicios. Y ésta es la cualidad que le faltaba a Cleomedes. Por eso, su mito se desarrolla en la frontera entre los asuntos del hombre y los fenómenos naturales. Por la vertiente abrupta de una montaña—o de la narración—, baja rodando una

piedra que lo aplasta todo a su paso. Sólo quedan ruinas y víctimas. Pero hay que tener en cuenta que las catástrofes son inocentes.

El fondo—el auténtico fondo—de la historia de Cleomedes era del todo real: un par de tablones podridos que hacían las veces de suelo en el escondite de nuestro protagonista se rompieron bajo su peso. Se precipitó hacia abajo. Recobró el sentido en un habitáculo oscuro, parecido a una cueva pequeña y húmeda.

El templo de Atenea se erigía en la cima de una colina de escasa altitud, cerca del mar. La ciudad no tenía defensas. Sabemos que las guerras e incluso los ladrones de mar esquivaban la mísera Astipalea. Resulta difícil explicarse por qué los constructores del templo habían excavado bajo sus fundamentos una galería subterránea que pronto cayó en el olvido.

Cleomedes se arrastró a oscuras durante un buen rato. Cuando salió a la costa, ya era de noche. Encontró una barca y se dejó llevar por un mar tumultuoso.

La peregrinación de Cleomedes abundó en todos los elementos propios de un relato épico: intrincadas peripecias, laberínticos desiertos, cimas y abismos, terror y vastos paisajes desolados. Pero nunca dejó de perseguirlo una sombra ominosa que aniquilaba el sentido de sus sufrimientos y de sus esfuerzos, arrasaba su ser más profundo, y lo empujaba hacia las regiones de los engendros inhumanos. ¿Quién era? Un átomo perdido en el vacío del universo.

El periplo de Ulises goza desde hace siglos de nuestra más leal compasión. Eso ocurre porque la travesía del rey de Ítaca tiene una dimensión sobrenatural y al mismo tiempo humana, porque conmociona el cielo y la tierra, a los dioses envidiosos y a los dioses amigos, a las sirenas, a los monstruos, y también los corazones de los oyentes. Pero la verdadera fuente de nuestra simpatía por el héroe es el mero hecho de que todos los suplicios y golpes que le caen encima son el precio que hay que pagar por el regreso a la patria. En cambio, el camino de Cleomedes iba justo en dirección contraria. El joven huía de su isla amada, donde no le esperaba más que la muerte bajo una lluvia de piedras. Era un desertor del destino.

Finalmente, llegó a Corinto y decidió quedarse un tiempo, porque el miedo lo había abandonado (no del todo, pero lo suficiente para recobrar el ánimo). Escogió aquel lugar, no por sus encantos, sino porque allí atracaban naves

provenientes de todas partes del mundo, de modo que podía llegarle alguna noticia de su amada Astipalea, la noticia sobre el perdón o sobre la condena eterna. Y si esto no ocurriese nunca, aquél era el punto más idóneo del planeta para volver a desaparecer, esta vez definitivamente.

El malogrado campeón olímpico se unió al proletariado antiguo, una clase espléndidamente hospitalaria e infinitamente amplia. Los proletarios antiguos diferían de los esclavos en que no podían ser vendidos en subasta, por lo que el precio de su vida y de su trabajo no había sido estipulado. El adjetivo *antiguo* no es un epíteto ornamental, sino que define el momento histórico. Siempre y dondequiera que sea, el rostro de la miseria es igual de inexpresivo y repugnante.

Así que Cleomedes se escondió entre la multitud de miserables que malvivían a la intemperie o en cabañas de adobe más allá de los confines de la ciudad espléndida, en el arrabal infinito del desamparo. Allí, ardían hasta las tantas de la noche unas hogueras cuyas luces recordaban las de un gran ejército sitiador, cansino y carcomido por la anarquía. Ni siquiera la distribución del sueño y de la vigilia es justa y equitativa.

Cleomedes se ganaba la vida con el sudor de su frente: acarreaba arcilla hasta las alfarerías y, algunas veces, encontraba empleo en los hornos donde se fundían los famosos bronceos corintios, pero por regla general hacía de estibador en el puerto, aquella arena infecta y ruidosa para atletas desclasados. La ciudad—rica, libertina y enorme—estaba fuera de los límites de su curiosidad.

Los confines de su existencia eran desesperadamente reducidos: iba y venía desde la madriguera donde pernoctaba hasta el trabajo, nada más. Encima de su cabeza, se cernía el tiempo, indiferente como el aire y, como el aire, reacio a hacer promesas. El destino terrenal de Cleomedes era frágil y tal vez por eso el joven se sintiera seguro en el universo. La humillación proporciona seguridad. No hay mejor escondrijo ni mejor hospicio que los más bajos fondos.

La tarea principal de Cleomedes—o, en palabras más grandilocuentes, su disciplina espiritual—era la expectación. Su objetivo: regresar a Astipalea. Sabía que esto ocurriría cuando todos los testigos de su crimen hubiesen muerto. Entonces, como premio a su paciente fidelidad, el destino le otorgaría el privilegio de morir en la isla patria de una muerte natural y tan inocente

como el nacimiento.

Al principio, preguntaba a todos los navegantes si por casualidad habían atracado en la costa de Astipalea. La mayoría ni siquiera había oído el nombre; algunos habían avistado la isla desde lejos: una piedra oscura que emerge de la superficie de las aguas. Muy pronto, Cleomedes tuvo que desistir. Su rudimentaria filosofía se basaba en un razonamiento no del todo correcto desde el punto de vista de la lógica, parecido al que utilizan los amantes: soy parte inseparable de mi tierra; fuimos separados por la fuerza; luego, si hay un orden que rige el universo, nuestras existencias incompletas tienen que volver a juntarse.

¿Cómo llamar al estado de ánimo de Cleomedes? Sabemos poco de su vida interior. Sin embargo, parece que las denominaciones trilladas que primero nos vienen a la mente como *añoranza* o *nostalgia*, difícilmente pueden ser consideradas adecuadas para nuestro protagonista cuya naturaleza era maravillosamente homogénea, simple y, por ende, escapa al análisis.

Los pitagóricos advierten en uno de sus textos herméticos que uno no debe *comer corazón*, esto es, sumirse en la desesperación infructuosa. Es de suponer que Cleomedes, a despecho de estos sabios consejos, se alimentaba de su propio corazón. Y su corazón renacía una y otra vez, latiendo con un sano aunque inútil apego filial.

Tenía paciencia y era autosuficiente. Siempre concentrado, ensimismado, humildemente sometido al gran poder del tiempo. Sabía bien que el trabajo duro y los azotes del frío, la lluvia y la calorina, acabarían transformándole la piel, esculpirían surcos en su rostro, doblegarían su lomo y le conferirían un andar titubeante e inseguro. Entonces, podría regresar a Astipalea. Así que aguardaba, confiando en conseguir el harapiento disfraz del forastero decrepito que llega de ninguna parte.

Sólo tenía una aflicción: envejecía demasiado lentamente. En contra de las leyes de la naturaleza y a despecho de sus propios esfuerzos, seguía pareciéndose al joven que, aquel amanecer memorable, había partido en busca de los laureles del vencedor.

Pasaron primaveras e inviernos.

La poética moderna rechaza con hastío las frases de este estilo. Son tan sospechosas como—pongamos por caso—la aseveración: «Los últimos rayos del sol crepuscular caían sobre la vieja casa oculta por la sombra de los

centenarios tilos». Los estetas sostienen que esto es banal y feo. Tal vez. Pero ¿acaso no conviene adornar los asuntos profundos, esto es, los asuntos universales, con las flores artificiales del estilo? Así pues, pasaron primaveras e inviernos.

El azar—la otra cara de la moneda que convencionalmente solemos llamar necesidad, o una de sus variantes caprichosa y distraída—quiso que, en el momento menos esperado, nuestro protagonista encontrara en el puerto a un hombre que había visto Astipalea con sus propios ojos e incluso había estado allí recientemente. Cleomedes, rebosante de felicidad, lo invitó a acudir junto a su hoguera al anochecer.

Aquel hombre se llamaba Heliodoro, un nombre pretencioso pegado a un personaje bajito, inquieto, bañado en sudor y condenado al suplicio de verter un sinfín de palabras. Los que han visitado El Pireo y han visto a los vendedores de lotería sabrán a qué me refiero.

De profesión era mercader ambulante de objetos de culto y, cuando este sector flaqueaba o se estancaba del todo, hacía de poeta anónimo. Ambas profesiones, o vocaciones, han ido de la mano a lo largo de los siglos.

He aquí el inventario del tenderete de Heliodoro: amuletos egipcios o parecidos a los egipcios, elixires de amor babilónicos y figurillas de arcilla que, al pincharlas con un alfiler, provocaban la muerte súbita de la persona odiada o—si alguien así lo deseaba—una muerte lenta y dolorosa. El vendedor se dedicaba también a leer los sueños. Los interpretaba siempre a favor del soñador, sin preocuparse mucho de la lógica del subconsciente (este ídolo aún no había sido inventado), porque sabía que las personas desean encontrar solaz.

Trataba el fenómeno del mundo con una pizca de indulgencia e incluso con menosprecio; consideraba que era una broma de mal gusto del Demiurgo y vaticinaba su fin inminente. Esto también consolaba a los desesperados. Como poeta, era nefasto. Por aquel entonces, el arte de los aedos ambulantes estaba en plena decadencia. Los pocos que tenían algo que decir, perpetuaban sus pensamientos y sus estrofas en rollos de papiro.

De modo que se encontraron por la noche y Cleomedes—por una necesidad del corazón o quizá cediendo a las sugerencias sigilosas de su ingenua astucia—le pidió a Heliodoro que le describiese Astipalea lo más detalladamente posible. La topografía de la narración coincidía exactamente

con la real. Nuestro protagonista se sosegó, se acomodó junto a la hoguera y se cubrió con el manto. La posición horizontal es la mejor para escuchar los relatos que brotan de la tierra.

La rapsodia fluyó con suavidad, si pasamos por alto los típicos estorbos de este género, es decir, algunos trucos literarios, como las retrospectivas, las descripciones de la naturaleza, las retardaciones y los apóstrofes plañideros dirigidos a las deidades del Olimpo. Todo lo demás era verdadero: la misteriosa muerte de Ico, la hecatombe de los niños, la persecución y la huida al templo. Luego le llegó el turno a la segunda parte y Cleomedes, escuchando sobre Cleomedes, se adentró en una historia que le resultaba del todo desconocida.

Del relato épico y rauco de Heliodoro, intentaremos extraer sólo lo más esencial: el estado de ánimo de la multitud y los hechos.

Esto fue lo que ocurrió: cuando los habitantes de Astipalea se convencieron por encima de cualquier duda razonable de que Cleomedes se había disipado como una nube sin dejar rastro alguno fueron presa de un asombro tan grande que su ira y su sed de venganza se evaporaron. Aquello no era el asombro ingenuo que se experimenta al contemplar un becerro de dos cabezas o una lluvia de estrellas, sino algo que penetraba hasta los adentros, hasta las profundidades de los asuntos trascendentales. Los sentimientos de la muchedumbre se tiñeron de un color oscuro, la inquietud se transformó en miedo, y el miedo, en terror. Un gran velo de misterio se extendió sobre la isla. Todos esperaban el fin del mundo y creían que el diluvio, la peste, el fuego y las bestias salvajes aguardaban en el umbral de Astipalea.

En realidad, al principio sólo pudieron percibir inexplicables metamorfosis de la luz aparentemente poco dignas de preocupación mientras el carro solar siguiera recorriendo su ruta habitual. Pero los habitantes de la isla, ahora sensibles al menor cambio, captaron atemorizados unos fenómenos que, en su opinión, traspasaban los límites aceptables de la normalidad.

He aquí que, en plena noche sin luna, aparecían a ras de tierra unas lucecitas mortecinas que se encendían y se apagaban. Casi cada día traía signos nuevos. La gente comentaba una puesta del sol despojada de su habitual rojez translúcida y abrasadora, una puesta del sol amarilla como el azafrán, seguida de un crepúsculo pálido, taciturno, alto y compacto que duró demasiado y que de repente cedió el lugar a unas tinieblas basálticas, como si

alguien lo hubiera decapitado con una hacha. Incluso al mediodía en punto, cuando la luz penetrante campaneaba en lo alto ahuyentando las penumbras y los espectros de los colores, pudieron observarse unas nubecillas apenas perceptibles que sobrevolaban la tierra arrastrando visos plomizos, purpúreos y cenicientos.

Los habitantes de Astipalea relacionaban todo aquello con la desaparición repentina de Cleomedes y lo interpretaba como el presagio de una catástrofe inminente e inevitable. Así las cosas, por la noche, a lo largo de la costa lisa y llana de la isla, empezaron a desfilar a la luz de las antorchas procesiones de fieles que elevaban sus plegarias a los dioses inmortales, rogándoles que apartaran de ellos las plagas y que aquel que había desaparecido de una manera tan absurda volviese a su patria, porque las culpas le habían sido perdonadas.

Como éstos y otros recursos rituales no surtían efecto alguno, se resolvió mandar al oráculo délfico a un puñado de ciudadanos amedrentados. Heliodoro describió su travesía con todo lujo de detalles, multiplicando innecesariamente los peligros y las peripecias, lo cual debemos perdonarle. Se plegó a los dictados de la forma y, a menudo, la forma devora el contenido.

Es cosa sabida que el oráculo solía pronunciarse de un modo intrincado y poco comprensible, lo que no sólo no hacía mermar su autoridad, sino que, por el contrario, la acrecentaba. Al fin y al cabo, el lenguaje de los imperecederos tiene que diferir del de los mortales. También es posible una explicación terrenal: el hombre no soporta los misterios desnudos, autónomos y silenciosos. Si es posible asociarles palabras—cuanto más confusas y desmelenadas mejor—resultan más soportables.

Pero aquella vez la voz del oráculo fue clara y unívoca y resonó con fuerza. Heliodoro hizo una pausa solemne y luego declamó este dístico divino citado por Pausanias:

Cleomedes de Astipalea es el último de los héroes,
honradlo con sacrificios, porque ha dejado de ser mortal.

Aquí termina la historia. En su desenlace, resuenan las notas más excelsas que uno pueda imaginar: la Asunción.

Heliodoro no se privó de jactarse de haber visto con sus propios ojos el

monumento que los habitantes de Astipalea habían erigido en honor a Cleomedes. La estatua era enorme, algo pesada, y representaba a un joven con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, los puños apretados, un pie ligeramente avanzado y una sonrisa enigmática. Cada año, el día de su milagrosa desaparición, a los pies del Cleomedes de piedra se hacían ofrendas de corderos.

Heliodoro enmudeció. Esperaba. Como todos los autores, esperaba elogios. El hombre a quien estaba dedicada la historia yacía boca arriba, inmóvil, sin mostrar ninguna emoción.

El poeta ambulante se inclinó sobre él. Vio un rostro que no reflejaba la majestad de la muerte; no reflejaba majestad ninguna; más bien una sorpresa impotente, obtusa y aterida.

Heliodoro le cubrió la cabeza con el manto y se dirigió a las hogueras vecinas, porque sabía que los pobres desean encontrar solaz.



NARCISO

A pesar de la leyenda que le atribuye una gran hermosura, Narciso era un chico del montón, un mozalbete de facciones vulgares, tez llena de impurezas, espaldas anchas y largas extremidades. Era calcado a esos tontorrones de las guitarras eléctricas o a los protagonistas de películas que buscan en vano el sentido de la vida en el fondo de sus almas vacías y acaban yéndose al otro barrio tras vivir un rosario de peripecias idiotas, aunque de todo el galimatías de cogorzas, apareamientos y refriegas, el espectador objetivo sólo es capaz de recordar la marca del coche que tuvo la bondad de llevarlos hasta el precipicio.

El retrato más convincente de Narciso es obra de Caravaggio. Actualmente, el cuadro cuelga de una pared de la Villa Borghese y representa a uno de esos golfillos capaces de matar a su benefactor con una estaca arrancada de una valla. El golfillo se inclina sobre un charco de agua. Caravaggio conocía el percal. Resulta creíble.

A falta de otros intereses, Narciso dedicó su vida a romper corazones. Brutal y cínico—una variante argótica del género humano—, era el favorito de las muchachas ingenuas e incluso de algunas mujeres maduras de las que encuentran gusto en esta clase de individuos, a la espera de Dios sabe qué, tal vez que se dejen domesticar. Así pues, tenía en perspectiva una larga carrera artística. Sin embargo, la brutalidad y la estupidez necesitan un aglutinante, un tercer elemento que permita formar una molécula de carácter estable. Este elemento suele ser el sentimentalismo.

De modo que él también se enamoró.

Su elegida se llamaba Eco. Tenía los ojos pequeños de un color indeciso, boquita de piñón y unas orejas diminutas. Además, era discapacitada.

Resulta difícil determinar el color insólito de sus carnes, ya que aquí la

palabra *carne* puede dar lugar a malentendidos. Eco era pálida hasta el límite de lo espectral, pálida con la palidez taciturna y aguada del pescado. Daba la sensación de que la persona que clavase en ella una mirada penetrante—cosa que nadie hacía por compasión—encontraría fácilmente debajo de la muselina de su piel la delicada osamenta y el pequeño corazón palpitante.

Desde la expedición de Troya hasta los principios de la Tercera Guerra Mundial—un lapso de tiempo considerable—, nadie, literalmente nadie, ha sabido echarse la cabellera hacia atrás como ella. La gran belleza de este gesto era capaz de poner fin a años de ascesis de cualquier anacoreta. La muchacha lo hacía sin la ayuda de las manos: su delgado cuello empezaba haciendo un movimiento giratorio, un giro tan rápido que casi pasaba desapercibido; luego, tras una breve pausa llena de tensión, arqueaba el cuerpo y el pelo rubio caía en cascada sobre los hombros, donde se detenía a la espera del momento propicio para regresar al lugar habitual y volverle a cubrir la frente y los ojos, otorgando a su rostro el semblante misterioso y animal a la par que inocente de una víctima, cosa que Greuze y otros lúbricos pintores rococó reprodujeron con un deleite libidinoso.

Lo que mejor define el irresistible encanto de Eco son las observaciones de cualquiera que la contemplara: «Es incapaz de dar cuatro pasos por sí sola» o «Sin algún brazo robusto en que apoyarse, no sobrevivirá al invierno».

¿Cómo definir la minusvalía de Eco? La llamaban *muda*, pero éste es un diagnóstico impreciso. Porque Eco repetía al pie de la letra y con claridad las dos últimas palabras de cada una de las frases que la gente le dirigía. En cambio, nunca hablaba por iniciativa propia. Esto cuadraba con su naturaleza: lenta, flemática y sumisa.

El amor de Narciso hacia Eco empezó a marchitarse cuando el muchacho se dio cuenta de que dependía cada vez más de su elegida, es decir, de que poco a poco dejaba de ser libre. Hacerle de protector perdió su atractivo. A Narciso se le metió en la cabeza que Eco estaba arruinando su vida espiritual, como si fuera posible arruinar algo que no existe. Lo suyo no tiene nada de extraordinario: muchos jóvenes prometedores abandonan los estudios con la excusa de que los profesores son imbéciles—en lo cual tal vez haya una pizca de verdad, aunque no es aconsejable generalizar a la ligera—, o apostatan de la Iglesia con un sonoro portazo para sumarse a una secta sórdida, esgrimiendo a diestra y siniestra el argumento de que el tradicional Dios Padre los ha

decepcionado muchísimo.

Se produjo la ruptura. Narciso no volvió a sus quehaceres anteriores. Se puso a meditar.

En cambio, Eco ingresó en el convento de la Naturaleza. Por aquel entonces, no se conocían otros conventos. Cuando grupos de gente extraña cargada de pollos asados, bocadillos y huevos duros acuden a visitar las breñas, las vaguadas, los calveros y la espesura del bosque, la invisible Eco los acompaña en sus exploraciones, repitiendo las dos últimas palabras de sus ensordecedores gritos. Podría decirse que se convirtió en azafata de la naturaleza por desesperación.

Y Narciso, como ya hemos dicho, estaba meditando.



ENDIMIÓN

Ésta es una historia simple y vieja como el mundo: una Gran Dama se enamora de un jovenzuelo de extracción social humilde. La literatura universal ha tratado lo bastante todas las variantes de esta situación tan delicada. En el caso presente, hay una complicación adicional: la dama es la diosa de la Luna, y el objeto de sus afectos, un cazador. La vertiginosa desproporción entre sus respectivos rangos sociales no augura nada bueno.

He aquí que se acerca el veloz anochecer jónico: Endimión, cansado tras una jornada de caza, se acuesta en una vertiente del monte Latmos y, arrebuñado en la fragancia del tomillo, la granza y el espliego, se sumerge en un sueño profundo. Entonces Selene, que efectúa su rutinaria ronda por la bóveda celeste nocturna, columbra su pequeña silueta que parece la de un niño caído de la cuna: el rostro girado confiadamente hacia el cielo, la boca abierta y los brazos abiertos. En un acceso repentino de ternura, se apea de su carro, se acerca al muchacho y pasa con él un rato inolvidable.

¡Qué lástima que la cosa no acabara aquí! Habría sido un tema inspirador para los talladores de relieves pequeños, especialmente de camafeos, ¡sí, de los camafeos de ónice grabados en hueco que opalizan con luz mortecina, no ocultando bajo su superficie lisa y lechosa un gran misterio, sino apenas un secretito nocturno!

A la mañana siguiente de aquel episodio que se empeñó en ser algo más que un episodio, Selene compareció ante Zeus, que acababa de volver de una correría nocturna no del todo confesable y, muy malhumorado, se disponía a despachar los asuntos pendientes. Selene, más pálida que de costumbre, apenas podía dominarse.

—Estoy enamorada—confesó.

—Muy bien, me parece muy bien—dijo Zeus maquinalmente.

La respuesta no estaba a la altura de la situación. Zeus sabía muy bien que Selene—espejada, fría y distinguida—era la única diosa puritana. Si alguien vive una aventura amorosa, suele perder la cabeza del todo y se vuelve capaz de cualquier cosa. El tema era serio y requería una investigación a fondo.

—¿Cuándo empezó todo? Quiero decir, ¿cuánto hace que estás enamorada?—preguntó.

—No importa. Sé que lo he amado toda la vida.

—¿Puedo al menos saber el nombre de tu elegido?

—Endimión.

—¿Endimión? No me suena.

—Endimión, el cazador—aclará Selene con un tono de orgullo en la voz difícilmente explicable.

«Vaya—pensó Zeus—, ya no hay nada que hacer. Puestos a caer, que sea muy bajo».

—O sea que Endimión. ¿Por lo menos tiene un bien parecido?

—Es hermoso, muy tierno y seguramente sabio, aunque todavía no he tenido la ocasión de comprobarlo. Sólo estuvimos juntos un rato.

—Y la cosa debería quedar en eso.

—No te entiendo.

—La cosa debería quedar en eso—repitió Zeus con énfasis—. Tú y ese pastor tuyo...

—Cazador—lo corrigió Selene, a punto de deshacerse en lágrimas.

—Da igual. Escucha: sé por experiencia propia que sólo merecen la pena las vivencias fugaces, las aventuras de una sola noche. Olvídalo ahora mismo. Si quieres conservar buenos recuerdos, déjalo en paz. Si hicieras un esfuerzo... Pon un poco de tu parte, Selene.

—Yo no quiero recuerdos, Zeus. Deseo a Endimión.

—Pronto descubrirás que Endimión (menudo nombre ridículo, por cierto) dice sandeces, jadea como un toro y, para colmo, te la pega con la moza del establo. ¡Ay, el aroma de la caducidad, común a todos los humanos!

—¿No entiendes, Zeus, que precisamente fue su olor lo que me sedujo?

—¿Su olor?—El padre de los dioses, que sólo era receptivo a las sensaciones táctiles, de repente mostró interés.

—Sí—dijo Selene—. Amo su olor. Los humanos lo llaman *sudor*.

Zeus no acababa de entender tamaña perversión. Y Selene siguió hablando con ardor.

—Trata de comprenderlo. Endimión lleva sobre su piel el olor de las hojas de haya, de las agujas de pino, del agua, de la canícula, de las yemas resinosas y del musgo milenario, la dulce fragancia de las frambuesas, el acre perfume del enebro, el indefinible aroma de las conchas de quitina, la fresca acidez de los hormigueros, y también el hedor de los animales que mata, el tufo de su pelaje, su sangre y su miedo. Y muchos otros olores que no sé nombrar. Me dirás, Zeus, que esto no es nada extraño en alguien que, por razón de su oficio, vive tan cerca de la naturaleza. De acuerdo. Pero lo que te estoy diciendo no es más que la superficie, la parte exterior de la concha marina en cuyo interior reside el olor del verdadero Endimión, un olor indescriptible y distinto de todos los demás, lo que se denomina coloquialmente «su olor característico».

Zeus la escuchó emocionado. He aquí un callejón de la realidad que los dioses evitaban transitar: los aromas, los olores. Había pasado ya la época en la que los habitantes del cielo caminaban obedientemente en pos de los nómadas y se aferraban a ellos, olfateando con las narinas dilatadas la chamusquina de las ofrendas de carne y grasa, una evidencia humeante de su existencia, la única prueba volátil de su utilidad, antes de que la teología y la poesía les erigieran monumentos más duraderos, más sutiles y más indispensables. Ahora, en el Olimpo prevalecían los olores pálidos, marmóreos, sublimes, abstractos más que concretos, o, lisa y llanamente, insípidos y anodinos. Zeus pensó: «Hemos renunciado a las sensaciones olfativas demasiado a la ligera; tal vez tengan la propiedad de potenciar otras percepciones, de modo que quizá valga la pena introducir en el palacio de los inmortales aromas penetrantes, excitantes e incluso blasfemos. Tendré que pensarlo».

Ahora bien, no había duda alguna de que Selene se había vuelto loca. Zeus le comunicó secamente que le prohibía mantener cualquier tipo de relación con aquel joven asesino de animales silvestres. Y si tenía pensado seguir con el estudio sobre la vida de las capas sociales inferiores, ¿por qué no extendía sus investigaciones a los bataneros, arrieros y navegantes? A fin y al cabo, ellos también olían a algo. En fin, le exigía que en el plazo de un día natural le diera el parte comunicándole que el caso estaba cerrado.

Selene se retiró abatida.

Al día siguiente, se presentó transformada. Sus ojos ardían con el fuego de una locura ostensible y temeraria. Sin preámbulos, declaró que no podía vivir sin Endimión.

—¡Habrased visto! ¡La señorita no puede vivir!—dijo el padre de los dioses—. ¡Pero si somos Forma Pura, entes sin alternativa, la esencia de la perdurabilidad! Quizá te sirva de consuelo saber que volverás a sentirte muchas veces como te sientes ahora.

—Y esto es lo más terrible. Añoro lo único, irrepetible, mortal, magníficamente acabado, temporal, irreversible—susurró Selene.

Una oleada púrpura de furia real inundó a Zeus, pero es cosa sabida que antes de cada uno de sus arrebatos de ira no podía privarse del placer de pronunciar un breve sermón.

—No olvides quién eres, Selene. La señora de la melancolía, de los ciclos y de la cornamenta. La señora de las largas letanías de nieblas, la señora de las aguas. Así es como la gente se dirige a ti en sus plegarias: «¡Chambelana generosa, que nos obsequias con abalorios del cielo!». ¡Cuántos asuntos te han sido encomendados! Conduces a los peregrinos lunáticos por la estrecha pasarela que une el abismo con el éxtasis, agitas las enormes branquias de los océanos, arrastras los trasmallos de las mareas, enseñas a los reyes a suavizar los contrastes y a entender que toda obra de arte tiene que lucir con luz propia y ser escarpado como un espejo. ¡Cuántas veces has salvado a caminantes descarriados y has conducido hasta el abrazo a los ansiosos amantes!

Llegado a este punto, Zeus se atascó. Acababa de soltar una majadería. ¡A fe que más valía no haber tocado esta nota! La homilía se había ido al traste. Las palabras habían caído rodando por inercia, las cuentecillas de las imágenes giraban en el aire, pero ninguna moraleja se desprendía de su largo parlamento. Había sido víctima de una tonalidad mal escogida, y sus estúpidos *affettuoso* y *con tenerezza* sólo habían rematado la obra de la destrucción. De modo que, finalmente, se desgañitó para salir de aquel atolladero retórico:

—¡Selene, Selene! ¡Abandona la senda de la iniquidad y vuelve al camino de la virtud! ¡Recórcholis! ¡Al fin y al cabo, perteneces a la triunfante iglesia de la astronomía! ¡Sí o no?

Se hizo un largo silencio, y luego Selene dijo:

—Entiendo que estés inquieto. Sólo hay una solución. Debes concederle la

inmortalidad a Endimión.

El estruendo seco de un trueno rodó por encima del mundo.

Selene, que hasta entonces había cumplido escrupulosamente con sus deberes cósmicos, se había rebelado. Si hubiese desaparecido del escenario, el problema no habría sido tan gordo y todo podría haberse justificado alegando una indisposición pasajera, un cambio repentino de programa o un cierre por obras. Pero ¿quién habría podido sospechar que la diosa poseía un acopio tan grande de humor negro y tanto refinamiento como para dosificar gradualmente el terror gótico? Porque en el horizonte apareció un disco enorme que permaneció allí toda la noche, sanguinolento, inmóvil, avizor. Y la luna desfilaba por el cielo dando tumbos de beodo que ahuyentaban a los rebaños de nubes, o se encaramaba a la cima del firmamento para, tras unos instantes de hesitación timorata, precipitarse como una piedra hacia la tierra. Lo más terrorífico era que ningún sonido acompañaba aquella patología alocada. Un silencio plomizo pendía en las alturas. Y, abajo, los perros aullaban, el mar se salió de madre y la bolsa, indicio infalible del estado de ánimo de la sociedad, se sumió en el delirio. En algunas sociedades, los defectos de la mecánica celeste que habían salido a la luz del día fueron recibidos con entusiasmo y sirvieron para sacar las conclusiones oportunas.

La relativa fluctuación del espíritu propia de las democracias degeneró en una anarquía infatigable, y el viejo nihilismo de los desesperados fue substituido por una versión nueva, diferente, enérgica, vital y acelerada. Después del período de la alegre destrucción y de la total negación, llegó la Nueva Síntesis, que declaró en tono triunfante que no había contradicción alguna entre lo verdadero y lo falso, y que el crimen y la virtud, la barbarie y la civilización, podían—e incluso debían—coexistir pacíficamente. Sólo unos pocos notaron que la nada acababa de explotar a la chita callando y que las detonaciones retumbantes del absurdo sacudían los últimos oasis de libertad.

Los regímenes totalitarios redoblaron la vigilancia, esto es, cruzaron el límite que separa las molestas represalias del terror fríamente calculado. Porque los gobernantes sostenían que el golpe asestado por una mano fraterna siempre puede racionalizarse, por lo que duele menos que la ciega violencia de la naturaleza. O sea que curtían a las personas a fin de prepararlas para la llegada de lo desconocido. Y hay que saludar con reverencia la paciencia animal de los súbditos que, extasiados, alcanzaban verdaderas cimas de

sumisión colectiva o, si se prefiere, de la más profunda humillación.

¡Pobre Pitón! ¡En vano, totalmente en vano, abandonaste tu escondrijo para tomar parte en el Apocalipsis conforme a las predicciones de las profecías! Nadie se percató siquiera de tu presencia. Hundido, postrado, repleto de amarga sabiduría, te arrastraste hasta tu remanso de paz en las afueras de Delfos, consciente de que la humanidad madura se había vuelto lo bastante monstruosa para tomar el timón del exterminio.

El tiempo apremiaba, había que actuar, ¡y enérgicamente! Concederle a Endimión la inmortalidad estaba fuera de lugar. Y entonces Zeus se acordó del joven científico que en algunas ocasiones le había prestado pequeños pero importantes favores. ¡Hipnos, sí, quién si no! ¡Sólo Hipnos era capaz de cortarle el paso a la anarquía enloquecida!

Era un joven modesto, parco en palabras, que investigaba el fenómeno del sueño. Mucho más tarde, en la época decadente, lo convertirían en hermano de la muerte, no sin la colaboración de los poetas, quienes creen que su tarea es consolar y domesticar lo que debe permanecer salvaje, contradictorio e inconcebible. Hipnos, dueño de una mente exacta y analítica, trataba el sueño como una dolencia del cuerpo. Por eso, hay que distinguirlo netamente de esa pandilla de impostores y mirones de sueños, que someten a sus adeptos a ejercicios y torturas espeluznantes para acabar dejándolos sin alma y con la conciencia hecha un guiñapo.

Hipnos captó al vuelo en qué consistía su tarea. Había que sumergir a Endimión en un estado de hibernación—aunque no demasiado profundo para que continuara siendo capaz de experimentar ciertos estímulos exteriores—y mantenerlo así cuanto más tiempo mejor. Hipnos era anestesiólogo.

A Zeus, quien ignoraba por completo las sutilezas de la ciencia, le explicó que la inmovilización del amante de Selene en la vertiente del monte para que ella pudiera encontrarlo siempre en el mismo lugar restablecería la precisión habitual de la mecánica celeste. El padre de los dioses estaba encantado. Y nadie le pidió la opinión al paciente.

Fue así como ocurrió. La luna de miel—y las lunas siguientes—transcurrieron en una armonía imperturbable para satisfacción mutua del universo y de los amantes. Selene recuperó su antigua ecuanimidad. Sólo que se la veía un poco más taciturna y pensativa.

El fruto del amor de Endimión y Selene fue una prole de número

astronómico: cincuenta niñas y otros tantos niños que venían al mundo regularmente, a razón de uno por mes lunar.

Y aquí topamos con una laguna, diré más, con un escándalo, con la omisión imperdonable de los autores de los mitos. Nadie sabe qué fue de ellos. Ni siquiera sus nombres se han conservado en la memoria colectiva. ¡Y eso que estaría perfectamente justificada la preocupación por la suerte de las criaturas que trajeron al mundo alegremente un padre dormilón y una madre que por las noches se iba de picos pardos!

Resulta fácil imaginar aquella centuria perdida, aquel tropel abandonado: van en parejas cogidos de las manos, unas manos siempre heladas y rugosas, vestidos con el uniforme gris azulado de la inclusa, llevando el estigma del agravio sobre sus rostros pálidos. El destino de estas criaturas suele ser la desesperanza árida. Las muchachas sirven como criadas en casas de burgueses ricos y vulgares y, tras una jornada laboral extenuante, se duermen en sus estrechos catres de hierro, en habitáculos sofocantes sin ventanas ni esperanza. Los muchachos—famélicos, vilipendiados y maltratados—aceptan cualquier trabajo y, cuando les da por rebelarse, acaban inevitablemente en la cárcel. O sea que caminan con sus uniformes de color gris azulado y desaparecen uno tras otro en la nube del olvido.

Esta historia está llena de sombras. ¿Qué sentía Endimión, obsequiado con un amor luminoso y al mismo tiempo condenado a vivir con la conciencia nublada? Tal vez incluso percibiera las metamorfosis de Selene cuando ésta se le acercaba: virginal, esbelta y trémula en novilunio, o cálida, maternal e impaciente en luna llena. De una cosa no cabe duda: le tomó cariño.

Y Selene estaba perdidamente enamorada. Susurraba conjuros amorosos en la boca entreabierta de Endimión y el eco le respondía. Se conformaba con el encanto de su perfecta pasividad, con su consentimiento indolente y con el monólogo de sus propios arrobamientos.

Nadie sabe a ciencia cierta cuándo ocurrió, pero, de pronto, Selene dejó de visitar a Endimión. Sin montar escenas, sin reproches, sin lágrimas, es decir, sin ninguna de las muestras habituales de la pasión, como platos rotos, lavados de estómago o, por lo menos, ligeros trastornos de ansiedad. El peor de todos los finales posibles: un acceso repentino de desapego. Endimión se quedó solo en el talud verde del monte Latmos, talmente como una muñeca que se ha caído de la cama. Sus brazos abiertos ya no recibían a nadie. En su

rostro, afloró la sonrisa del joven campesino que, antes de entrar en caja, decide agarrar un buen pedal y acaba dormido en un almiar, en suma, una sonrisa intelectualmente baladí e insípida desde el punto de vista expresivo: una sonrisa estúpida.

Lo abandonó incluso el olor que había seducido a Selene. Ahora huele a lluvia, a plumón húmedo y a sueño artificial.

Pero sigue siendo hermoso, es decir, absolutamente improductivo.



EL GENERAL OLÍMPICO

Ares era hijo de Zeus y de Hera. Formaba parte de los doce olímpicos (a saber si a causa de una adoración incomprensible del número doce o por alguna otra razón de peso). Era un dios de segunda categoría, subalterno y despreciado por todo el mundo.

Su nombre procede de un adjetivo. ¿Es posible imaginar un origen más proletario?

En un trozo de cerámica conservado en Berlín, vemos a Ares sentado en el extremo más lejano de la mesa. Recuerda mucho al desgraciado Buddenbrook que decía tener los nervios de un lado del cuerpo demasiado cortos. Ares es el único neurasténico entre los dioses del Olimpo, un neurasténico muy poderoso.

Homero no es excesivamente benévolo con él. En la *Iliada*, lo muestra más bien como un demonio de la batalla, un guerrero irreflexivo. Admite que posee dos rasgos que lo distinguen de los demás: piernas fuertes y voz potente. En la carga, pero también en la huida, Ares no tuvo igual. Herido por Diomedes, gritó como diez mil varones.

Los dioses griegos eran inmortales, pero susceptibles de padecer heridas, enfermedades y humillaciones. A Ares le tocó recibir una cantidad particularmente grande de estas últimas.

Durante la rebelión de los gigantes, los terribles y melenudos hijos de Aloeo lo derribaron y lo encerraron en una urna de bronce, de donde salió al cabo de trece meses, más muerto que vivo y con la moral por los suelos.

Ares asesinó al hijo de Poseidón, pero negó haberlo hecho. Por lo tanto, era un mentiroso, y éste es un rasgo de carácter estrechamente vinculado con la cobardía.

Heracles lo obligó a huir del Olimpo.

Sus conocimientos de la ciencia militar se reducían básicamente a la estrategia, cuyo único principio era un ataque furibundo seguido de una retirada no menos furibunda. En este aspecto, recordaba un poco a Napoleón Bonaparte.

Su principal adversario era la prudente Atenea, una experta en táctica y estrategia. Atenea siempre sopesaba las probabilidades y jamás se enzarzaba en escaramuzas caóticas.

Ares solía involucrarse en guerras sin ningún móvil ideológico. Traicionaba fácilmente y a menudo.

Lo que más le gustaba era matar con sus propias manos, y esta predilección apunta claramente a una ascendencia bárbara.

No lo amaba nadie, excepto los reclutas jóvenes, ya que éstos van a la guerra profundamente convencidos de que va a ser una juerga muy divertida, pero como no vuelven nunca, no pueden confirmar ni desmentir aquella primera impresión.

Se ha observado con razón que Ares ha nutrido muchos mitos, lo que significa que todo el mundo chismorreaba a hurtadillas sobre él con fruición. Pero no tenía su propio culto, y los templos en su honor son muy escasos.

Entre los dioses con formación académica y buenos modales, Ares era un verdadero bárbaro.

He aquí cómo Herodoto describe el culto a Ares entre los escitas:

... en cada provincia de sus dominios tienen erigido un santuario dedicado a Ares que presenta las siguientes características. En una extensión de unos tres estadios de largo por otros tantos de ancho, siendo menor su altura, hay amontonados haces de fajina; y sobre ese amasijo se acondiciona una plataforma cuadrada, tres de cuyos lados son escarpados, pero que es accesible por uno de ellos. Y cada año agregan ciento cincuenta carros de fajina, pues sucede que, por efecto de las tempestades, la pila se va hundiendo paulatinamente. Pues bien, en cada provincia se erige sobre ese montón de leña un antiquísimo alfanje de hierro, que viene a ser la simbolización de Ares. A dicho alfanje le dedican sacrificios anuales consistentes en ganado y caballos; y, desde luego, a esos objetos les ofrecen un número

notablemente superior de sacrificios que a los demás dioses. De todos los enemigos que capturan con vida, inmolan a un hombre de cada cien, pero no de la misma manera con arreglo a la que sacrifican el ganado, sino de acuerdo con un ritual diferente. Tras haber vertido vino sobre sus cabezas, degüellan a los prisioneros sobre un recipiente, que, acto seguido, suben a la plataforma que está sobre el montón de fajina, derramando la sangre sobre el alfanje. Así pues, llevan la sangre a lo alto de la plataforma, mientras que abajo, junto al santuario, hacen lo siguiente: a todos los hombres degollados les cortan el hombro derecho, así como el brazo, y los arrojan al aire; y, posteriormente, cuando ya han completado el ritual con las demás víctimas, se van (por su parte el brazo permanece en el lugar en que ha caído, mientras que el cadáver yace en otro sitio).¹

Desde que las guerras pasaron a ser dominio de políticos, sórdidos asesores y cínicos capitalistas, Ares perdió su rango: fue degradado. Aquel apóstol del caos empezó a chochar. Envejeció, pero todavía hoy presume de fuerza y amenaza con ganar a cualquiera en un pulso. Se emborracha y reniega como antes.

¿Qué diversión le queda a un ex general en el insoportable silencio llamado coexistencia pacífica? Las conquistas amorosas. Como todo aquel que carece de talento artístico o siquiera de perseverancia, Ares se conforma con el erotismo barato.

Tintoretto lo ilustró con primor en el cuadro *Ares y Afrodita sorprendidos por Hefesto*. Afrodita desnuda, Hefesto amenazador, y Ares debajo de la cama, entre las chancletas y el orinal.

Últimamente, Ares ha descubierto una proclividad incontenible a meterse en contubernios, bandas organizadas y células terroristas. Su vida anterior y su escasa formación han encontrado salida en asesinatos alevosos y en la fabricación de bombas caseras.

Ahora mismo, está sentado en la terraza de una cafetería, desde donde se extiende la vista a una ciudad en calma.

Mira el reloj. Finge estar tranquilo.

A la hora programada en punto, una rosa repugnante brota en el centro de la ciudad. Permanece allí un rato. Luego se oyen los gritos de la multitud y los

aullidos de las sirenas. Sobre el lugar donde se ha producido la matanza de inocentes, se eleva una cortina de humo negro.

Esta ciudad ya no será nunca como antes de la explosión.

Ares paga el café y desciende lentamente por los escalones de la infamia.

SECURITAS

A Ryszard Przybylski.

A principios del Imperio, los romanos introdujeron en el Panteón una divinidad nueva. Tras vacilar mucho, lo hicieron a la chita callando, sin preparación teológica alguna y sin las ceremonias oportunas.

La nueva diosa elevada a los altares—su nombre era Securitas—, iba a proteger al Emperador. Pero su adhesión a una sola persona, ni que fuese tan importante, la despojó de universalidad, un rasgo del todo imprescindible.

Los romanos, un pueblo sensato, descubrieron en la naturaleza de la nueva diosa de la seguridad una contradicción difícil de resolver e incluso el germen de un futuro conflicto. El hecho de que las fuerzas sobrenaturales fueran garantes de la custodia del Emperador podía hacerlo sentirse demasiado seguro de sí mismo, soberbio y arrogante. Y esto acostumbra a ser pernicioso para la seguridad pública.

Así pues, optaron por una solución de compromiso. Además de la Securitas del Emperador, ofrecieron una plaza en el cielo a otra Securitas simétrica: la del ciudadano. Sin embargo, con esto no terminaron las dificultades, porque había que decidir si iban a ser una sola deidad con dos brazos protectores o dos deidades distintas, cada una con sus propias prerrogativas. Y si fueran dos, ¿qué relación habría entre ellas? La jerarquía y la división de competencias son asuntos fundamentales para toda administración, incluida la celeste.

La aparición de una diosa nueva dio pábulo a discusiones acaloradas y dividió la opinión pública. Los partidarios de un gobierno con mano dura estaban encantados ante el descubrimiento de la nueva deidad. Consideraban

que era necesaria y muy oportuna, a la par que—¡albricias!—genuinamente romana, lo cual, en su opinión, ponía fin al reprobable hábito de copiar modelos helenísticos. De modo que reclamaban en voz alta que se suspendieran las sutiles disputas teológicas que no hacían sino crear confusión en las mentes humanas, y que todos los corazones se unieran en torno al nuevo culto.

Los republicanos (o mejor dicho, lo poco que quedaba de ellos) se pronunciaron rotunda, aunque tímidamente, a favor de una sola Securitas para todos los ciudadanos, alegando que, al fin y al cabo, el Emperador también era ciudadano, cosa que sería oportuno recordarle en todo momento.

Finalmente, los arúspices y los sacerdotes actuaron con la reserva propia de los conservadores y se limitaron a elaborar un abstruso memorando que mandaron al Senado. Y el Senado, haciendo honor a su tradición, no supo tomar partido. Debatió largo tiempo, ponderó todos los pros y los contras y, tras varios meses, aplazó *sine die* el fallo sobre la candente cuestión de si debía haber una o dos protectoras. Con todo aquello, sin que nadie supiera cómo, en el campo de honor celeste quedó sólo la Securitas del Emperador.

No sabemos cómo era su rostro—cruel o compasivo—, ni sus símbolos—simples o complejos—, desconocemos su culto, su ritual, así como las oraciones y los suspiros de sus adeptos. Securitas goza del privilegio de las formas indeterminadas, de los números irracionales que oscilan entre cero y el infinito. Gracias a esta propiedad suya, es capaz de penetrarlo todo, y basta un instante de distracción para que se convierta en una fibra de nuestro cuerpo, en el esqueleto de un paisaje con arco iris, en el aglutinante de un firmamento sembrado de estrellas o en el orden natural de las cosas.

Sólo en las monedas (la más antigua, de la época de Nerón) puede apreciarse su silueta borrosa: una mujer vestida con quitón permanece sentada o de pie, lanza en mano. Su postura banal y su augusta inmovilidad contribuyen a adormecer nuestra cautela. Resulta difícil expresar en un pequeño disco de metal lo que constituye su verdadera esencia: la vigilancia perruna y la persecución sin cuartel.

Las víctimas de Securitas, o mejor dicho las raras excepciones que ésta no ha terminado de devorar, evitan hablar de ella. ¿De qué serviría? Los pocos que se han atrevido a hacer públicas sus revelaciones, han topado con un muro de incredulidad y han provocado el disgusto de la población. La firme

creencia en que las cosas que le ocurren al prójimo reducen el arsenal de desgracias que el destino tiene a su disposición y posponen su uso contra nosotros, la fe en que el infortunio del prójimo nos protege y aumenta nuestras probabilidades de subsistir, ¡son saludables ilusiones que siempre sale victoriosas en los enfrentamientos con la simple lógica de los hechos! Y así será por los siglos de los siglos.

Se equivocaría quien creyera que la omnipresencia continua de la diosa requiere del apoyo de profetas, gente alucinada o colegios de pontífices. Securitas evita las pompas, la ostentación e incluso la transparencia. Es adusta y se conforma con unos ejecutores desdibujados.

¿Cómo los llamaríamos? El problema puede parecer insustancial, pero en el fondo se trata de algo importante, a saber: son la prueba material de la existencia de la invisible Securitas. La tradición popular nos ha transmitido decenas de denominaciones jocosas o soeces y un raudal de anécdotas, pero tanta demasía sólo dificulta la elección. ¿Cómo llamarlos, pues? *Funcionarios* suena a generalidad, *guardianes*, a dramatismo barato, *agentes*, a cuerpo de policía. Hemos elegido un término emocionalmente neutro: *servidores*.

Los Servidores esperan en vano la llegada de su Proust. El arte con mayúsculas se demora en hacerles justicia y galardonarlos por su dedicación. Ojo avizor, aceleración y desaceleración del paso, virajes bruscos y piruetas en el ballet callejero de la gran ciudad, pisos, pasillos, esfuerzos de retentiva, pacientes vigilancias en una esquina, horas muertas en la cafetería detrás de un periódico ya leído, puzzles—las pruebas de la acusación—armados a base de rumores captados al vuelo, jirones de diálogos, pedazos de papel y moscas en el techo, nada de esto ha quedado reflejado en ninguna *roman-fleuve*, en ninguna pintura figurativa, ni en ninguna ópera.

La lucha de los Servidores. Y no la lucha evidente en contra de los enemigos de la seguridad, sino una lucha espiritual que roza la ascesis e incluso la autodestrucción. ¡Aquel esfuerzo sobrehumano por borrar las características individuales, por deshacerse de una fisonomía propia donde la profesión ha dejado su impronta como la viruela y conseguir el rostro límpido de un transeúnte del montón! Sólo en el instante de atacar, de lanzarse al abordaje—lo cual consiste en tropezar con alguien suave o brutalmente, pedir excusas y entablar una conversación sobre una supuesta amiga común, unas

vacaciones en las montañas o la militancia en alguna organización ilegal—, sólo entonces, el ojo experto puede advertir que aquel rostro bondadoso se derrite y por debajo asoma la verdadera cara crispada del Servidor. Aunque también es cierto que todo esto pertenece ya a la prehistoria. Al principio, los Servidores solían ser unos palurdos desmañados e ineptos, pero han ido evolucionando con los tiempos y con los progresos de la ciencia, y ahora están en la cresta de la ola electrónica.

La tristeza de los Servidores: Securitas no les tiene cariño, y ellos, que se le han entregado en cuerpo y alma, deben abandonar toda esperanza de recibir un premio. Porque Securitas es una divinidad fría y técnica, cuya potestad se basa en las leyes de la Naturaleza y no en las del hombre. Ha elaborado un circuito cerrado que se alimenta con su propia energía (el viejo sueño del *perpetuum mobile*) y ha introducido allí numerosos cuerpos que, a modo de planetas, giran en órbitas predeterminadas alrededor de un centro de poder inmóvil. Alterar este sistema parece tan imposible como cambiar las leyes de la gravitación. Los Servidores lo intuyen, pero al mismo tiempo saben que ellos son perfectamente sustituibles. Bastará que la diosa frunza el ceño para que se precipiten hacia la nada. Y a pesar de ello, o tal vez gracias a ello, le sirven con fidelidad. Porque en verdad os digo que son muchos los que anteponen la necesidad implacable a la ilusoria y peligrosa libertad.

Decididamente, los investigadores de mitos prestan muy poca atención a la diosa Securitas. Algunos incluso sostienen que es una personificación anodina. Se equivocan de medio a medio. Porque ¿qué otra divinidad antigua ha subsistido hasta nuestros tiempos y goza de una salud tan excelente? Este mismo hecho debería constituir un aliciente para estudiarla a fondo y someterla a una reflexión cognitiva.

Sabemos que cada uno de los dioses gobernaba un ámbito determinado de la realidad, tenía unos cotos de caza celosamente vigilados y una presa humana predilecta. Los dominios de Securitas son imprecisos y los delimita el concepto vago de amenaza. Toda su capacidad de invención se concentra en crear más y más peligros. Los dosifica con destreza, conoce el arte de la gradación. A veces se conforma con un suburbio rebelde, a veces se extiende a toda una ciudad enloquecida y se desplaza como la peste de continente en continente, adueñándose de la tierra, del agua y del aire. Sus fronteras fluctúan. ¿Quién las traza? Sin duda, el miedo.

Securitas prescinde de templos, humos propiciatorios, procesiones y orgías sagradas. Se resigna al credo de nuestra pobre fisiología. Un palpito del corazón, una parálisis repentina de las piernas, sudores fríos, gritos nocturnos. No somos nosotros sino nuestros cuerpos los que cantan una antífona en su honor a diario.

Securitas pertenece a la categoría de los monstruos. Comparados con ella, ¿qué son aquellos ridículos endriagos gigantes, aquellos dragones mitad hombres mitad animales, aquellos híbridos hilvanados de cualquier manera? Securitas se parece a nosotros: es un monstruo de rostro humano.

Como todas las divinidades, obtiene su fuerza vital de nuestras esperanzas y nuestros temores. Posee sólidos conocimientos de psicología. No derrocha eterna juventud, porque esto es más propio del tenderete de un charlatán, no promete la ultratumba, no nos engaña con ideas de justicia, cuando, en el fondo de los fondos, lo único con lo que contamos es la infinita misericordia. Nos obliga a arrostrar una alternativa cruel: o seguridad, o libertad. *Tertium non datur.*

En nuestra convulsa época, Securitas puede contar con multitud de adeptos. Apreciamos mucho la seguridad, el juego donde el premio gordo equivale apenas a la apuesta mínima, a la miserable ficha que da derecho a seguir mientras no falle la mano.

Seguridad. ¿Qué es la seguridad? Una fórmula pusilánime de la felicidad. Una vida sin lucha.

ATLAS

Resulta difícil avenirse a tamaña injusticia.

Consideremos lo siguiente: los nombres de Aquiles, Prometeo o Heracles nos tocan enseguida la fibra sensible. Y, bajo la pluma de Camus, Sísifo se convirtió en la alegoría de nuestro destino. En cambio, sobre Atlas, ni mu. No agita los corazones ni los pensamientos. Es un desterrado de la imaginación, un paria entre los dioses y los humanos. Se le ha dedicado una cantidad de poemas, frescos y esculturas sorprendentemente escasa.

Creo que la causa principal de tal descuido es el limitado atractivo de su inmovilidad, de su sufrimiento pétreo y silencioso. Prometeo, el hermano de Atlas encadenado a una roca, maldecía a los dioses a las mil maravillas. El único movimiento posible de un cuerpo maniatado es el habla. Prometeo lo sabía muy bien: agitaba el éter, y el éter transportaba los truenos de sus improperios.

Ulises, Jasón, Teseo y tantos otros corredores de larga distancia mitológicos han llegado a ser protagonistas de dramas. Atlas, nunca. Fue Aristóteles quien le cerró de un portazo el acceso al arte, formulando en su *Poética* el principio de que no hay tragedia sin acción, aunque sí es posible prescindir de los caracteres.

Todo el carácter, la esencia de Atlas, se reduce a la sustentación. Sólo que ésta es una actividad desprovista de *pathos* y, para colmo, bastante corriente. El titán recuerda a aquellos pobres diablos que forcejean todo el santo día con pesos, llevan cargas a cuestas, empujan o arrastran baúles, arcones y fardos hasta sus impenetrables cuevas, sótanos y barracas, para salir al cabo de un rato aún más cargados, y así hasta el infinito.

Atlas sostiene la bóveda celeste: ése es su castigo, su maldición, su oficio. Nadie se lo agradece, nadie lo elogia por ello, nadie siquiera lo anima. Nos

hemos acostumbrado. Es así como debe ser, simplemente nos decimos: «Alguien tiene que hacerlo».

Ignoramos qué aspecto tiene. Los científicos, que han dedicado tanto tiempo y tantos esfuerzos al estudio de la vida interior de la lombriz, la rata y la oca doméstica, callan como muertos cuando alguien los interroga por los hábitos de Atlas. ¿Se apoya ora en un pie, ora en el otro? ¿Aprieta los párpados? ¿El sonido que sale de su pecho es un resoplido rauco o un gemido? Unas gotas saladas le resbalan por el rostro, ¿serán sudor o lágrimas?

Muchos afirman que Atlas no destaca por una fantasía desbordante y, probablemente, sea esto lo que mantiene a distancia a los sensacionalistas. Puesto que no sabemos gran cosa de él, limitémonos a decir prudentemente que dotes tales como la astucia, la picardía y la habilidad para usar artimañas, urdir intrigas y organizar complots y golpes de Estado le fueron denegados por la Naturaleza. Sin embargo, ¿acaso podemos reprochárselo? ¡Pero si la estructura del mundo está tejida de elementos contradictorios que se secundan mutuamente! El bien y el mal, la inercia y el movimiento, la genialidad y la majadería.

¿Qué piensa Atlas? Los condenados a trabajar sin tregua no tienen fuerzas ni ganas de pensar. Podemos conjeturar con una alta probabilidad de acierto que jamás se le ha ocurrido el plan de Sansón. A Sansón lo metieron en la cárcel a la espera de sentencia, por lo que tuvo bastante tiempo para tramar su venganza. Atlas no tiene tiempo, sólo la eternidad. Atlas perdura. Y hay quien dice que está bien que así sea.

Sólo una vez logró librarse de la opresión de su destino. Es una historia bien conocida, de modo que la resumiremos con concisión.

Fue así: Heracles tenía que conseguir una manzana del Jardín de las Hespérides para el rey Euristeo. El jardín se hallaba cerca del lugar de estacionamiento perpetuo de Atlas y, además, las Hespérides eran sus hijas. Siempre es mejor que los negocios complicados que requieren confianza queden en familia. Heracles se ofreció a sustituir al titán durante su ausencia si, a cambio, le ayudaba fraternalmente a conseguir la fruta deseada.

La peregrinación de Atlas al Jardín de las Hespérides fue sin duda su vivencia más maravillosa. Caminó ligero a través del mundo, talmente una columna alada, libre de su lastre, hecho de rocío, de aire azulino y de luz. Podía sentir la magnífica ingravidez de las cosas. Por primera vez en la vida,

el maldito cielo le pareció etéreo, lejano y verdaderamente hermoso.

A su regreso, aturdido y feliz le dijo ingenuamente a Heracles que él en persona llevaría la manzana a Euristeo. El astuto héroe asintió, pero le pidió que sostuviera la bóveda durante el instante que necesitaba para recolocarse el cojín. Así lo hizo. Acto continuo, el héroe abandonó sin escrúpulos al titán y el viejo orden cósmico quedó restablecido.

Toda esta historia es poco edificante desde el punto de vista de la moral y, de tan mal gusto, que más vale no contarla en sociedad. No puedo entender por qué se la explicamos a los niños. Asimismo, cuesta comprender por qué el protagonista de la hermosa metopa de Olimpia *Atlas con las manzanas del jardín de las Hespérides* es precisamente el fementido Heracles. Está representado como un atleta atractivo. En cambio, a Atlas lo han retratado como un fortachón más bien tosco y de pocas luces. El implacable tiempo ha estropeado la metopa. La figura de Atlas se ha llevado la peor parte.

Generaciones de arquitectos retomaron este motivo en los templos de Agrigento, donde a Atlas le fue asignado el papel secundario de puntal: una cariátide masculina. Su escala mítica quedó reducida. Otra injusticia, porque todos parecen haber olvidado que sustentar los cielos no es lo mismo que ser el adorno de una fachada. Atlas tuvo que conformarse con la ambigua y vulgar tarea de sujetar los balcones y las escalinatas de los palacios de aristócratas indolentes y ricachones avariciosos, por no decir nada de los bancos, las jefaturas de policía y los ministerios de crueldad pública.

Una soledad desértica. Ni el día ni la noche le traen alivio. Como todos los que cumplen con un deber nada atractivo durante un tiempo suficientemente largo, está fuera de los límites de nuestra compasión y comprensión. El único compañero de Atlas es su carga.

No es seguro si se alegraría al saber que, en una epopeya hitita descubierta hace poco, aparece un lejano primo suyo de melodioso nombre: Upelluri. Él también lleva una carga. Es un hecho verificable en las actas de la Academia de Ciencias Austríaca. Por desgracia, las actas son publicaciones de tirada muy corta y, en principio, no destinadas a los trabajadores físicos.

Dioses, titanes, héroes, ¡qué galería tan rica y apasionante de desviaciones psíquicas de todo tipo! Todo un universo poblado de monomaniacos, paranoicos, melancólicos y esquizofrénicos, por no hablar de los individuos rendidos a vicios tan perdonables como el alcoholismo o la erotomanía. En

este panorama abigarrado, la figura de Atlas aparece bastante desdibujada. Atlas es el catatónico de la mitología. Catatónico y mozo de cuerda.

Y eso que—creo yo—merecería un lugar más destacado en la memoria humana. Y tampoco estoy seguro de que se haya hecho bien negándole el rango de símbolo.

Al fin y al cabo, Atlas representa a buena parte de la humanidad. Con una pizca de buena voluntad e imaginación de nuestra parte, podría convertirse en el patrón de los enfermos terminales, los condenados a cadena perpetua, los que sufren hambre desde el día del nacimiento hasta el de la muerte, los humillados y todos los despojados de sus derechos, cuya única virtud es la ira, una ira callada, indefensa y—por ahora—inmóvil.

PROMETEO

El desierto. Hermes a Prometeo:

—Ahora te das cuenta por qué todo ha acabado de esta manera. Fuiste demasiado impaciente, Prometeo. —Mientras pronuncia estas palabras, el alarido del condenado penetra el aire. Hermes lo deja gritar para asegurarse de que luego el diálogo continuará con fluidez y sin estorbo alguno—. Ahora lo has entendido. Tenías que haber realizado tu plan poco a poco, paso a paso, de quinquenio en quinquenio, de olvido en olvido. Progresivamente, tenías que haber implicado en él a más y más seres humanos, para que, en caso de ser descubierto y de que pretendieran castigarte por haberles robado el fuego a los dioses, tuviesen que montar una farsa judicial gigantesca. —Otro alarido de Prometeo—. A decir verdad, los dioses se conformaron fácilmente con la idea de que el fuego les había sido robado. Lo degradaron a toda prisa y lo relegaron a la cocina, donde no puede hacer más daño que chamuscar una olla. O sea que no estamos hablando de un fuego celeste que devore ciudades enteras. Y ahora ya nadie se acuerda de que, de hecho, lo que causó la ira de los dioses fue el robo de la memoria perpetrado por Prometeo. —Un alarido. El diálogo continúa—. Porque de la memoria nace la conciencia—prosigue Hermes, arrastrando las vocales como si se recreara al pronunciar esta palabra—, una conciencia de entrada insignificante, que se va avivando como el fuego y que, a la hora de la verdad, se extiende por toda el alma. Una vez despierta, no se deja adormecer. Es ella la que obliga a Orestes a vagar por los caminos en busca del perdón. De modo que eres precisamente tú quien ha creado al hombre. Los dioses no conocen la conciencia.

Un alarido de Prometeo.

Hermes se marcha. Él tampoco ha conocido jamás el placer de poseer conciencia.

EL VIEJO PROMETEO

Escribe memorias. En ellas intenta descubrir cuál es el sitio de un héroe dentro de un sistema basado en necesidades y procura compaginar las nociones contradictorias de ser y destino.

El fuego crepita alegremente en la chimenea, su esposa se ajetrea en la cocina (una mujer exaltada que no ha sabido darle un hijo, pero que se consuela con la idea de pasar a la historia). Preparativos para una cena a la que van a asistir el párroco del pueblo y el boticario, ahora el amigo más íntimo de Prometeo.

El fuego crepita en la chimenea. En la pared, un águila disecada y la carta de agradecimiento del tirano del Cáucaso quien, gracias al invento de Prometeo, logró convertir en cenizas una ciudad amotinada.

Prometeo ríe para sus adentros. Ahora éste es su único método para expresar la disconformidad con el mundo.

ARACNE

Aracne era hija de un tintorero de una de las ciudades jónicas. Estudió en la Facultad de Tejeduría de la Academia Divina de las Bellas Artes de Atenas, donde se graduó *summa cum laude*, recibiendo junto con el diploma un oráculo que le vaticinaba una carrera vertiginosa. ¿Quién habría podido esperar que el augurio se cumpliría de un modo tan catastrófico? Así son las cosas: la volátil hilaza. Sobre todo, en la cabeza de chorlito de Aracne.

Su padre pregonaba a los cuatro vientos sus excelencias como tejedora con el comprensible propósito de promocionarla, y ambos recorrían el retazo de tierra jónica arrancado a los bárbaros como si anduvieran envueltos en una nube de blanco de Milo, ocre de Sinope, azul de Sorrento y verde de Tintoretto aún no fabricado, pero ya presentado.

Su fama desenfrenada y demasiado ruidosa llegó a los oídos de la patrona de las bellas artes Atenea, que solicitó un concurso. Compareció en el taller de Aracne habiendo adoptado la apariencia de una mujer corriente. Ambas tenían que tejer un tapiz, cuyo título banal—como terminaría descubriéndose—escondía una trampa. Aracne no sospechó nada y presentó una sabrosa tela dedicada a la vida erótica de los dioses. Había retratado a los dioses con gran conocimiento de las posturas eróticas y otros detalles inquietantemente impúdicos.

Atenea era sensible al peculiar vínculo que une el arte con la verdad, pero tampoco quería un arte reñido con las buenas costumbres. Rechazó con ira aquellas escenas tan atrevidas, rasgó la tela de Aracne y, según algunos, la indecorosa artista se ahorcó precisamente con aquellos jirones. Según otra versión, Atenea convirtió a Aracne en una araña.

Diego de Silva Velázquez era un artista que supo vivir las contradicciones: el arte y la vida cortesana, la fidelidad y la traición, el ardor y la frialdad. En

su gran lienzo *Las hilanderas* podemos apreciar el interior del taller real de Santa Isabel, donde unas muchachas jóvenes están hilando. En el fondo, una escena que tal vez represente el juicio de Atenea sobre la tela de Aracne. O, más que representar, lo aleja hasta una región de extraño aislamiento.

Es allí donde late el misterio de aquel juicio insólito: la abstracción, la muerte, la geometría y la abstención de las muchas y variopintas formas de la vida.

LA HISTORIA DEL MINOTAURO

La escritura lineal A, todavía no descifrada, esconde la verdadera historia del príncipe Minotauro. A despecho de los chismes que corrieron en los siglos posteriores, era hijo legítimo del rey Minos y de Pasífae. El muchacho nació sano, pero con una cabeza extrañamente grande, lo que los augures interpretaron como pronóstico de su futura sabiduría. Sin embargo, el Minotauro vivió sus años mozos siendo un bobalicón robusto y algo melancólico. El rey decidió destinarlo al estamento sacerdotal, pero los sacerdotes argumentaron que aceptar al príncipe anormal habría significado poner en peligro la autoridad de la religión, ya de por sí severamente mermada por el descubrimiento de la rueda.

Así las cosas, Minos hizo venir de Grecia a Dédalo, el ingeniero de moda, creador de la afamada corriente pedagógica de la arquitectura. Como resultado, se construyó el laberinto. Gracias a un sistema de galerías—desde las más sencillas hasta las cada vez más intrincadas—, desniveles y escalones de abstracción, el laberinto tenía que avezar al príncipe Minotauro a los principios del pensamiento correcto.

De modo que, empujado por sus preceptores, el desafortunado delfín deambulaba por los pasillos de la inducción y la deducción, contemplando con ojos ausentes los frescos explicativos. No entendía ni papa.

Al agotar todos los medios disponibles, Minos decidió deshacerse de aquel oprobio de la alcurnia. Trajo (también de Grecia, país reputado como cuna de individuos talentosos) a Teseo, un asesino experto, y Teseo mató al Minotauro. En este punto, el mito y la historia coinciden.

He aquí que Teseo regresa a través del laberinto—un catón ya innecesario—, llevando entre las manos la enorme cabeza ensangrentada del Minotauro con los ojos desorbitados, donde por fin ha comenzado a despuntar la

sabiduría, que suele ser hija de la experiencia.

AQUILES. PENTESILEA

Cuando Aquiles traspasó el pecho de Penthesilea con su corta espada y, como es debido, hizo girar tres veces la herramienta en la herida, descubrió en un acceso repentino de lucidez que la reina de las amazonas era hermosa.

La tendió cuidadosamente sobre la arena, la despojó del pesado yelmo, le soltó el pelo y le cruzó las manos sobre el pecho con delicadeza. Pero le faltó el coraje para cerrarle los ojos.

Le echó aún una mirada, una mirada de despedida, y rompió a llorar como si una fuerza ajena lo obligara a hacerlo. Lloraba como no habían llorado nunca ni él ni los demás héroes de aquella guerra: con voz queda e implorante, cavernosa e impotente, una voz en la que se repetían el plañido y la cadencia de la compunción, un sentimiento del todo ajeno al hijo de Tetis. Las dilatadas vocales de aquella elegía caían como hojas sobre el cuello, los pechos y las rodillas de Penthesilea y se enroscaban a su cuerpo cada vez más frío.

Y ella se estaba preparando para la Eterna Cacería en unos bosques inconcebibles. Sus ojos todavía abiertos miraban al vencedor desde la lejanía con un odio tenaz y azulado.

HÉCUBA

El tiempo: en toda épica digna de llevar este nombre, se mantiene a un lado como un mayordomo, en el exterior de las personas y de las cosas. Sólo las catástrofes lo arrancan de su sitio, y entonces irrumpe en el interior con todo su poder destructivo: rompe, pisotea, reduce a escombros.

He aquí Troya: arde vigorosamente en medio del estruendo de las bóvedas que se vienen abajo. El tiempo del fuego, veloz, jadeante como el viento, del color de las rosas negras y rojas. Apenas se oyen los lamentos de los vencidos y los gritos de los conquistadores.

En primer plano, permanece Hécuba, desesperada. Un soldaducho griego acaba de arrojarle sobre el regazo el cadáver ensangrentado de su pequeño nieto.

Ahora, esperamos que una voz potente rasgue el manto que une el cielo con la tierra y que, por un instante, todo permanezca inmóvil. Pero no hay voz, sólo un silencio desgarrador.

Hécuba hace jirones su peplo y sus dedos largos y ágiles amortajan el cuerpecillo con una solicitud tierna para que no se vea la sangre, para que no se vea nada que pueda desvelar el horror. Mientras lo hace, musita el nombre del pequeño, y su susurro, que consta de tres sílabas repetidas una y otra vez, parece una canción de cuna.

Su sexo de anciana se ha vuelto a cerrar, y Hécuba ha regresado a los tiempos inmemoriales de su infancia, a la época de los milagros, cuando sabía dar vida a cualquier objeto inanimado.

En pocos instantes, los verdugos le arrebatarán su juguete y los dioses misericordiosos la transformarán en perra, porque solamente el enorme corazón de los animales es capaz de contener tanta desgracia. Y entonces, en

busca de alivio, se precipitará al mar.

FÍA

Todo ocurrió tan deprisa que, en la sagrada leyenda, Fía era invariablemente una muchacha secuestrada al cielo a plena luz del día.

Lo que sucedió no tenía ningún motivo aparente, al menos no para los habitantes de aquel pedacito del Ática, que se dedicaban al cultivo de la viña y al pastoreo de ovejas—ésta era la melancólica ocupación de Fía—en medio del resplandor y las sombras que se desplazaban suavemente como si recorrieran la esfera de un reloj, ingenio que por aquel entonces aún no existía.

Un día, unos jinetes montados en caballos cubiertos de espuma comparecieron en la quinta de sus padres. De pronto, desaparecieron tan rápidamente como habían llegado, llevándosela con ellos. Desde el primer momento hasta el último, la protagonista de aquel acontecimiento no fue consciente de lo que le sucedía. Y le sucedían cosas gordas.

La condujeron a una barraca aladaña a las murallas y, antes de que tuviera tiempo de volver en sí, la vistieron con una túnica blanca recamada en oro y la colocaron sobre un carro de guerra. Con la mano derecha sostenía las riendas y, con la izquierda, una lanza provista de una reluciente punta de hierro.

El tiro de caballos se adentró en las calles de Atenas. Avanzaba en silencio a través del gentío, que crecía por instantes lanzando gritos de entusiasmo y de abominación. Podía oírse el nombre de Pisístrato.

Conducido por los escuderos, el carro se movía despacio. Acababa de doblar hacia una calle por donde desfilaba la procesión de las Panateneas.

Fue allí donde le alcanzó la primera pedrada.

EL SACRIFICIO

Manteles manchados, huellas de cigarrillos alrededor de los platos esparcidos sobre la mesa del Consejo Olímpico, servilletas usadas, flores marchitas en jarrones de cristal tallado, un menú monótono y una carta de vinos muy corta: todo ello ilustraba de forma bastante elocuente la profunda crisis que afectaba al universo divino. Los dioses faltaban al trabajo o se ausentaban de los debates sin justificación alguna, consumían los dones del cielo de manera antiestética (y antirreglamentaria), se dormían en la mesa o emitían sonoros ruidos corporales. El destino del mundo se les escapaba de las manos.

Zeus se reunía con Hermes en privado mucho más a menudo que de costumbre.

—Semejante fin del mundo era de prever. No somos inmortales, ¡hélas!, pero la forma en que se realiza todo esto es inaceptable, a la par que indignante. Después de nosotros, no va a quedar nada, ni siquiera un recuerdo agradable. Y eso que, en nuestra época, no todo era tan malo. Hay que ponerle remedio—le dice Zeus a Hermes.

Hermes le aconseja elegir a un dios y sacrificarlo en ofrenda a manos de los hombres. Un pequeño sofisma. Al fin y al cabo, éste es un método revitalizador que practican muchas religiones. Hasta la fecha, sin éxito, pero ¿qué cuesta intentarlo una vez más? Sería como si Dios irrumpiese en una clase de filosofía, aunque estuviese impartida por un ateo. A fin de cuentas, no hay mucho que perder. La cortina que separa los dos mundos, el sobrenatural y el terrenal, ya lleva mucho tiempo rasgada.

Dioniso accedió con extraña facilidad a jugarse el tipo —¡a qué engañarnos!—, asumiendo a título de experimento el papel de víctima. Dijo que la vida había perdido para él todo su atractivo y, por si fuera poco, la

jaqueca y la dependencia del alcohol le impedían cumplir con sus deberes. El asunto parecía fácil y, efectivamente, se resolvió de prisa y sin hacer sufrir a nadie.

¿De veras, sin hacer sufrir a nadie? Zeus tenía ciertas dudas al respecto.

—Venga, cuéntame cómo ha ido todo—le preguntó a Hermes.

—Bueno, sin coacción ni escenas desagradables o vulgares.

—¿Ha sufrido, Dioniso?—preguntó ingenuamente Zeus.

—¡Y tanto! Y no solamente eso. Lloraba. Y tomaba a Dios por testigo.



III

LOS DIEZ SENDEROS DE LA VIRTUD

1. No hay que invocar la ayuda de los dioses ni siquiera en casos extremos, ya que justo entonces pueden estar entretenidos con otras cosas y nuestra insistencia tendrá un efecto inverso al deseado. Además, por culpa de los aludes y de las explosiones de decibelios, por no decir nada de las tormentas magnéticas, es poco probable que un comunicado humano llegue a sus oídos.

2. Hay que amar a los dioses, porque así limpiamos nuestro corazón.

3. Todo parece indicar que la veneración de los padres, la protección de los pobres, ancianos y huérfanos, y la actitud afectuosa para con los animales son del agrado de los Inmortales.

4. Uno puede rezar en cualquier parte. El peor sitio para hacerlo son los templos. Huelen a estadizo.

5. No matar. Intentar pensar bien de la gente y, muy de vez en cuando, dejarles en préstamo nuestras numerosas y variadas virtudes. Guardarse de calumniar a nadie, ya que la calumnia es la forma más abyecta del asesinato con alevosía.

6. En el amor sensual, evitar la exageración, pero tampoco andarse con excesivos escrúpulos. Para la Naturaleza, más vale una pareja de amantes felices que la enrevesada relación entre dos neurasténicos de alfeñique. Sobre todo, en la versión procreativa, que ofrece el lóbrego espectáculo de los suplicios cotidianos de los progenitores.

7. Procurar ser felices, porque sólo siendo felices podemos dar felicidad a otros.

8. Robar sólo lo imprescindible para sobrevivir. Y nunca hacer de ello una ideología.

9. Evitar las ideologías que prometen la liberación definitiva de la humanidad. Una vez obsequiados con una partícula de libertad, limitarla enseguida en aras del bien del prójimo.

10. Sólo existen pecados del espíritu. Los pecados de la carne ya conllevan el castigo: la sífilis de los libertinos, el corazón adiposo de los tragaldabas o los pies planos de los correveidiles.

IV

**OBRAS DE LA ÓRBITA DE «EL REY DE LAS HORMIGAS»
(INACABADAS O DESCARTADAS)**

ANTIEPOPEYA

Al principio fue así.

La historia que el Homero de las cavernas relató a sus oyentes sudorosos y vestidos con pieles que gimoteaban ora de miedo, ora de arrobó, era breve, verdadera y definitiva. Que estos tres adjetivos sean el triste testimonio de mi total impotencia a la hora de conocer las fuentes. Recitada de corrido, contenía todo lo que puede decirse honestamente sobre Dios, las cosas y la naturaleza humana. Y también, sobre el origen en el caos, la frágil armonía y la muerte en medio del caos. Un puñado de versículos raucos, la áspera fórmula del destino. Esto era todo. Allí debería haber acabado la poesía oral, la descriptiva, la personal, la amorosa, la heroica, la coral y la filosófica. Cualquier clase de poesía.

La memoria humana es endeble. Nadie es capaz de repetir una obra maestra. Nadie es capaz de repetir nada. Sobre todo, si tomamos en cuenta que aquello no fue más que un signo, la primera letra del alfabeto y la última, una maravilla de concisión. No constaba de elementos, de partes sustituibles, sino que era de por sí un elemento, una partícula de la protomateria. Y aquella minusvalía de la memoria, aquel olvido fatal, dio origen a la literatura.

Para acallar la mala conciencia, las personas empezaron a componer poemas, inicialmente modestos, de apenas unas sílabas, donde aún resonaban inevitablemente los ecos del Homero cavernícola. Luego, la conciencia enmudeció. Algún petulante inventó el principio de mimesis.

Así pues, la escritura se ramificó y se volvió cada vez más exuberante y nebulosa, obsequiando a la Naturaleza con zalamerías y abarrotando los rechinantes carros del arte con todo lo que traían consigo el transcurso de la historia y la inventiva humana: dioses nuevos, máquinas mortíferas, estatuas de tiranos, esculturas y mercancías de culto, así como esperanzas y monstruos,

hijos de la conciencia.

Los honrados sabían que existía un protopoema inaccesible e inalcanzable que se alejaba a la velocidad de la luz. Visto esto, ahogaban su desesperación en cenagales de palabrería, iluminaciones artificiales, metástasis estilísticas y —todo sea dicho—chácharas pretenciosas. Los más nobles elegían abrirse las venas: un silencio suicida, el postrer homenaje rendido al archipoeta.

El espejo que se pasea por el camino real es un instrumento de conocimiento nefasto y, para colmo, un instrumento deformante.

fermentación de la imágenes
al final apareció un osado
que describió las nubes.

EL JARDÍN DE LAS HESPÉRIDES

A Karin Kiwus.

En los confines de Occidente, hay un huerto perdido en medio de un mar tranquilo como un campo de cultivo. La isla de las Hespérides, que vigilan las manzanas de oro.

En lo alto, el sol, la luna como una fruta y unas estrellas fisgonas.

A través de la isla, fluye un arroyo soñoliento, el Letón, que renueva la virginidad de las Hespérides mientras se bañan.

Y también vive allí Ladón, un oxidado dragón de cien cabezas. Habla todas las lenguas del mundo, y conoce también la del topo, la del corzo y la del trébol.

Las Hespérides cantan:

¿Cuántos meses alegres tiene el año?

Doce meses alegres.

¿Cuántas noches fragantes tiene el año?

Trescientas, una por cada lunación.

Al caer la noche, las Hespérides descansan a la orilla de un mar que deja sobre la arena la impronta de sus alientos y suspiros.

Las tres hermanas se entregan a la liturgia de la desidia sensual.

Bajo los rayos del sol, se vuelven rubensianas.

EL SÉQUITO DE POSEIDÓN

A Zbigniew Bieńkowski.

Huelga decir que es del todo distinto de como se lo imaginó y se dignó a representarlo aquel pintor suizo con mentalidad de cervecero y manos sudorosas de mozo de baños.

¡Ay, pobre Poseidón! ¿Qué tenemos que ver nosotros con aquel retrato colectivo de individuos en cueros vivos que chapotean en unas aguas tibias y poco profundas? El dios, las nereidas y los tritones disfrutaban juntos del baño. Muestran al mundo sus nalgas sebosas, sus pantorrillas, sus talones y sus torsos. En lugar del esplendor mítico y de la infinitud del océano, un baño de asiento burgués.

Dentro de poco, saldrán a la playa, se adentrarán en las cabinas para bañistas (un corazón recortado en la puerta), y volverán vestidos con una indumentaria escueta hasta el lugar donde unos manteles impolutos yacen sobre la arena y, encima, cestos con panes, mantequilla, pollo asado y botellas de vino.

Ruido al comer. Conversaciones entrecortadas. Somnolencia.

Nunca he rezado para aliviar el sufrimiento, ni para que me sonría la fortuna o para asegurarme una buena muerte. He rezado con el ardor de un niño y la contumacia de un anciano para que me sea deparado ver el Séquito una sola vez en la vida. Y la gracia me fue concedida cuando, en el minúsculo lapso de tiempo que separa un abrir y cerrar de ojos de la nada, vi a Poseidón, a las Nereidas y al Tritón sobre la cresta de una ola gigantesca, rodeados de un deslumbrante géiser de espuma. Y aquello era tan inescrutable como un

mosaico de gotas blancas sobre un fondo blanco o como la boda de un delfín. Ocurrió en aquel memorable miércoles, cuando una tormenta se acercaba desde el oeste.

PEGASO

Pegaso es una criatura indeciblemente hermosa, casi perfecta, salvaje, es decir indómita, bravía, libre e independiente—majestuosa de verdad, aunque jamás permanece anquilosada en la pose de los gobernantes bobos—.

Durante siglos, reinaba la opinión de que era producto de la imaginación de los poetas. Un error imperdonable. Diré más: un perjuicio que ya es hora de subsanar.

A lo largo de milenios, generaciones anónimas de caballos que transportaban cargas inhumanas y llevaban a cuestas a emperadores obesos o arrastraban arados por baldíos interminables, generaciones de caballos alimentados a base de latigazos, maniatados, asesinados en guerras absurdas o torturados en concursos hípicas, han soñado con un ser superior y sagrado, con una divinidad alada. Pegaso era un paradigma.

¡Ay, sí! De vez en cuando, alguien les arrojaba una migaja de reconocimiento o de gratitud. Alejandro bautizó ciudades con el nombre de *Bucéfalo*. A su muerte, le dio un entierro suntuoso, pagado de las arcas del Estado y, mientras caminaba en pos de los restos mortales de su fiel compañero, lloró a lágrima viva (cosa que, dicho sea de paso, hacía a menudo). En cambio, Calígula nombró cónsul a *Incitatus*. No para honrarlo, sino para humillar a los cónsules. Numerosos escultores hicieron retratos de condotieros y de sanguinarios generales a caballo, aunque los caballos no eran para ellos más que un pedestal de materia orgánica. No obstante, el espíritu postrado del caballo siguió actuando sin tregua, tanto en el silencio de las caballerizas, como en el fragor de las batallas.

Así que podemos decir sin miedo a exagerar que san Pegaso es hijo de la conciencia colectiva. Naturalmente, no humana, sino caballar.

Es innegable que se trata de un mestizo. Y huelga decir que esto genera una reacción de rechazo en todos los partidarios de los pura sangre. Pero repitémoslo una vez más y con fuerza: es uno de los mestizos más hermosos y

más dignos de ser imitados que jamás hayan hollado nuestro planeta. Tal vez solamente su primo hermano medieval, el unicornio, podría medirse con él en un concurso de belleza, fuerza y nobleza.

La mitología está densamente poblada de monstruos alterados genéticamente que sólo pueden haber nacido (para causar más repugnancia que miedo) en la mente de un matarife borracho que hubiera cosido a ciegas y de forma chapucera la cabeza de un león con el tronco de una cabra y la cola de una serpiente. Un acto verdaderamente infame y, por si esto fuera poco, un horror estético. Los científicos sostienen que la culpable puede haber sido la semántica. Primero, alguien se inventó una palabra vacilante, un mensaje confuso, y luego se le añadió una figura, un nombre o un símbolo que reconciliara las contradicciones. Los griegos, un pueblo muy sensible a la armonía, sufrieron no obstante las consecuencias de las invasiones de tribus bárbaras: tracios, persas, asiáticos y egipcios, por no decir nada de la abstrusa *Teogonía* de cosecha propia. Y, precisamente sobre este trasfondo, la figura de Pegaso destaca por su nitidez y armonía. ¡A fe que no es ningún bastardo de la imaginación! Es la encarnación de los altos vuelos, de la libertad y de la integridad.

Sólo una vez lograron amarrarlo. Lo hizo Belerofonte con la inestimable ayuda de oscuros artificios tecnológicos de los dioses. Además, aquello no fue ninguna proeza, sino más bien un simple recurso estilístico. Pegaso se convirtió conscientemente en un caballo volador. Fue degradado al rango de medio de transporte, de metáfora. Quizá os hable de ello más extensamente en un tratado sobre Belerofonte.

En cambio, lo que me parece un verdadero escándalo es que Pegaso fuera capturado por los poetas. En la Antigüedad, ni a Homero ni a Horacio se les ocurrió la idea de montar a Pegaso. Esto llegó más tarde, en la época en que la mitología ya no se tomaba en serio, sino que era considerada un mero ornamento, una pausa, en la época en que la inspiración se iba atrofiando y Pegaso ya no era más que una palabra, y no un ser indómito, con una gran libertad interior y del todo ajeno a lo que vulgarmente suele llamarse literatura.

Sin embargo, hay un detalle que podría justificar las pretensiones de los poetas. Es cosa sabida que Pegaso hizo brotar con un golpe de pezuña la

fuente de Hipocrene, al pie del monte Helicón, la sede de las Musas. Pero esto sólo significa que todo el mundo puede beber de aquel manantial: los peregrinos, los asnos y también los poetas, a condición de que regresen a las fuentes, es decir, al origen. Son pocos y no se dejan llevar por la corriente, que arrastra ideologías desmoronadas, iconos rotos y basura.

Fuera de esto, no hubo nada, absolutamente nada, que permitiera hacer bajar a Pegaso a la tierra y menos aún para fines tan dudosos como la escritura.

Al fin y al cabo, las epifanías tienen que tener algún sentido.

Si enfocamos el tema de una manera pedante, es decir a la alemana, es decir profesionalmente, es decir por el lado de la *Literaturwissenschaft*, constatamos que el culpable fue Matteo Maria Boiardo. En su inacabada epopeya caballeresca *Orlando innamorato*, utilizó a Pegaso como un medio de comunicación infalible. Hay que hacerle justicia. Controlaba regiones inmensas y se desplazaba por vastos terrenos del tiempo y del espacio, desde *La canción de Roldán* hasta el ciclo artúrico y la poesía cortesana renacentista, sin mencionar sus pasiones privadas, es decir, el amor, al que intentaba otorgar dimensiones astrales. Yo diría que no tenía malas intenciones.

Obviamente, no podía saber que Pegaso se convertiría en el cuadrúpedo predilecto de los literatos y que conferiría una partícula de su dignidad a cualquier escritor que, pegado a su silla, produce a mansalva aburridos poemas e inútiles romances, cobrando una miseria, apenas tolerado por su entorno y, no obstante, convencido de estar cabalgando a lomos del bondadoso corcel. ¡Menudo iluso! ¡El cochero de un simón derrocha más dignidad!

La anciana yegua *Metáfora* fue relegada a la cuadra bajo el pretexto de que, vieja y cansada, ya no servía para gran cosa. No sin que esto causara grandes daños a la poética concebida, no como el hecho de poetizar, sino como oficio. En un mundo roto, nada puede compararse con nada. Por eso, como opinan algunos, hay que multiplicar las tautologías de los egotistas (autosuficiencia espiritual). Ego + Ego = Ego. E + E = E. Entonces el mundo se vuelve perfectamente vacío, es decir, coherente.

Pegaso es un ser solitario y único.

¡Pobre Pegaso! Todo esto te da lo mismo. Eres un caballo inmortal. Tú te has librado del yugo, pero lo has traspasado a tus usurpadores. Sabes bien que los humanos siempre intentan enganchar a las divinidades—sean buenas o malas—a unos carromatos miserables para que los arrastren por los bajos fondos hasta antros de mucho cuidado.

Por de pronto, mientras las cosas no cambien, quédate donde estás.

Hay que dejar a Pegaso en el lugar que le pertenece.

En las noches de agosto, sus crines immaculadas lucen en las cercanías de la constelación de Andrómeda.



EL DRAGÓN

A veces me doy cuenta de que soy muy viejo. Ser viejo no significa padecer de artritis, sino formar parte de un universo de nociones que tus contemporáneos no entienden (como si uno tuviera un diccionario diferente, publicado hace mucho tiempo y ya agotado, un atlas viejo y un libro del mundo distinto). Por ejemplo, nadie me cree cuando digo que, como Ulises, tuve niñera. Yo y el rey de Ítaca tuvimos sendas niñeras. La niñera era otrora una institución poderosa.

Uno de sus principales deberes era hacer dormir a los niños. Algunas, las más gandulas y desaliñadas, cantaban en voz monótona estúpidas canciones con estribillos inacabables, poniéndole fácil al sabio profesor Schultz de Berlín la invención del entrenamiento autógeno, porque muy a menudo conciliaban el sueño antes que sus pacientes (sí, no miento, aquellos intentos por conseguir que los niños se durmieran solían culminar en los ronquidos sonoros de las niñeras). La enorme mayoría contaban cuentos de hadas. De entrada, historietas sobre flores, rositas, muguets, margaritas y enanitos laboriosos (pérfida imagen de la clase obrera desprovista de conciencia de clase), luego venían las princesas caritativas y los príncipes apuestos (con lo que, probablemente, se pretendía inocular en los niños un apego incondicional a la monarquía), y finalmente, unos animalitos impepinablemente peludos: conejitos, liebreccillas y gatitos (dulzura y bondad). El único acento malvado que aparecía muy de vez en cuando en un segundo plano era la *Amanita muscaria*.

Los niños buenos se dormían después de aquellas primeras prácticas hipnóticas. Pero si aún se resistían, las niñeras (que, dicho sea de paso, no habían estudiado psicología y, a menudo, ni siquiera el abecedario) ponían en marcha toda una maquinaria de horrores. Empezaba una escalada de truculencias llena de esqueletos, sótanos asfixiantes, búhos, ahorcados,

cabezas cortadas, cementerios y diablos. Y entonces, aquellas cabecitas aureoladas de rizos rubios se dejaban caer sobre la almohada y cerraban los ojitos con fuerza, porque sus propietarios preferían mil veces morir que seguir escuchando.

El colmo de los horrores eran las historias sobre dragones. Yo luchaba con el sueño para llegar a este final succulento. Los dragones me encantaban. Despertaban en mí la ternura y los sentimientos fraternales. No era capaz de comprender por qué se los mataba con tanta crueldad. Soñaba que, de mayor, me dedicaría a liberar a los dragones de los humanos.

Me sumía en un estado de ensoñación y se me pasaban las ganas de dormir—sólo quería luchar—. Como el infalible truco del dragón no funcionaba en absoluto conmigo, me colgaron la etiqueta de niño malo, y luego, ya automáticamente, de mal alumno, mal muchacho y mal ciudadano del mejor de los países. Acabaré siendo un viejo sinvergüenza (de los ancianos suele decirse sinvergüenzas, y no malos, porque ya no pueden—pongamos por caso—hacerle daño a una mujer como un hombre de verdad). Pero, para ello, todavía me queda algo de tiempo.

Cuando tenía diez años, fui a Cracovia con una excursión escolar. Visitamos el Castillo Real. En las inmediaciones del Castillo, está la Cueva del Dragón. Por desgracia, vacía desde hace siglos, porque—según cuenta la leyenda—cierto aprendiz de zapatero (que no me cae nada simpático) le lanzó al dragón un carnero eviscerado y relleno de brea y azufre. Era la primera bomba, todavía primitiva, que luego perfeccionarían los anarquistas. Naturalmente, el dragón murió de indigestión.

La leyenda cuenta también que unas cuantas de las vírgenes más hermosas le eran entregadas en ofrenda año tras año, pero yo enseguida sospeché que se trataba de una simple maniobra de distracción para ocultar el hecho de que el soberano de Cracovia, lascivo e insaciable en sus fantasías eróticas, consumía la virginidad de las hijas de sus súbditos para luego cargarle el muerto al dragón.

El dragón se convirtió en símbolo de todos los crímenes e iniquidades del hombre y, puesto que era un símbolo viviente, lo mataban. Parece imposible que sobreviviera tanto tiempo, a pesar de ser perseguido como las sectas heréticas, los judíos, los esperpentos de toda clase y los que no piensan como todo el mundo.

Al principio, es decir en el Génesis, era una simple serpiente.

LOS GIGANTES

Os saludo, Gigantes. A través del silencio milenario, a través del océano del olvido del hombre, a través del rechazo y del odio que os infundieron [?] los usurpadores que adoptaron el nombre de olímpicos, una dinastía que presume de la astucia de las alimañas, una generación venal y mezquina como el sentido [?] del guía, una generación despojada de dignidad, una generación que sabía

Os saludo, quienes [?]

La supuesta gigantomaquia es un invento de los poetas de la corte olímpica, aquellos copleros mañosos, aquella tribu inmunda que durante siglos engendraría sus odas y poemas en honor de cualquier tendero ascendido a duque

Os saludo, Gigantes, porque jamás habéis adoptado la máscara humana, y sólo las cabras monteses, las águilas, el dulce rumor de la cascada y el susurro de la avalancha de piedras saben pronunciar correctamente vuestros nombres. Permaneced para siempre lejanos y extraños, petrificados como un pilar azul rojizo [porque ésta es la única pose digna de dioses], como la inefable belleza de una geoda de amatista, fríos como la madrugada en la costa [?] de la Nebulosa de Andrómeda

Os saludo, Gigantes, de quienes abjuró [...] humana y sus cobardes dioses olímpicos

Un gran ojo inyectado de sangre

Adiós, tiempo antiguo de los Gigantes, alfombra [?] raída, estandarte [?]

INTRODUCCIÓN A «ATLAS»

(NOTA AUTOBIOGRÁFICA)

La mitología que le enseñaban en la escuela le repugnaba, porque era el triunfo de la bestia antropomorfa

- coleccionaba fósiles, huellas de garras
- odiaba la raza de los vencedores y la alianza que lo unía con los vencidos le parecía un legado del monte, del arroyo, del insecto perseguido y del gigante melancólico
- toda su simpatía se dirigía hacia los héroes cansados y ambiguos

Adivinaba la existencia del infierno de la inmortalidad, de las llamas que no consumen, de los altiplanos desérticos y de los conjuros interminables

Ellos (los dioses)

nos obsequian con una indiferencia generosa e irreflexiva, porque no comprenden que esperemos el castigo como si de una gracia se tratara

- amaba al monstruo y a la víctima
- amaba a la víctima

→ ¿acaso su conocimiento de los monstruos no era para él la propedéutica de la historia?

APÉNDICE

OTRAS VERSIONES DE ALGUNAS OBRAS

NARCISO

Este mito permaneció clavado en mi alma durante decenios. Permaneció clavado, pero sin crecer, sin desarrollarse, como el puño de un rorró, cerrado alrededor de un sonajero inmóvil.

Pues, ¿qué podemos decir de Narciso? Que existía, que era hermoso, que se embelesó contemplado su reflejo en un estanque y, deslumbrado por su belleza, se ahogó. ¿Dónde está el mensaje edificante, la misiva, la moral? El tipo se abstrae mirando el agua y, de repente, ¡plof! La escena parece que ni pintada para un haiku moderno, ese género que un clásico recomendaba hace tiempo para frenar la verborrea de la poesía patria. Efectivamente, el mito original era desesperadamente estático. Permanecía clavado en su sitio.

Sin embargo, se hicieron tentativas de darle más vida. Se pertrechó a Narciso de nervio, un nervio—¡cómo no!—erótico. La ninfa silvestre Eco se enamoró de él. Por razones que se nos escapan, Narciso rechazó aquel amor y, a causa de la pena, Eco se convirtió en la divinidad de las espesuras del bosque. Su nombre respondía a las voces de los excursionistas burgueses entrados en carnes. De este modo, la ninfa se convirtió en azafata de la Naturaleza.

Como podemos ver, Narciso carece siquiera de un esbozo de carácter o de un amago de culpa trágica que nos permitan tomarlo en serio y acompañarlo en su destino con compasión o ira. Como mucho, justifica el nombre de una flor, una flor sin duda seductora, aunque es cosa sabida que la rosa, que no tiene caballero sirviente ni trovador, puede prescindir perfectamente de los mitos.

¿Qué fue primero? Probablemente, el deslumbramiento por un fenómeno natural nuevo, la búsqueda de un nombre y, finalmente, el intento de adecuarle una anécdota sin la que existiría igual, o sea una anécdota fortuita, insignificante y prescindible. De este modo, Narciso se ha convertido en el

emblema de la tautología.

Tuvo que correr esta suerte por fuerza, ya que su única virtud era la belleza.

EL SACRIFICIO: DIONISO

1

—Nos estamos haciendo viejos, Dioniso—dijo el padre de los dioses.

—Sin duda—contestó Dioniso, más serio que nunca y con pocas ganas de enzarzarse en una polémica. Pero incluso las piedras envejecen—añadió, aunque hasta a él mismo la comparación le pareció algo disparatada.

—Nosotros envejecemos más deprisa que las piedras, y no tan bien como ellas. Lo peor es que nos damos cuenta. Cierta idiota de Jonia dijo hace seis siglos que no existíamos, aunque justo entonces estábamos en nuestra mejor forma. Yo estaba plenamente convencido de que lanzaba rayos y, en efecto, era capaz de matar a un incrédulo o quemar una ciudad.

—O sea, anticipándonos un poco al desarrollo de la filosofía: el mundo como voluntad y representación—añadió Dioniso en un tono sentencioso—. Los dioses no poseían la noción del tiempo. Para ellos, el tiempo consistía en una cadena ininterrumpida de días y noches. Los años, las décadas, los siglos y las estaciones del año no tenían forma mensurable ni valor alguno.

—Todo empezó cuando Afrodita agarró la gripe. No acabábamos de comprender qué significaba aquella fiebre ni por qué tosía como una verdulera.

—Da igual cómo empezó. Sólo importa una cosa: los mortales dejaron de necesitarnos.

—Por culpa nuestra. Hemos dejado totalmente desatendido al estamento sacerdotal. Hoy en día, es una cofradía de ignorantes engreídos, y las cámaras

del tesoro de los templos no son más que bancos, sospechosos antros de juego, puestos de cambio de moneda y lavanderías de dinero negro. Además, todos cobran bajo mano.

—Cierto, nuestros intermediarios se han independizado, lo cual era de prever. Pero ésta no es la verdadera causa de nuestra decadencia. ¿Y qué me dices de los escándalos olímpicos? ¡Vaya falta de pudor! Nos pusimos a imitar a los hombres, sin haber creado modelos de conducta. Ni siquiera nos hemos inventado un decálogo decente o, por lo menos, una tabla de valores.

—Ay, Dioniso, te veo latoso e intransigente como un joven recién graduado en la Sorbona. Esto que dices depende de los hombres. Diantre, hay que conservar la división del trabajo, quiero decir, una división elemental y una jerarquía. Quién sabe si...

—No estoy de acuerdo contigo, Zeus. —Dioniso se iba acalorando—. Dado que participamos en la guerra de Troya, no veo ninguna razón por la que ahora deberíamos contemplar con una indiferencia cobarde la guerra tribal entre los hutu y los tutsi...

—Dioniso—dijo Zeus en tono reprobatorio—, cuando te da por hablar de política, me sacas de quicio.

Mudos como las piedras, caminaron largo rato por una vereda que serpenteaba en el fondo de un barranco umbrío y, de repente, se encaramaba hasta un puerto de montaña, desde donde, a derecha e izquierda, se abrían las vistas a un mar surcado por los embates del viento. El sol estaba suspendido a poca altura sobre el horizonte. Se acercaba el anochecer.

—A propósito...—dijo Dioniso, y se quedó callado. No se le ocurría nada que decir.

Al cabo de un rato, Zeus dijo arrastrando las vocales y adoptando un tono solemne, demasiado solemne, teniendo en cuenta que el lugar no era nada idóneo, porque incluso las cigarras callaban como muertas. Avanzaban envueltos en la sombra verde de un gran silencio.

—Uno de nosotros debe morir para que los demás puedan seguir con vida.

—Me temo que no te entiendo, Zeus.

—Es necesario que uno de nosotros entregue su vida.

—Perdona, Zeus, pero...

—Tenemos que sacrificar a uno de los nuestros. Hablando sin rodeos, hay que matar a uno de los nuestros en las gradas del altar, como se hace con los

animales propiciatorios. Entonces la humanidad se dará cuenta de que estamos dispuestos a hacer algo por ella.

Silencio.

Dioniso dice:

—Deduzco que quieres que el animal propiciatorio sea yo.

Otro silencio, esta vez más largo y más profundo. Podían oírse los latidos de sus corazones.

Dioniso, con voz calmada, pero no exenta de una nota de aflicción:

—Los dos sabemos muy bien que no somos inmortales. Doscientos o trescientos años antes o después, ¡qué importa!—Y, después de un instante de silencio—: Está bien, Zeus. Dioniso acepta ser el animal propiciatorio.

Zeus respiró profundamente.

—Te confieso que incluso me intriga saber qué sienten los hombres. Dispondré de un rato para meterme en la piel de los humanos. Supongo que, antes de la ejecución, habrá la consabida monserga de los sacerdotes o algo por el estilo.

—Puedes estar seguro de que la ceremonia será grandiosa y conmovedora.

—Eso me trae sin cuidado—espetó Dioniso. Y luego añadió—: A ver, ¿cuándo será?

—Pronto—dijo Zeus.

Llegaron a la cumbre del puerto de montaña.

2

El día del sacrificio de Dioniso, el Olimpo quedó vacío. Todos los dioses se habían inventado quehaceres importantísimos y urgentes. Apolo se fue volando a Egipto. Atenea tenía una conferencia inaplazable con Poseidón en la isla de Taso. Zeus se escondió en los bosques de Epiro. Sólo Hermes, el más obsequioso de los dioses, y en virtud de sus responsabilidades el acompañante de las almas en el camino hacia el más allá, permaneció al pie del cañón.

—¿Tú qué crees, Hermes? ¿Ha sufrido mucho?

—Cuesta decirlo. Al principio se comportó como si fuera un juego, pero después...

—¿Gritó?

—Peor, Zeus. Lloró.

NOTA DEL NARRADOR

El lector interesado sacará gran provecho de la lectura de algunos estudios dedicados al presente tema y, en especial, de la profunda y monumental monografía de Umberto Eco, «A sacrifice of Dionysus», en: *Opera completa*, Roma, Nueva York, Hong Kong, Random House, 1986 (Great Books of the 20th Century).

GALATTO, Calasso, *Dioniso ecologico, antropologico, umano, divino, astrologico e metafisico*, Milán, Adelphi, 1996.

KOŁAKOWSKI, Pomian, *Dionysos oui mais pourquoi*, París, Bibliothèque CNRS, vol. 250, 1996.

KAPELUSCH, Dr. Helene, *Werke*, vol. XXIII, Leipzig, Neuer Aufbau, 1986, pp. 1950-2202 (Tausend Bücher über Nichts).

BARAN, *Umberto Eco i jego Dionizos*, Varsovia, Harlequin, 1996 (Biblioteka Postmodernisty).

Huelga advertir que las coincidencias de los apellidos que figura en esta bibliografía jocosa con los de algunos corifeos de la ciencia y la literatura son probablemente fortuitas y no se deben a la intención del autor.



NOTAS DEL EDITOR POLACO

I. EL CUENCO DE FIGURAS NEGRAS DEL ALFARERO EXEQUIAS

Con este poema, inédito en la forma actual, debía comenzar el libro *Atlas*. Una versión (¿posterior?), con un título distinto (*La obra de figuras negras de Exequias*) y sin dedicatoria, fue publicada en el poemario de Zbigniew Herbert *Rovigo* (Breslavia, 1992, p. 57), justo a continuación del fragmento de prosa poética *Aquiles. Penthesilea*. También en uno de los manuscritos de *Hécuba* figura una dedicatoria a Joseph Brodsky.

Exequias: famoso alfarero y pintor ático de cerámica, representante del estilo de figuras negras, activo entre 550 y 525 a. C. Han perdurado nueve obras firmadas por él, entre ellas, un ánfora que representa a Aquiles y a Áyax jugando a los dados, y el cuenco (kílix) *Dioniso en una nave*, conservado en las Staatliche Antikensammlungen de Múnich, al que hace referencia este poema.

a través del mar rojo como el vino: paráfrasis del símil «el ponto rojo como el vino» de la *Odisea* (I, v. 183 [traducción de José Luis Calvo Martínez]) citado previamente por Zbigniew Herbert en los ensayos «Entre los dorios» (en: *Un bárbaro en el jardín*) y «El laberinto junto al mar» (en el libro con el mismo título).

II. LOS DIOSES DE LOS CUADERNOS ESCOLARES

Tres fragmentos de *El rey de las hormigas* («Atlas», «Hécuba» y «Anteo»), seguidos posteriormente del relato homónimo, se publicaron en 1997 en un suplemento del periódico *Rzeczpospolita* bajo este título (¿quizá provisional?). En una nota a los tres primeros textos, Herbert explicaba su origen: «El título *Los dioses de los cuadernos escolares* ha sido tomado de un poema de Rudyard Kipling. Me refiero a la balada *The Gods of the Copybook Headings*». En el archivo de Zbigniew Herbert, se encuentra una carta de Alexander Schenker fechada el 8 de enero de 1991 con una traducción de dicho poema al polaco. Schenker había traducido el título de la balada como *Bogowie ze Szkolnych Zeszytów* ('Los dioses de los cuadernos de escuela') y complementó su traducción con una nota introductoria que vale la pena citar *in extenso*: «En el año 1919, impresionado sin duda por los movimientos revolucionarios que por aquellas fechas sacudían Europa, Rudyard Kipling escribió una balada donde contraponía el sentido común de las máximas religiosas y los dichos populares a las ideologías y los experimentos sociales de nuevo cuño. Los *Copybook Headings* que aparecen en el título de la balada son precisamente las máximas fundamentales que los alumnos de las escuelas inglesas tenían que copiar en sus cuadernos. En la visión profética de Kipling, las sociedades que se alejaran de “Los dioses de los cuadernos de escuela” y sucumbieran a “Los dioses de la plaza del mercado”, es decir, a las tentaciones de la moda, recibirían un merecido castigo. Es interesante que Kipling utilizara en su poema la expresión shakespeariana *brave new world* (*La tempestad*, acto V) trece años antes de que Aldous Huxley la popularizara en el título de su célebre novela antiutópica».

H. E. O.

Publicado por primera vez en *Zeszyty Literackie* (n.º 333, invierno de 1991, pp. 9-10). Nos hemos basado en esta primera publicación, comparándola no obstante con los manuscritos e introduciendo correcciones posteriores del autor. Zbigniew Herbert cambió el título (que en el «Plan del libro titulado *Atlas*» era «H. O. E.») por «HEO», lo que probablemente

ocasionó el error del editor estadounidense, quien confundió con «EOS». Para evitar semejantes errores y conservar la lejana asociación con el poema de Rilke «Orfeo. Eurídice. Hermes», se ha indicado que se trata de iniciales (Hermes, Eurídice, Orfeo) separándolas con puntos.

ANTEO

Publicado por primera vez en el suplemento *Plus Minus* de *Rzeczpospolita* (n.º 167, 19-20 de julio de 1997, p. 13), con el título de «Antaios». La presente edición sigue la original, pero ha sido cotejada con los manuscritos, en los que había enmiendas hechas a mano por el autor. Durante mucho tiempo, este texto iba precedido por el siguiente prólogo, que luego suprimió el autor: «Mi relación con Hércules ha ido cambiando a medida que transcurrían los años, y ha oscilado de forma dramática entre el entusiasmo pueril, la admiración juvenil y el escepticismo distante o el aborrecimiento. Durante un tiempo, tuve la intención de inventarle una biografía totalmente nueva, libre de locuras inconcebibles y crímenes. Una pretensión impía. Su esencia es la magnífica mezcla de lo grande y lo pequeño, lo trágico y lo repugnante, lo divino y lo muy humano. Pero incluso en los momentos en que me sentía más alejado del héroe, nunca me abandonó la admiración por su empeño. Lo sé, suena a blasfemia. Es como si alguien calificara a Afrodita de muchacha guapa, o a Hefesto, de herrero mañoso. Pero no me retracto: Hércules era laborioso como una hormiga, como un volcán, como un menestral protestante. El famoso *dodekáthlos* no agota el cupo de actividades frenéticas del héroe. Los itinerarios de sus peregrinaciones recorren de arriba abajo la geografía conocida y por conocer. ¡Y qué prodigalidad de paisajes para el trasfondo de sus luchas contra el mundo: mares y desiertos, llanuras nevadas, establos y la ultratumba! Es notable que Hércules consiguiera tantas cosas al margen de sus actividades principales (por así decirlo, dedicándose de lleno al pluriempleo). Recuerda a las estrellas abrumadas por el exceso de compromisos y con una precaria vida privada que, no obstante, se sobreponen una y otra vez, para dar conciertos benéficos o realizar otras acciones desinteresados, a pesar de que no van a aportar ningún nuevo color, ningún matiz, a su retrato majestuoso y magnífico. Durante su expedición a por la manzana de las Hespérides, es decir, “de camino” a la región de los vastos

jardines de los dioses, liberó a Prometeo, mató al cruel tirano *Busiris* y se batió en duelo con Anteo». Asimismo, tal vez una de las introducciones manuscritas a este relato pueda aclarar el origen del nombre Antaios: «ANTAIOS. Antaios se me apareció en medio del silencio céreo de algún museo—ahora no puedo recordar si me sobrevino en Florencia o en Kassel, creo que fue en Florencia—, y al escribir “me sobrevino” abuso un poco de la palabra y recorro a un estilo elevado, como si se tratase de un suceso extraordinario, planeado de antemano por el destino o por su lacayo, el azar. De hecho, ni entonces ni después atribuí demasiada importancia a aquel encuentro, y sólo años más tarde mi oído interior empezó a captar sin motivo aparente el sonido de aquel nombre que parecía llegar desde muy lejos, el llamamiento metálico de un desconocido en el silencio de la noche, un grito apagado aunque muy claro: Antaios, Antaios. Al principio, quise restarle importancia al incidente, o mejor dicho, al significado de aquellas alucinaciones auditivas que estaba dispuesto a justificar por la belleza del nombre o la hermosa distribución de las vocales a-a-a-o. ¿No es acaso cierto que ese a-a-a-o es irresistiblemente bello? Parece el estribillo de una vieja canción que, una vez escuchada, se queda grabada en nuestra memoria para siempre. Pero pronto la exégesis fonética me pareció demasiado sencilla y poco convincente e intenté abordar el problema por el lado de la etimología».

[...] *al poeta Píndaro* [...] *En una de las odas ístmicas*: concretamente en la *Ístmica IV* (3.3).

Diodoro Sículo: Diodoro de Sicilia, nacido en Agirio; historiador griego del siglo I a. C., autor de la *Bibliotheca Historica* en cuarenta volúmenes, de los que se han conservado íntegramente los libros IV y XI-XX, y el resto sólo de forma fragmentaria. Diodoro habla de Anteo en el libro IV, 17.

el pintor renacentista Antonio Pollaiuolo: Antonio del Pollaiuolo (1432-1498) trabajó en Florencia. Entre otras obras, pintó el ciclo de cuadros *Los trabajos de Hércules*. La miniatura sobre tabla *Hércules y Anteo* (16×9 cm.) se encuentra en la Galleria degli Uffizi de Florencia.

monstruo ctónico: del griego *khthónios* ‘nacido de la tierra’, ‘subterráneo’. Las divinidades ctónicas eran Deméter, Hades y Perséfone—dioses del inframundo y de la muerte, aunque también de la fertilidad de la tierra—, y los tres jueces del infierno: Minos, Radamantis y Éaco.

Tingis: la actual Tánger, ciudad del norte de Marruecos; en la Antigüedad, colonia fenicia fundada a finales del II milenio a. C.; a partir del año 45 d. C., capital de la provincia romana Mauretania Tingitana.

dodekáthlos (griego): los doce trabajos de Hércules.

Busiris: mítico rey de Egipto que ordenó matar a todos los extranjeros para ofrecerlos en sacrificio a Zeus; asimismo, intentó matar a Hércules cuando éste regresaba del jardín de las Hespérides.

EL CAN INFERNAL

Publicado por primera vez en *Zeszyty Literackie* (n.º 63, verano de 1998, pp. 6-10). En esta edición nos basamos en la primera publicación, cotejada con los mecanoscritos y los manuscritos del autor.

Según el Archipoeta, Cerbero era sencillamente un perro: véase Homero, *Iliada* (VIII, 368): «cuando lo envió a casa de Hades, el infranqueable celador, | para traer del Érebo el perro del abominable Hades» [traducción de Emilio Crespo Güemes].

Hesíodo lo menciona en dos ocasiones en su Teogonía: Hesíodo, *Teogonía* (vv. 310-312): «En segundo lugar tuvo un | prodigioso hijo, indecible, el sanguinario Cerbero, perro | de bronceo ladrido de Hades, de cincuenta cabezas»; y también *op. cit.* (vv. 769-771): «guarda su entrada un terrible perro, despiadado | y que se vale de tretas malvadas: a los que entran les saluda | alegremente con el rabo y ambas orejas al mismo tiempo» [traducción de Aurelio Pérez y Alfonso Martínez].

Cora: Perséfone, hija de Zeus y Deméter, abducida por Hades al inframundo.

Andócides: alfarero ático, activo entre c. 540 y 520 a. C. Su nombre está relacionado, por un lado, con la invención de la técnica de figuras rojas y, por el otro, con la técnica tradicional de figuras negras. La mencionada ánfora del Louvre (c. 520-510 a. C., altura 58,6 cm.) está ornamentada con la técnica de figuras rojas (la literatura sobre el tema la atribuye a veces al anónimo «pintor de Andócides», probablemente un discípulo de Exequias, que trabajaba en el taller de Andócides).

TRIPTÓLEMO

La primera publicación de este relato en la revista trimestral *Kresy* (1998, n.º 1 [33], pp. 5-6) resulta poco legible y enigmática. En la presente edición, hemos intentado reconstruir el texto sobre la base de un manuscrito posterior, heterogéneo y poco claro (que, según nuestras conjeturas, data aproximadamente de 1997), cotejándolo con apuntes anteriores, borradores y enmiendas al texto hechas por el autor. Siempre que ha sido necesario, hemos completado el texto con las palabras que el contexto exigía.

su significado supera con creces la excelsitud del Gotha: referencia a la publicación anual genealógico-diplomática editada (en francés y alemán) en la ciudad de Gotha entre 1763 y 1944, y retomada a partir de 1956.

en la búsqueda de Perséfone: es decir, de su hija Cora (véase *supra*), llamada también Perséfone o Proserpina.

EL REY DE LAS HORMIGAS

Publicado por primera vez en la revista política trimestral *Krytyka* (1991, n.º34-35, pp.9-17). Reeditado (con cambios introducidos por el autor) en *Rzeczpospolita* (n.º299, 24-26 de diciembre de 1997, suplemento *Plus Minus*, pp. iii-iv) con el título: *Los dioses de los cuadernos escolares*. La base de la presente edición son los mecanoscritos del autor con enmiendas suyas hechas a mano. A uno de los mecanoscritos de «El rey de las hormigas», está agregada una cuartilla con la siguiente cita de Plutarco (*Sobre la inteligencia de los animales*) copiada a mano, que Herbert pensaba utilizar como lema del relato: «Es imposible describir detalladamente los preparativos y quehaceres domésticos de las hormigas, pero pasarlos completamente por alto sería pecar de desidia; y es que no hay en la naturaleza otro espejo tan pequeño de los valores más grandes y hermosos: como en una gota de agua, se ve en ellas el reflejo de la virtud en todos sus aspectos» [traducción de Vicente Ramón Palerm y Jorge Bergua].

De este modo, en vez de ser obsequiado con una triste pareja sacada de algún recoveco del Arca de Noé: en uno de los mecanoscritos de «El rey de las hormigas», este párrafo está tachado.

*dio a los nuevos habitantes de la isla el nombre de mirmidones, es decir, pueblo de las hormigas: el nombre de mirmidones proviene de la palabra griega *mýrmex*, ‘hormiga’. Los descendientes de los mirmidones reaparecerán en Troya, véase *Iliada* (IX, vv. 185-191).*

*según la clarividente distinción del gran científico I.V.S.: los apuntes para el relato nunca escrito «Tifón», que iba a formar parte de *El rey de las hormigas*, están escritos sobre la fe de erratas del libro de Iósif Vissariónovich Stalin *El marxismo y los problemas de la lingüística*.*

*Es necesario decir y pensar que sólo lo que es existe, porque el ser es y el no ser no es: punto de partida de las reflexiones de Parménides sobre la esencia del ser. Parménides de Elea (s. VI-V a.C.), filósofo, discípulo de Jenófanes, creador de la escuela eleática y contemporáneo de Heráclito, con cuyas tesis polemizaba; entre 480 y 470 a.C., escribió su obra filosófica, el poema *Sobre la naturaleza*, del que sólo se han conservado fragmentos citados por otros autores.*

*ápeiron: en griego, ‘lo ilimitado’. Según Anaximandro de Mileto (c. 610-540 a.C.), filósofo jónico, era el principio y fundamento de todas las cosas, la materia infinita e indefinida. Según algunos historiadores, fue el primer filósofo que introdujo el término *arché*, ‘principio’. Sostenía que los dioses no participaron de ningún modo en la creación del mundo.*

EL REPUGNANTE TERSITES

Relato procedente de un texto impreso cotejado con los mecanoscritos y el manuscrito del autor.

*Todos se sentaron en fila sobre los bancos: versos 211-215 del Canto II de la *Iliada* en traducción libre de Zbigniew Herbert. [En la traducción de Emilio Crespo Güemes: «Todos se fueron sentando y se contuvieron en sus sitios. | El único que con desmedidas palabras graznaba aún era Tersites, | que en sus mientes sabía muchas y desordenadas palabras | para disputar con los reyes locamente, pero no con orden | sino en lo que le pareció que a ojos de lo argivos ridículo | iba a ser...»].*

*¿Quieres aún el oro...?: versos 229-231 del Canto II de la *Iliada*, en traducción libre de Zbigniew Herbert. [En la traducción de Emilio Crespo*

Güemes: «¿Es que aún necesitas también el oro que te traiga alguno | de los troyanos, domadores de caballos, de Ilio como rescate | por el hijo que hayamos traído atado yo u otro de los aqueos?»].

Etolia: región de la Grecia central (hoy Artinia y Lepanto) montañosa y poco fértil que nunca ha tenido un papel importante en la historia de la cultura griega.

motivo predilecto de los pintores de vasos: en las Staatlichen Antikensammlungen de Múnich se encuentra el famoso *klix* de figuras rojas *Aquiles mata a Penthesilea* (c. 460a.C., 43 cm. de diámetro), obra del anónimo pintor de Penthesilea.

y mandó su alma al Érebo: a la región más sombría del báratro de Hades.

CLEOMEDES

Inédito basado en varios mecanoscritos con numerosas enmiendas introducidas por el autor. En una de las versiones, al lado del título «Cleomedes» aparece el subtítulo (¿o una variante del título?) «El último héroe». Una traducción al inglés de John y Bogdana Carpenter se publicó en 1984 en la revista anual *Cross Currents* (n.º 3, 1984, pp. 235-244).

Astipalea: es una de las islas Espóradas y ciudad del mismo nombre. Espóradas (del griego *sporás* ‘disperso’), dos archipiélagos en el mar Egeo, entre las Cícladas y la costa del Asia Menor.

Arena, rocas y una vegetación escasa: en las versiones anteriores: «Menos de cien kilómetros cuadrados de arena, rocas y escasa vegetación».

una tentativa cobarde de derogar las leyes del destino: en las versiones anteriores: «una tentativa de colarse a escondidas en los dominios del destino».

Ate (griego): personificación del enajenamiento y del error que conducen a la fechoría y al crimen. En la *Iliada*, suele ser impersonal, alegórica, pero en el Canto XIX (vv. 91-95), Homero la describe así: «La hija mayor de Zeus es la Ofuscación y a todos confunde | la maldita. Sus pies son delicados, pues sobre el suelo | no se posa, sino que sobre las cabezas de los hombres camina | dañando a las gentes y a uno tras otro apresa en sus grilletes. | También ofuscó una vez a Zeus...» [traducción de Emilio Crespo Güemes].

Pausanias, de quien hemos tomado esta historia: Pausanias, llamado el Periegeta (c. 115-180 d.C.), escritor, viajero y geógrafo griego que vivió en la época de Antonino Pío y Marco Aurelio. Fue autor de la obra en diez volúmenes *Descripción de Grecia* (en el libro VI, 9, 6-8, relata la historia de Cleomedes). Los sucesos que describe supuestamente tuvieron lugar durante la septuagésima segunda olimpiada, es decir, alrededor del año 488 a.C.

Heliodoro, un nombre pretencioso: en las versiones anteriores: «que debe interpretarse como un pseudónimo pretencioso».

Vio un rostro que no reflejaba la majestad de la muerte: en las versiones anteriores: «Vio el rostro del difunto. No había en él la majestad de la muerte».

NARCISO

Publicado por primera vez en *Zeszyty Literackie* (n.º 68, otoño de 1999). La presente edición se basa en ese texto, cotejado con los manuscritos del autor.

Villa Borghese: el cuadro se encuentra actualmente en la Galleria Nazionale d'Arte Antica, en el Palazzo Barberini de Roma.

uno de esos golfillos capaces de matar a su benefactor con una estaca arrancada de una valla: posible alusión a la muerte de Pier Paolo Pasolini (1922-1975).

apostatan de la Iglesia con un sonoro portazo: en una de las versiones: «abandonan las grandes religiones tradicionales».

ENDIMIÓN

Publicado por primera vez en *Więź* (1990, n.º 1, pp. 3-8). Para la presente versión se ha tomado como referencia esta primera publicación, junto con el mecanoscrito con enmiendas hechas a mano por el autor. En el archivo de Zbigniew Herbert, se encuentra una hoja suelta con un fragmento de Plinio (*Historia natural*, II, 9) copiado a mano que iba ser el lema de «Endimión», pero que nunca fue incluido: «Pero la Luna, el mas cercano Planeta, y mas

familiar a la tierra, y hallado de naturaleza para remedio de las tinieblas, vence y sobrepuja la admiración de todos. Esta con muchos géneros de dudas ha fatigado los ingenios de los que la contemplan y de algunos que se indignan grandísimamente de ignorar su naturaleza, siendo el mas cercano Planeta» [traducción de Gerónimo Huerta (1642)].

affettuoso (italiano): ‘afectuoso’.

con tenerezza (italiano): ‘delicadamente, con tiento’.

Un silencio plomizo pendía en las alturas: en uno de los mecanoscritos, el autor tachó las dos oraciones siguientes y agregó una hoja con una nueva versión:

«Justo a la hora en que desaparecen las últimas mujeres de limpieza del turno de noche, las llaves rechinan en los cerrojos y los húsares burócratas montan en sus escritorios, empezó la catástrofe:

- aullidos de perros
- caóticas compras de acciones en la bolsa y caída provocada por las ventas masivas
- dictadores sanguinarios desembarcaron en una pequeña república montañesa, compraron villas a orillas del lago y empezaron un capítulo nuevo de su vida
- los perros proferían aullidos penetrantes».

Dado que se trata claramente de unos apuntes en borrador, hemos decidido citarlos como nota, sin introducirlos en el texto.

¡Pobre Pitón!: Pitón, dragón (en otras versiones del mito, una serpiente monstruosa), hijo de Hera, la Madre de la Tierra, que—como afirma Robert Graves en *Los mitos griegos* apoyándose en el *Himno homérico a Apolo*, 305—lo parió mediante partenogénesis por rencor hacia Zeus. Identificado con Tifón. Devoraba a los hombres al pie del Parnaso, cerca de Delfos, por lo que Apolo, que pretendía erigir allí su oráculo, lo mató con su arco. Zeus instituyó los Juegos Píticos en su honor.

Hipnos: hijo de la Noche y de Érebo, hermano gemelo del dios de la muerte Tánatos, padre de Morfeo.

EL GENERAL OLÍMPICO

Publicado por primera vez en *Tygodnik Powszechny* (1990, n.º 35, p. 7).

hijos de Aloeo: los Alóadas Oto y Efialtes, gigantes, hijos de Poseidón con Ifimedia (esposa de Aloeo). Hermes tardó trece meses en liberar a Ares, aprisionado por ellos en un arcón de bronce (o en una vasija).

He aquí cómo Herodoto describe el culto a Ares entre los escitas: en *Historia* (4, 61).

SECURITAS

Publicado por primera vez en la revista trimestral clandestina *Krytyka* (1985, n.º 19-20, pp. 5-7). En el archivo de Zbigniew Herbert, hay una fotocopia de esta primera publicación con enmiendas hechas a mano por el autor (entre otras, una dedicatoria a Ryszard Przybylski). La versión que publicamos en el presente libro se basa en esa fotocopia.

Securitas: personificación romana de la seguridad, tanto ciudadana, como del Estado. Su nombre ha perdurado hasta nuestros tiempos y aparece en la aciaga denominación de la policía política rumana de la época de la dictadura comunista: *Securitate*.

sine die (latín): coloquialmente ‘la semana que no tenga viernes’.

Tertium non datur (latín): principio lógico del tercero excluido, según el cual la disyunción de una proposición y de su negación no puede ser falsa: o lo uno o lo otro.

ATLAS

Publicado por primera vez en *Tygodnik Powszechny* (1980, n.º 14, p. 4). Una versión distinta apareció en *Rzeczpospolita* (1997, n.º 92, 19-20 de julio, suplemento *Plus Minus*, p. 13) bajo la cabecera *Los dioses de los cuadernos escolares*. [El editor polaco seguramente se refiere al suplemento *Plus Minus* n.º 167, el mismo número que aparece citado en otras notas que hacen referencia a la publicación conjunta de los relatos *Atlas*, *Hécuba* y *Anteo*, bajo

el título *Los dioses de los cuadernos escolares*]. La presente versión está basada en la de *Rzeczpospolita*, cotejada con los mecanoscritos corregidos a mano por el autor.

Fue Aristóteles quien le cerró de un portazo el acceso al arte: Aristóteles, Poética, 1450a 25: «Además, sin acción no puede haber tragedia; sin caracteres, sí» [traducción de Agustín García Yebra].

Agrigento (griego Akragas): ciudad de la costa sur de Sicilia fundada por los colonizadores griegos en 581 a. C. Destruída en varias ocasiones por los cartagineses y los romanos. Se han conservado las ruinas de numerosos templos, como el de Hera y el de Deméter.

Upelluri: divinidad anatólica (hurrita-hitita) correspondiente a Atlas.

PROMETEO

Texto inédito procedente de una versión impresa cotejada con los manuscritos del autor.

EL VIEJO PROMETEO

Prosa poética del poemario de Zbigniew Herbert *Señor Cogito* (Varsovia, 1974) que el autor planeaba incluir en *El rey de las hormigas*.

ARACNE

Publicado por primera vez en *Tygodnik Powszechny* (1999, n.º 16, suplemento *Kontrapunkt*, p. 14). La presente versión se basa en esta publicación cotejada con el manuscrito del autor.

Las hilanderas: cuadro de Diego Velázquez (óleo sobre lienzo, 220× 289 cm.) que se encuentra en el Museo del Prado de Madrid. José Ortega y Gasset le dedica gran atención en su estudio *Introducción a Velázquez*.

LA HISTORIA DEL MINOTAURO

Prosa poética incluida en el poemario de Zbigniew Herbert *Señor Cogito*, que el autor planeaba incluir en *El rey de la hormigas* (junto con «El viejo Prometeo»).

Pasífae: hija de Helios y Perseis, esposa del rey Minos de Creta. Este último no cumplió la promesa que le había hecho a Poseidón, y lo que ocurrió a continuación es hartamente conocido.

AQUILES. PENTESILEA

Prosa poética del poemario de Zbigniew Herbert *Rovigo* (primera edición, Breslavia 1992), que el autor planeaba incluir en *El rey de las hormigas*.

HÉCUBA

Publicado por primera vez en *Rzeczpospolita* (1997, n.º167,19-20 de julio, suplemento *Plus Minus*, p. 13), junto con «Atlas» y «Anteo», con el título *Los dioses de los cuadernos escolares*. La presente versión reproduce esta edición cotejada con el mecanoscrito y los manuscritos del autor (uno de los cuales está dedicado: «A la memoria de Joseph Brodsky»). También la composición está basada en el manuscrito y el mecanoscrito del autor.

Hécuba: segunda esposa de Príamo, rey de Troya. Madre de catorce hijos (según Eurípides, fueron incluso cincuenta, entre los cuales Héctor, Casandra y Paris). Todos perecieron. Protagonista de dos tragedias de Eurípides: *Hécuba* y *Las troyanas*.

cadáver ensangrentado de su pequeño nieto: Astianacte, hijo de Héctor y Andrómaca. El nombre Astianacte significa ‘dueño de la ciudad’. Tras tomar Troya, temiendo que en el futuro intentara vengar la muerte de sus padres y la destrucción de la ciudad, los griegos lo despeñaron de la muralla. Según algunas fuentes, lo haría el mismo Ulises. En todo caso, fue él quien instigó a los demás a asesinar al niño. En *Las troyanas* de Eurípides, el heraldo griego Taltibio le entrega a Hécuba el cadáver de Astianacte sobre el escudo de

Héctor para que pueda lavar sus heridas antes del entierro. Andrómaca presintió la trágica suerte de su hijo (*Iliada*, XXIV, vv. 731-735).

FÍA

Así relata Herodoto (I, 60) la historia de Fía: «Pero, no mucho tiempo después, los partidarios de Megacles y los de Licurgo se pusieron de acuerdo y lo [a Pisístrato] expulsaron. Así fue como Pisístrato se adueñó de Atenas por vez primera; y perdió la tiranía por no tenerla todavía firmemente arraigada. Por su parte, quienes habían expulsado a Pisístrato volvieron nuevamente a los partidismos encontrados. Megacles, entonces, con ocasión de un agravio que le infirió su facción, preguntó a Pisístrato, por medio de un heraldo, si estaba dispuesto, para recobrar la tiranía, a tomar a su hija por esposa. Pisístrato aceptó la propuesta, convino en las condiciones indicadas y, con vistas a su regreso, tramaron un plan que, en realidad, yo encuentro de lo más burdo (dado que, desde muy antiguo, el pueblo griego, indudablemente, se ha distinguido de los bárbaros por ser más astuto y estar más exento de ingenua candidez), si es que efectivamente ellos pusieron en práctica algo semejante en Atenas, cuyos habitantes tienen fama de ser los griegos de más acusada agudeza. En el demo de Peania había una mujer, cuyo nombre era Fía, de cuatro codos menos tres dedos de estatura y, además, agraciada. Ataviaron a la mujer en cuestión con una armadura completa de hoplita, la hicieron subir a un carro, le indicaron la actitud que debía adoptar para aparentar mayor majestuosidad y la condujeron a la ciudad, enviando por delante heraldos que, al llegar a Atenas, proclamaron lo que les había sido ordenado, diciendo así: “Atenienses, acoged con propicia disposición a Pisístrato, a quien la propia Atenea, honrándolo más que a hombre alguno, repatría a su acrópolis”. Los heraldos, pues, difundían estas palabras por todas partes y, enseguida, llegó a los demos el rumor de que Atenea repatriaba a Pisístrato; y los de la ciudad, convencidos de que la mujer era la diosa en persona, adoraron a aquella mortal y aceptaron a Pisístrato» [traducción de Carlos Schrader]. Tampoco Aristóteles habla de la supuesta lapidación de Fía en la *Constitución de los atenienses* (XIV, 4), donde narra esta historia siguiendo casi en todo a Herodoto.

procesión de las Panateneas: con motivo de las Panateneas, fiesta mayor en honor a Atenea y en memoria de la unificación política de toda Ática. Se celebraba cada cuatro años, en los últimos días (25-28) del mes hecatombeón. La multitud llevaba en procesión solemne hasta el templo de Atenea un peplo nuevo, tejido especialmente para la ocasión.

EL SACRIFICIO

Versión inédita basada en un texto impreso y los manuscritos del autor. En el archivo de Zbigniew Herbert se ha conservado una versión manuscrita probablemente anterior y más amplia de este opúsculo titulada «Sacrificio: Dioniso» que se reproduce al final del presente libro, en el apartado «Otras versiones de algunas obras».

III. LOS DIEZ SENDEROS DE LA VIRTUD

Publicado por primera vez en *Rzeczpospolita* (1997, n.º 92, 19-20 de abril, suplemento *Plus Minus*, p. 14) junto con otros dos textos cortos en prosa —«Para el camino» y «Tomás»—, con el título: *Caminos y senderos*. Las versiones anteriores (la manuscrita y la mecanoscrita) tituladas «Los diez preceptos de devoción» se encuentran en el dossier de *El rey de las hormigas*, y el mismo título aparece en algunos sumarios de *Atlas*. A pesar de que *Caminos y senderos* pasó a formar parte de otro ciclo, a nuestro parecer «Los diez senderos de la virtud» podrían constituir el colofón de la presente obra inacabada, al igual que «El cuenco de figuras negras del alfarero Exequias» constituye el inicio.

IV. OBRAS DE LA ÓRBITA DE «EL REY DE LAS HORMIGAS»

Esta sección reúne las obras inicialmente previstas por el autor para *El Rey de las hormigas* que posteriormente descartó o abandonó (en algunos casos muy pronto). Mayoritariamente, las reproducimos a partir de los manuscritos.

ANTIEPOPEYA

Fragmento inicial de una obra tal vez pensada como introducción al planeado ciclo *Mitología privada*. Reproducido a partir del manuscrito.

mimesis (griego): categoría estética de Aristóteles: la imitación de la realidad en una obra de arte.

EL JARDÍN DE LAS HESPÉRIDES

Este título aparece en los primeros sumarios del planeado libro *Atlas*. Posteriormente aparece tachado. Se ha conservado de él un texto manuscrito.

Trescientas, una por cada lunación: lunación es el período que separa dos lunas nuevas.

EL SÉQUITO DE POSEIDÓN

Este texto es un intento de reconstruir el fragmento inicial de un texto conservado en cuatro cuadernos de apuntes (dos de los cuales llevan el título, probablemente erróneo: «El séquito de Dioniso»).

aquel pintor suizo: Arnold Böcklin (1827-1901), autor de cuadros tales como *El mar* y *El juego de las olas* (ambos del año 1883).

cuando una tormenta se acercaba desde el oeste: aquí termina el manuscrito. En uno de los cuadernos anteriores, el autor precisa el lugar: «bien visible sobre el promontorio de Hossegor cada vez más oscuro».

Hossegor: lugar de veraneo situado en la costa atlántica francesa, cerca de Bayona.

PEGASO

Texto establecido a partir de un manuscrito particularmente difícil de descifrar, por lo que son posibles lecturas alternativas.

que hubiera cosido a ciegas y de forma chapucera la cabeza de un león con el tronco de una cabra y la cola de una serpiente: alusión al monstruo mitológico Quimera.

y no se dejan llevar por la corriente: compárese con la entrevista de Adam Michnik a Zbigniew Herbert titulada «Uno siempre se remonta a las fuentes, en contra de la corriente, que sólo arrastra basura» (*Krytyka*, 1981, n.º 8, pp. 49-64).

Boiardo: Matteo Maria Boiardo, conde de Scandiano (1441-1494), poeta italiano, cortesano de los duques Este de Ferrara y gobernador de Módena. Su obra principal es el mencionado poema *Orlando innamorato* (publicado en 1506) que, pese a estar inacabado, consta de 69 cantos (más que la *Iliada* y la *Odisea* juntas).

EL DRAGÓN

Fragmentos iniciales de una obra inacabada probablemente destinada a desempeñar en *El Rey de las hormigas* el mismo papel que «Clase de latín» en *El laberinto junto al mar*. Se reproduce a partir del manuscrito.

LOS GIGANTES

Apuntes para un texto inacabado que incluimos porque el título «El tiempo de los Gigantes» aparece en uno de los sumarios provisionales de *El Rey de las hormigas*. Se han marcado con [?] las lecturas inciertas o dudosas, y con [...] los fragmentos ininteligibles. Además, en el archivo de Zbigniew Herbert se han conservado dos borradores con los fragmentos iniciales. Éste es uno de ellos: «LOS GIGANTES. En los salones, hablar mal de los gigantes es algo que forma parte de la buena educación y nos ofrece de manera automática y totalmente gratuita la confortable sensación de pertenecer a una civilización

superior. No sabemos qué hizo con ellos Hegel, pero es de suponer que aquel gran simplificador, más que considerarlos seres humanos, los incluyó en la categoría de fuerzas de la Naturaleza. No le apetecía nada demoler su primitiva *lógica* de tríadas, tan absurda como criminal. Es cierto que para Praxíteles eran modelos poco atractivos, pero ¿acaso vive uno para servir de modelo? La agudeza, el *esprit* francés, no eran su punto fuerte. No habrían sabido resolver el crucigrama más sencillo de una revista femenina, ni inventar un aforismo o crear un sistema social perfecto. Por si fuera poco, hacían caso omiso de los hombres—aquellos seres bípedos, orgullosos de poseer un código semántico—y, como quien no quiere la cosa, los aplastaban a menudo con el peso de sus pies ingentes. Si podemos reprocharles algo, es su indudable e indescriptible torpeza. Al contrario que sus sucesores, los dioses olímpicos—unos holgazanes de mucho cuidado, aquejados de delirios eróticos en comparación con los cuales los del marqués de Sade parecen ensoñaciones de un tímido vicario de provincias—, los Gigantes eran muy trabajadores. Su oficio consistía en esculpir la corteza terrestre. En tiempos modernos, esto suele atribuirse a la acción de los glaciares, pero, en la mitología de los geólogos, el glaciar es precisamente el equivalente del gigante (la cuestión es puramente terminológica). Los Gigantes eran de naturaleza sencilla, nada compleja, semejante a la de los muchachos que en...».

lógica: tachado en el texto y sustituido por *juguetes*. No damos fe de otras tachaduras ni propuestas alternativas de palabras en el texto citado más arriba.

INTRODUCCIÓN A «ATLAS». (NOTA AUTOBIOGRÁFICA)

Apuntes para una introducción jamás escrita de *Atlas / El Rey de las hormigas*.

APÉNDICE (OTRAS VERSIONES DE ALGUNAS OBRAS)

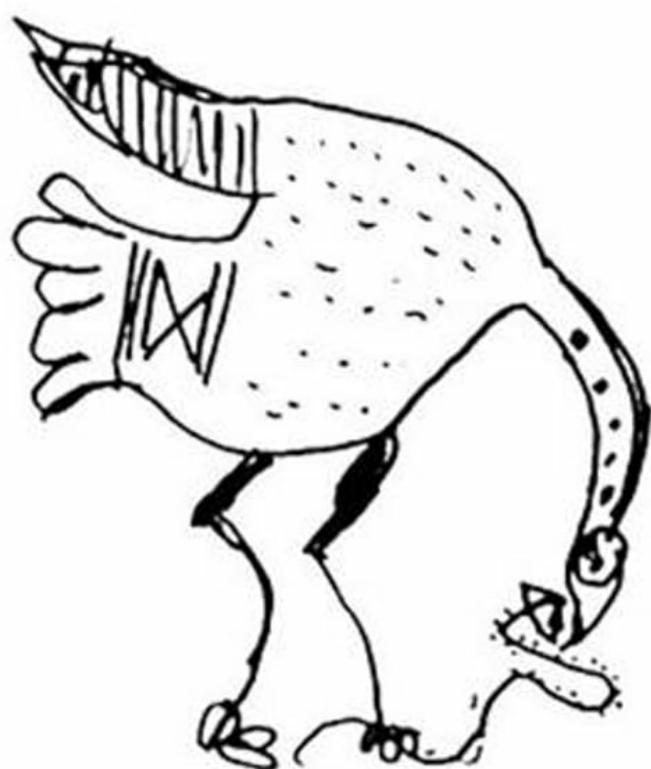
NARCISO

Versión nueva de una obra anterior basada en un texto impreso y un manuscrito.

EL SACRIFICIO: DIONISO

Versión anterior del relato «El sacrificio», conservada sólo en manuscrito.

Cierto idiota de Jonia dijo hace seis siglos: si nuestras conjeturas son correctas y Zeus habla con tamaña falta de cortesía de Jenófanes (c.570-c. 475 a. C.), quien sostenía que había un solo dios (y no los numerosos dioses mitológicos), esta conversación tan preñada de consecuencias pudo tener lugar al final de la Era Antigua, o tal vez incluso a caballo entre las dos eras, ya que el calendario mitológico por fuerza tiene que diferir un poco del gregoriano.



NOTAS

¹ Heródoto, *Historia*, libro IV, trad. y notas de Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1979 (4.^a reimp.), pp. 342-344. (*N. de los T.*)